

# Cuadernos Koinonia

**COMUNIO / COMUNIÓN**

*Església Paral·lel (Barcelona)*

80 ANIVERSARIO Marzo 2014



**A todos los que aman su Venida (2 Tim. 4:8)**



Iglesia Evangélica (Asambleas de Hermanos)  
Avda. Paral·lel, 167  
(08004) – BARCELONA (España)  
[www.paralelo.org](http://www.paralelo.org)

## A LA FINAL TROMPETA

Bendito Jesucristo, dulce fuente  
de la vida y del más profundo amor.  
El agua terrenal más transparente  
no mitiga la sed del pecador.

Océano de amor, tu corazón  
juntó misericordia con verdad  
y al besarte la cruz con su agujijón,  
tu justicia y tu paz son mi heredad.

Como a ciervo sediento de hermosura  
tus corrientes transforman en vergel  
mi desierto, que riega tu luz pura  
en la tierra bendita de Emanuel.

De muchos manantiales yo he bebido  
que no sacian la sed de las criaturas.  
Ya en la gloria, y de lino revestido,  
tu río beberé en las alturas.

Cuando escuche, al tocar final trompeta,  
tu voz en las honduras del sepulcro,  
mi cuerpo se alzaré en la cometa,  
vigoroso de luz, y en lino pulcro.

La gloria que reciba en tu llamada  
tan sólo es una gota del abismo  
de tu gracia infinita y acendrada,  
y fruto de la entrega de Ti mismo.

Alentaos, hermanos, unos a otros,  
sorbida la tristeza en esperanza:  
¡Él viene a recogernos a nosotros  
y nos llama en el aire con su danza!

Traerá nuestro Dios los que durmieron  
con Jesús, quién murió y resucitó,  
levantando a sus hijos que murieron  
semejantes al Hijo que triunfó.

Los que hayamos quedado, con asombro  
los veremos alzarse con trompeta  
de Dios, en plena gloria, hombro a hombro,  
y cuerpos de esplendor en luz inquieta.

Primeros no seremos pero juntos,  
con voz de mando, a Él arrebatados,  
en las nubes de gloria, no difuntos,  
su abrazo sentiremos, transformados.

Y siempre junto a Él caminaremos  
en las piedras preciosas de Su hogar.  
Delante del Bemá nos reuniremos  
vistiéndonos de lino su mirar.

*«¡Digno y santo el Cordero sin pecado  
que inmolado dio su vida al pecador!  
Su esposa de blanchura ha preparado  
y la llama a sus bodas con amor.*

*¡Gocémonos con fiesta y alegría,  
con todos sus amigos que ha llamado.  
Ha llegado, por fin, el santo día  
que sus bodas el cielo ha consumado!»*

Cabalgando el relámpago de oriente,  
resplandece en las nubes con sus truenos.  
Tu señal, Hijo de Hombre, ve la gente  
turbada en sus malvados desenfrenos.

La gran señal salió del cielo abierto:  
sobre un blanco caballo, el Verdadero  
desciende a la batalla en el desierto,  
teñido en sangre el manto del Guerrero.

Sus ojos, como el horno refulgente,  
que las sombras disuelven con su costra,  
coronado en diademas, y en su frente  
el Nombre singular que al hombre postra.

Con el Verbo de Dios, las blancas crines  
de los santos jinetes celestiales  
cabalgan por millones los confines  
de la tierra con cánticos triunfales.

Su boca empuña espada de verdad  
para herir la maldad de las naciones  
que somete con férrea voluntad  
aplastando enemigos y escuadrones.

El gran día de la ira se vendimia  
en el santo lagar ya preparado.  
Dios Todopoderoso, en luz eximia,  
tu vino de furor al mundo has dado.

Resplandece al final de la jornada  
el semblante del Fiel y Verdadero;  
tiene escrito en su muslo y en su espada:  
*«**Rey de Reyes, el Último y Primero**».*

*«¡Aleluya! Poder y honra y gloria  
son del Señor, Dios nuestro. Salvación  
y justicia, unidas con victoria  
son frutos de su reino y corazón».*

Los reinos de este mundo son de Cristo,  
sentado sobre el Trono de David.  
El Reino de los siglos ya está listo  
y bebe con su esposa de la vid.

*Francesc Closa Basa.*





## *INDICE DEL CUADERNO KOINONIA*

Portada.....	1
A la final trompeta. Francesc Closa.....	2
Índice.....	3
Sobre los tiempos finales.....	4
El estudio de la Segunda Venida. David Morse.....	6
Las profecías de la Segunda Venida. Nigel J.L. Darling.....	10
Indicios de la Segunda Venida en el A.T. Nigel J.L. Darling.....	12
¡Levántate, amor mío! Francesc Closa.....	14
Las glorias de Cristo en el Milenio.....	15
Lecciones de Apocalipsis 1. José Jiménez.....	16
La esperanza bienaventurada. Francesc Closa.....	26
El arrebatamiento de la Iglesia. Francesc Closa.....	31
El Tribunal de Cristo. Francesc Closa.....	39
Las Bodas del Cordero. Francesc Closa.....	48
La manifestación del Señor en gloria. Francesc Closa.....	55
El regreso inminente del Redentor. Arthur W. Pink.....	60
Cuadros sinópticos de la Segunda Venida.....	70
Bosquejo bíblico de la Segunda Venida.....	79
Bibliografía para el estudio de la Segunda Venida.....	88



## SOBRE LOS TIEMPOS FINALES. Francesc Closa.

Cuando deseamos profundizar en el estudio de los tiempos finales, nos podemos sentir confusos y desconcertados por las discordantes interpretaciones que surgen continuamente a nuestro paso, lo que seguramente desalienta a muchos creyentes para implicarse en un estudio serio y responsable de todos los aspectos involucrados en la Segunda Venida de Cristo.

Aún las mejores teologías sistemáticas fracasan en salvar satisfactoriamente los numerosos abismos interpretativos que fragmentan hasta límites incomprensibles todo el campo doctrinal de la Escatología (doctrina de las últimas cosas). Para muchos, la tentación inmediata sería, simplemente, desistir de cualquier propósito de emprender un estudio serio de tan prominente doctrina bíblica.

Lamentablemente, a lo largo de la historia cristiana ya ha habido demasiados engañadores y falsos maestros que han perturbado a incontables multitudes con el pretendido señuelo de conocer la fecha exacta de la Venida del Señor, trayendo confusión, vergüenza y oprobio al genuino mensaje del evangelio. Por ello, nos oponemos de plano a cualquier pretensión de engañar al pueblo de Dios con supuestas certezas, descubrimientos o revelaciones sobrenaturales, propios de lobos rapaces con apariencia de hombres piadosos, como han habido y habrán, y también de tanta literatura sensacionalista de dudosa calidad como la que inundó nuestras librerías evangélicas en tiempos no lejanos.

Los que amamos la Palabra de Dios nos duele de corazón cualquier situación en la que los creyentes sencillos no encuentran buenos pastos con que alimentarse y son amenazados por cualquier corriente de engaño aderezada con falsos señuelos de piedad.

La vida cristiana se sostiene en las columnas de *la fe, la esperanza y el amor* (1 Cor. 13:13), y aunque *el amor* sea preeminente, no podemos renunciar a la *columna de la fe* —sin fe es imposible agradar a Dios (Hebr. 11:6)— ni a la sólida columna de *la esperanza*. Todo el Nuevo Testamento apunta constantemente a la *esperanza de la gloriosa Venida del Señor Jesucristo* a la tierra, anhelo que ha sostenido a la iglesia en los momentos más negros y difíciles de su historia. Recuperar y aferrarnos a esta esperanza es más necesario que nunca cuando vivimos momentos de tanta apatía espiritual en nuestras debilitadas congregaciones locales, muchas de las cuales tuvieron un vigoroso testimonio en un inmediato pasado, pero que ahora languidecen, desapareciendo algunas de ellas.

¡El Señor viene! Esta gloriosa expresión que expandió el cristianismo por todo el mundo conocido durante el siglo primero, sigue siendo verdad en nuestros días. Pero con más motivo esta certeza es más apremiante ahora, «*conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos*» (Rom. 13:11).

Algunos se sentirán intimidados ante esta tarea. Si los teólogos profesionales y los cristianos más eruditos de tiempos recientes parecen tan divididos en posturas irreconciliables y tan numerosos matices diferenciales, ¿qué podrá aprender por sus propios medios cualquier persona temerosa de Dios? Sólo hay una manera de enfocar correctamente esa cuestión, sin dejarnos aprisionar por nuestros inveterados prejuicios, y es observar *las enseñanzas y el ejemplo del mismo Señor*.

Jesús sostuvo constantes controversias con los doctores de la ley más admirados de su tiempo, y nos llama la atención las continuas y mortificantes observaciones que dirigía a aquellos maestros de las Escrituras, quienes siempre recibían chorros de sal sobre aquellas heridas que más dolían: «*¿No habéis leído...?*» (Mat. 12:3, 5: 19:4; 22:31); «*¿Nunca leísteis...?*» (Mat. 21:16, 42; Mr. 2:25); «*¿Ni aún esto habéis leído...?*» (Lc. 6:3). Desde luego que leían, pero no todo lo que debían ni con la atención o motivación necesarias.

La erudición de tales doctores solía ser muy engañosa pues sólo buscaban lo que les apetecía leer, y su lectura resultaba muy prejuiciada (ya no digamos la aplicación práctica de cuanto sabían). Lo que Dios desea que sepamos y conozcamos está claramente escrito en su Palabra. Sólo nuestras barreras mentales, morales y espirituales nos impiden asentar allí nuestra vista y nuestro corazón.

Una última y muy atinada observación, para el tema que nos ocupa, la dirigió Jesús a un «intérprete de la ley», quien en cierta ocasión «*dijo para probarle: “Maestro, haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” Él le dijo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?”*» (Lc. 10:25-26).

Al margen del propósito concreto, dudosamente sincero, de aquel fariseo que buscaba tentarle (Mat. 22:34-35), deberíamos destacar un relevante aspecto en la interesante respuesta que recibió. No sólo le indica que la verdadera respuesta *está siempre en la ley de Dios*, sino que añade significativamente: «¿**Cómo lees?**». El resultado final de estas insistentes observaciones de Jesús es absolutamente demoledor: «**Erráis ignorando las Escrituras y el poder de Dios**» (Mat. 22:29).

Estamos plenamente persuadidos de que la mayor dificultad en el terreno de la interpretación escatológica deriva no sólo de una insuficiente sino, muy especialmente, de una *errónea manera de leer* las Escrituras. Resulta verdaderamente incomprensible que, si todas las doctrinas fundamentales del cristianismo siguen sin discusión el método literal o histórico-gramatical de interpretación, para una sana exégesis y hermenéutica del texto sagrado, el estudio de la doctrina escatológica, sin ninguna justificación sólida y bien razonada, tenga que desechar el criterio de interpretación literal para dar pie a la *espiritualización* o *alegorización* del texto escrito en el tan abundante cuerpo de profecías relativas a los tiempos finales. Eso es tanto como relegar todo el sentido de la profecía a la subjetividad y prejuicios del intérprete, evadiendo el control interpretativo que el propio texto inspirado hace de sí mismo. La libre imaginación del lector, quienquiera que sea, es magnificada sin contraste alguno por encima del sentido literal y estricto que el texto que hemos recibido de Dios nos transmite.

Esto viene de lejos, naturalmente, y es fácil demostrar que tiene su origen en la antigua escuela de Alejandría, asentándose definitivamente en el cristianismo por medio de la obra magna de Agustín, «La ciudad de Dios». Por ello, el obstáculo fundamental para recuperar el riquísimo caudal de enseñanza espiritual y práctica de la Segunda Venida de Cristo, sigue siendo *nuestra manera de leer e interpretar* los textos proféticos. Por ello, antes de cargar tintas contra tal o cual interpretación escatológica, a semejanza de las disputas entre fariseos y saduceos, debiéramos considerar con sincera honestidad el reproche más profundo que nos hace el Señor: ¿Y tú, *cómo lees?*

Un simple dato justifica con creces la interpretación literal de todas las profecías pendientes de cumplimiento relativas a los tiempos finales (al margen de la natural incomprensión en numerosos detalles, o de lagunas evidentes, en cualquier estudio de conjunto), y es el incontestable hecho de que todas aquellas profecías que ahora identificamos como relativas a la *primera* Venida de Cristo, tuvieron un absoluto y estricto cumplimiento *literal*, hasta los detalle más nimios, sin faltar uno de ellos.

El mismo Señor Jesucristo enseñó, sin ningún género de dudas, que todo cuanto está escrito en la Ley, tiene que ser cumplido al pie de la letra, hasta el punto que «*ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*» (Mat. 5:18). Hay, por tanto, sólidas razones para creer que todo cuanto está escrito sobre los tiempos finales, tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento, se cumplirá hasta la última coma, aún cuando el cuadro completo que emerge de todo ello resulte al final mucho más complejo de cuanto hubiéramos imaginado en un primer momento.

Aclarado este punto, nos gustaría recalcar que solo queremos abordar en este Cuaderno, por razones de interés preferente, salvo algunos matices aclaratorios, aquellos *aspectos que conciernen más directamente a la Iglesia de Cristo*. Somos bien conscientes que nunca lloverá al gusto de todos, por lo que pedimos disculpas al lector si no comparte todas nuestras convicciones; aún así, tan solo deseamos que sea partícipe de lluvias de bendición grandes, en los aspectos principales de la enseñanza divina, especialmente, los que resulten de aliento y estímulo en los difíciles tiempos actuales.

También nos gustaría, por supuesto, que estas reflexiones lleguen al corazón de quienes se sienten atraídos por la figura de Cristo, aunque desconozcan la decisiva importancia que su persona y obra tiene para sus vidas y su destino eterno. Sólo nos permitimos darles un pequeño pero muy necesario consejo: en la medida de lo posible, procuren tener una Biblia a mano y comprueben en ella las citas bíblicas que aparecen regularmente en estas páginas. Tal vez cueste un poco coger la práctica al principio, pero observen que su Biblia tiene al comienzo un índice completo, con las abreviaturas de cada libro; las citas vienen siempre en este orden: libro / capítulo / versículo (o pasaje).

Por encima de todas las persuasiones denominacionales, en cualquier ámbito de la doctrina y la práctica cristiana, deseamos compartir la lectura de este Cuaderno, a pesar de sus evidentes limitaciones y deficiencias, con «*todos los que aman Su Venida*» (2 Tim. 4:8).

## EL ESTUDIO DE LA SEGUNDA VENIDA. David Morse.

La primera charla de su ciclo de estudios sobre la **Segunda Venida**, que impartió en Barcelona a finales de 2010, tuvo lugar en la Iglesia de Pje. J. Roig, el 7 de octubre. Sentado en el estrado contemplamos un ancianito de rostro afable y mirada dulce nos miraba sonriente antes de comenzar a hablarnos. Tan pronto lo hizo nos habló del extraordinario empuje evangelístico en Perú, donde ministró muchos años: la iglesia donde ministró alcanzaba ya 10.000 miembros y celebraba *ocho cultos seguidos* todos los domingos. En un arranque de sinceridad confesó también que tenía 83 años, y que hacía 37 que visitó España por primera vez, mostrando que su mente era tan clara y transparente como su voz. Cualquiera que no le conociese previamente, se preguntaría de qué batallitas nos iba a hablar aquel buen hombre, pero para sorpresa del auditorio, abrió su ordenador personal y arrancó sin problemas un elegante *power point* para exponernos la extraordinaria importancia de la Segunda Venida de Cristo. Se le veía feliz y motivadísimo hablando de ese tema capital de nuestra fe, sin ningún tipo de prejuicios ni concesión a experimentos teológicos, y pronto contagió su cálido entusiasmo a todo el auditorio, que parecía no respirar para no perderse detalle.



### LA CENTRALIDAD DEL TEMA

El **28% de las Escrituras** son **profecía**, un material que cubre más de **mil pasajes** de la Biblia. Hay más de **cien textos proféticos** concernientes a la **primera Venida**, que se cumplieron literalmente, hasta sus más pequeños detalles, muchos de ellos totalmente inimaginables en el momento en que fueron descritos. Ello es la mejor garantía que las profecías de la segunda Venida también tendrán un cumplimiento exacto.

Las profecías concernientes a la segunda Venida exceden en **ocho veces** el número de las que aluden a la primera. En el NT hay **318 profecías** de la segunda Venida, siendo mencionada por **todos** los escritores bíblicos en **23** de los 27 libros del NT.

### UN TEMA FUNDAMENTAL EN NUESTRO ESTUDIO PERSONAL

En su discurso del Monte de los Olivos, Jesús **declaró** siete veces que habrían engañadores propagando falsas enseñanzas acerca de su Venida, dejando claro que el engaño afectaría muy sensiblemente a las ideas acerca de este tema. Por ello es necesario que cada creyente proceda a un estudio minucioso, directamente de las mismas Escrituras, para evitar ser engañado.

En **1 Tes. 4:13**, Pablo insiste en que *«tampoco queremos, hermanos, que ignoréis»* acerca de los detalles de la segunda Venida.

El Señor nos dio una promesa al respecto: Él nos enviaría al Espíritu Santo, quién nos guiaría a **toda la verdad** (**Jn. 16:13**).

### IMPORTANCIA DEL TEMA EN LA VIDA CRISTIANA

La **calidad** de la vida cristiana **depende** del efecto de esta esperanza en nuestra conducta diaria. Nos libra de la tentación a descuidar y demorar nuestro servicio cristiano.

El Señor ha dejado a cada generación esta preciosa esperanza: **Hch. 1:11**.

### IMPORTANCIA PARA NUESTRA EXPECTATIVA PERSONAL

Jesús declaró enfáticamente en **Mt. 24:36** que **nadie** conoce *«el día y la hora»* de este acontecimiento, por lo que nunca debemos dejarnos extraviar por el señuelo obsesivo de la determinación de fechas, que tanto daño han hecho a esta enseñanza cristiana.

No obstante, la Biblia sí menciona diversas **señales** en la tierra que afectan **en general** a todo el período en que tendrá lugar la segunda Venida, a lo largo del solemne **«Día del Señor»**. Suficientes de estas señales *son perceptibles* en el mundo de nuestros tiempos para hacer **probable** que el Señor venga repentinamente a recoger a su Iglesia; ¡quizá podría ser hoy! Pero tales señales *siempre* han estado presentes a lo largo de toda la historia de la Iglesia. La única diferencia radica en que al llegar el momento divinamente establecido, la **frecuencia** de las señales aumentará rápida y progresivamente, igual que los **dolores de parto** en un alumbramiento.

La **Venida del Señor** es **inminente**, ya que *puede ocurrir en cualquier momento*, incluso hoy mismo, pero eso *no es lo mismo* que afirmar que es **inmediata**, pues no es posible determinarla o deducirla en base a ningún dato revelado. Puede ocurrir *en el instante más imprevisible* (de hecho se nos dice de forma reiterada que vendrá *sorpresivamente* «*como ladrón en la noche*»), pero debemos velar y orar **constantemente** para pedir que el Señor venga a recogernos, manteniendo constantemente encendida la llama de nuestra **esperanza bienaventurada** (Tito 2:13).

Dios está moviendo los hilos de la historia para configurar el escenario en el cual tendrá lugar la segunda Venida. Pero sabemos con toda seguridad que en estos momentos *no hace falta que se cumpla ninguna profecía* que deba preceder necesariamente a este acontecimiento.

En la actualidad ya se ha establecido nuevamente la **nación de Israel** en la tierra de sus antepasados, desde el año 1948. En **Mateo 24:32-34**, Jesús nos dice que debemos aprender de la **higuera**. El pueblo de Israel es esta higuera (se aprecian el despuntar de nuevas hojas, en toda su precariedad, por la amenaza constante de múltiples enemigos a su alrededor, pero sin producir todavía fruto; la mayor parte de este pueblo es incrédulo o incluso ateo). Al final habló que no pasaría **esta generación** hasta que todo eso se cumpliera. ¿Se refería a la generación que vio establecerse la nación de Israel en 1948? Si fuese así, no moriría el último hombre de esta generación en la tierra sin que antes viniera el Señor. Debemos recordar siempre que la única interpretación segura de las profecías es su cumplimiento.

«DONDE LA LEY NO DISTINGUE, NO CABE DISTINGUIR».

Este bien conocido aforismo jurídico resulta muy pertinente en este caso, porque *dónde las Escrituras sí distinguen, es de sabios distinguir* y tomar buena nota.

Una de las razones fundamentales por la que hay tantas divisiones y enfrentamientos en materias escatológicas es la percepción que muchos cristianos tienen de que la nación de **Israel**, al haber desechado y crucificado a su Mesías, *ha sido desestimada por Dios*, y todas las **promesas divinas en el A.T. han sido ahora transferidas a la Iglesia**. Evidentemente, el sufrimiento del pueblo judío ha sido muy amargo hasta el día de hoy, como sabemos de sobras. Pero a pesar de esta circunstancia «los judíos» siempre han estado ahí, aborrecidos por todos pero visiblemente presentes en su dolorosa dispersión. Sin embargo, quienes recuerden la profecía del valle de los huesos secos, en **Ezequiel 37**, no puede por menos que asombrarse al ver ante sus propios ojos el comienzo del cumplimiento de esta profecía, a partir de 1948. Israel es hoy un **Estado** firmemente establecido, a pesar del odio a muerte que manifiestan constantemente todos los que lo aborrecen. ¿Mera casualidad o designio divino predeterminado en los propósitos a Dios hacia Israel?

¿Es una realidad incuestionable que todo el programa futuro que Dios estableció con Israel antes del nacimiento de Jesús ha sido ahora transferido a la Iglesia? Si así fuera sólo veríamos dos únicos colectivos discernibles en los cumplimientos proféticos relativos a las últimas cosas: la **Iglesia** y los pueblos **gentiles**, y todo el peso del desarrollo profético del Nuevo Testamento gravitaría en ellos. Pero vemos que no es así. Por ejemplo, en **Apocalipsis** se menciona **14 veces** el término **iglesia**, en los tres primeros capítulos relativos a la era histórica presente, pero no vuelve a mencionarse el término hasta la conclusión del libro (**22:16**). Tan sólo se alude a ella con el término **esposa** (**19:7**), pero sólo en el **ámbito celestial**, no terrenal. Los grandes «**protagonistas**» de los “tiempos finales” en el Apocalipsis, además del diablo y sus ángeles malignos son los **pueblos gentiles** y el **pueblo judío**, que ocupa un protagonismo de primer orden en el desarrollo de los acontecimientos. La iglesia está *misteriosamente* ausente en todo este escenario en que se desarrolla extensamente el programa de acontecimientos del Día del Señor.

Todo esfuerzo de **interpretación alegórica**, simbólica o figurada del ingente caudal de profecías relativas al final de los tiempos parece condenado al fracaso si pretendemos a toda costa que toda referencia al pueblo judío sea cumplida por la iglesia. Todo resulta forzado, confuso e inextricable, sin contar con un respaldo bíblico sólido sobre el que basar esta «transferencia» de sujetos y planes (la Biblia no parece legitimar de alguna forma clara y explícita semejante criterio interpretativo).

En sentido contrario, ¿podemos encontrar alguna **evidencia** clara en las **Escrituras** que justifique la **distinción** necesaria entre el *pueblo judío* y la *iglesia*, dado que nadie cuestiona la presencia manifiesta de los pueblos gentiles en todos estos acontecimientos? Podríamos hablar largo y tendido sobre esta cuestión, pero me impresionó particularmente la *forma tan sencilla y diáfana* que utilizó **David Morse**, para dejar bien sentada esa **cuestión crucial** en cualquier estudio serio de la Segunda Venida. Todo lo que detallo a continuación fue lo que él mismo desarrolló a lo largo de estas conferencias, resumido en su *power point* que me cedió muy amablemente al final de las mismas.

«*No seáis tropiezo ni a judíos ni a gentiles ni a la iglesia de Dios*» (1 Cor. 10:32).

Tenemos aquí tres colectivos distintos y claramente diferenciados. Cada uno tiene su propio comienzo y destino, que podemos resumir de la siguiente forma:

1) GENTILES: **Comienzan** en **Adán**, y sigue su linaje a través de **Noé** hasta nuestros días. Su **destino** es el **juicio del Gran Trono Blanco** y la **eternidad** bajo la **condenación** de Dios.

2) JUDÍOS: Su historia **comienza** en Abraham. Si **se convierten** en esa época, forman parte de la **Iglesia de Cristo**. Si **no se convierten ahora, pero sí antes de la Venida de Cristo** a la tierra, su **destino**, juntamente con los **salvos del A.T.** es el **Reino terrenal** en el **milenio**, y **posteriormente** en la **nueva tierra**.

3) IGLESIA: **Comienza** en el **día de Pentecostés (Hechos 2)**. Sigue **ligada a Israel** en el libro de los **Hechos**. Posteriormente **es independiente de Israel (Hch. 28:28)**. Su **destino** es la **gloria** celestial, después del **arrebatación**.

Es de **suma importancia** DIFERENCIAR ISRAEL DE LA IGLESIA. Si la *iglesia* tuviese que **reemplazar** a *Israel* de manera **permanente**, las **profecías** tendrían que **interpretarse alegóricamente** para eludir las consecuencias de su **sentido literal**.

La **hermenéutica errónea** de **Orígenes** fue la que preparó el camino para el **amilenarismo** de **Agustín**. Los **teólogos de la Reforma** adoptaron el **mismo enfoque**, pues **pretendían identificar al Anticristo con la Iglesia Católica**.

Los primeros **Hermanos de Plymouth** redescubrieron la realidad de una **hermenéutica literal** [en este punto me parece interesante insertar aquí el oportuno comentario de **J.D. Pentecost**: «Esta doctrina de la *inminencia*, o *venida* en cualquier momento, no es una nueva doctrina originada con J.N. Darby, como algunas veces se ha dicho, aunque él sí la clarificó, la sistematizó y la popularizó. Tal creencia en la inminencia caracterizó el **premilenarismo** de los *padres de la iglesia primitiva* así como a los *escritores del Nuevo Testamento*»].

Gran número de profecías resultarían incomprensibles **si no se cumpliesen literalmente** en el **Reino** milenario. Además de ello, los **fieles del Antiguo Testamento** habrían sido tristemente engañados, lo que de ninguna forma sería el proceder de Dios con sus inquebrantables promesas.

Durante el milenio, **Cristo reinará visiblemente desde Jerusalén**. Esto deja al hombre sin la socorrida excusa de que si hubiera visto al Cristo glorioso en la tierra, se le habría sometido.

La **mayor objeción** que muchos plantean al **enfoque diferenciador** entre la **Iglesia** e **Israel** es la **existencia de sacrificios** en el **Templo milenario** contemplado en **Ezequiel 40 – 48**. Estos son **sacrificios conmemorativos del Calvario**, carentes de **poder salvífico alguno**, pero que deben apreciarse **a la luz del Cristo glorificado**. En el **Antiguo Testamento** eran la **prefiguración** de la **obra futura** del **Mesías**; pero en el **Reino milenario**, son la **celebración conmemorativa del sacrificio del Mesías**, de la misma forma que la **Santa Cena** es la **conmemoración** que ha sido dada a la **Iglesia**. Todo el **significado oculto** del A.T., ahora queda **manifiestamente revelado** en todas sus facetas cumplidas en el **Gólgota**.

Los que dicen que la Iglesia pasará por toda la tribulación o una parte de ella, no se fijan en la diferencia entre Israel y la Iglesia.

El libro de Apocalipsis repite varias veces la duración de la **mitad de la tribulación**, expresándola de diferentes formas:

42 meses = tres años y medio (11:2).

1260 días = tres años y medio (12:6).



Un tiempo y tiempos y la mitad de un tiempo = 1 + 2 + 0,5 = tres años y medio (12:14).

Todos estos casos representan la mitad de la última “semana de años” de Daniel 9. Los siete años completos son los años de la **tribulación**, pero los últimos tres años y medio reciben particularmente el nombre de “**la gran tribulación**”.

Estas “semanas de años” están relacionadas con **Israel**. Nótese el mensaje que recibe Daniel: «*Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad*» (Dn. 9:24).

Durante la última semana **Israel** será nuevamente el **pueblo de Dios** en la tierra, debido a que la Iglesia habrá sido arrebatada.

Antes de 1948 no se sabía que Israel debía establecerse previamente en su tierra antes del arrebato de la Iglesia.

La Iglesia **no tiene herencia en la tierra**. Como señala **Efesios 1:3**: «*Dios... nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*».

Sabiendo que el Señor viene en cualquier momento, **el creyente ha de prepararse** para esta circunstancia que constituye el fin supremo de su esperanza:

1.- **MADUREZ EN LA PREPARACIÓN**: «*Vosotros, pues, también estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá*» (Lc. 12:40). La obediencia a esta orden del Señor crea en nosotros una *actitud permanente de alerta* que nos lleva a profundizar en nuestra relación personal con el Señor.

2.- **MANIFESTACIÓN DE LA PREPARACIÓN**: La preparación afecta plenamente a la **santidad** personal: «*Todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro*» (1 Jn. 3:3).

Afecta también a toda nuestra perspectiva del **servicio cristiano**, pues no sólo hemos de prepararnos para el *arrebato* sino también para la inminente comparecencia posterior ante el **Tribunal de Cristo**, después de éste: «*todos compareceremos ante el Tribunal de Cristo*» (Rom. 10:14). Para ello hemos de meditar seriamente en **Rom. 3:11-15**: «*Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno y hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la pondrá al descubierto, pues por el fuego será revelada. La obra de cada uno, sea la que sea, el fuego la probará. Si permanece la obra de alguno que sobreedificó, él recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quema, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego*». Este pasaje tiene que ver con nuestra **fidelidad** en **servir** al Señor, **no con nuestra salvación**. Sólo hay un **fundamento para la salvación**, y este es el **sacrificio de Cristo en el Calvario** (v. 11); el **v. 13** sólo señala que el **objeto** de esta **prueba** será evaluar **la obra de cada uno**, cualquiera que esta sea. «*De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí*» (14:12). Todo ello se efectúa para distinguir entre la mera apariencia y la realidad, librándonos de la esclavitud de las apariencias y preparándonos para el realismo de Su gloria.

La parábola de los **talentos**, en **Mateo 25:14-30**, nos enseña que el punto clave no es la **cantidad** de lo que tenemos, sino el **uso** que hacemos de ello. En la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, no caben meros “**pasajeros**” ni “**espectadores**”. Cuando participo del pan en la mesa del Señor, me reconozco a mí mismo como **miembro del Cuerpo, a las órdenes** de la **cabeza** que es Cristo.

3.- **MISERICORDIA EN LA PREPARACIÓN**: **1 Cor. 3:16**: «*¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios está en vosotros?*». Este pasaje sigue a la referencia que acabamos de comentar acerca del Tribunal de Cristo, recordándonos el ministerio que realiza el Espíritu Santo. Notemos que el Señor toma en cuenta **nuestra imperfección** actual.

En resumidas cuentas, **me preparo** para la **Venida del Señor**: 1) por **seguir** la **santidad**; 2) por **cumplir** con fidelidad mi **servicio** al Señor; 3) por **capacitarme** para ello el **poder del Espíritu Santo**. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap. 22:20).



## LAS PROFECÍAS DE LA SEGUNDA VENIDA. Nigel J.L. Darling.

Las profecías de las Sagradas Escrituras consideran a todos los hombres como pertenecientes a uno de estos tres grandes grupos: los **judíos**, los **gentiles** o la **iglesia de Dios** (1 Cor. 10:32). Estos tres grupos abarcan a todos los seres humanos sin excepción. Los judíos son los descendientes de Abraham y, como tales, son los herederos de las promesas de Dios confirmadas al patriarca (Gén. 12:1-4; 17:1-16). El resto de la humanidad se compone de los gentiles, que actualmente ejercen un dominio precario en la tierra (Dan. 9:24-27; Lc. 21:24). La iglesia de Dios es formada por una multitud de personas que pertenecieron a los dos grupos anteriores, pero que creyeron el mensaje del evangelio, aceptando a Cristo como su Salvador, y como consecuencia de ello, fueron bautizados por el Espíritu en ese «un cuerpo» que es la iglesia (1 Cor. 12:13).

Vivimos ahora en los *tiempos de los gentiles*, y en el período de estos tiempos que el apóstol denominó la *dispensación de la gracia de Dios* (Ef. 3:2), o sea, el lapso de tiempo en los propósitos de Dios durante el cual se predica el evangelio y es llamada afuera la iglesia, de todo linaje y lengua y pueblo y nación (Ap. 5:9). También se llama a este período, la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios (Ef. 3:9), porque sólo en el evangelio y las cartas apostólicas se descubren sus propósitos referentes a la iglesia. El apóstol Pablo resume la culminación de los propósitos de Dios en cuanto a los tres grupos señalados: «*el misterio de su voluntad... de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra*» (Ef. 1:9-10). Los indicios y las señales de los tiempos nos advierten de que «el fin de todas las cosas se acerca» (1 P. 4:7) y tenemos que estar sobre aviso frente a estos sucesos pendientes y de inminente realización.

El primer acontecimiento de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, será la segunda venida de Cristo, y será el preludio de todos los demás. Algunos objetan la expresión «segunda venida de Cristo» porque dicen que no se encuentra en la Biblia. No tienen razón, El Señor dijo, refiriéndose a su presencia en el mundo, «*yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*» (Jn. 10:10), y más tarde afirmó: «*vendré otra vez*» (Jn. 14:3). El apóstol une estas dos venidas, la primera y la segunda, en una sola declaración «*así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*» (Heb. 9:28).



No hay doctrina de nuestra fe cristiana que tenga base más firme en las Sagradas Escrituras que esta de la segunda venida de Cristo. Parece increíble que muchos de aquellos que conocen la Palabra de Dios, la ignoren, la entiendan mal o la dejen de lado restándole importancia. El Nuevo Testamento está impregnado de ella, y la segunda venida del Señor Jesús fue la esperanza luminosa de la iglesia primitiva y su consolación durante las aflicciones y persecuciones de la época.

Nuestro Salvador calmó los corazones agitados de sus discípulos con la promesa de su regreso; los mensajeros divinos se dirigieron a los que acababan de presenciar su ascensión al cielo, y les anunciaron su regreso; desde entonces, no cesaron de escribir y exhortar a las iglesias respecto a este regreso. Más aún, el advenimiento de Cristo constituía una parte integrante de su fe, como queda de manifiesto por las palabras de Pablo dirigidas a los cristianos de Tesalónica recordando cómo se habían convertido «*de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de entre los muertos, a Jesús*» (1 Tes. 1:9-10). El último capítulo de la Biblia reitera tres veces la declaración de su venida con palabras sencillas, concretas y terminantes, y con la advertencia de que será «pronto» y «en breve» ¿Cómo es posible aceptar las Escrituras como la revelación inspirada de Dios a los hombres y desconocer la verdad, tantas veces consignada en ellas de la segunda venida de nuestro Señor y Salvador?

Hemos leído que la venida del Señor es mencionada 318 veces en los 260 capítulos del Nuevo Testamento; o sea, un término medio de una vez por cada veinte versículos. ¡Cuán importante es esta doctrina!

¡Cuán necesario es insistir sobre ella! Desde luego, Satanás tiene especial empeño en oscurecer esta bendita esperanza, porque el creyente encuentra en ella el estímulo mayor a una vida de santidad y de consagración al servicio de Cristo, Que Dios, pues, alumbró nuestro entendimiento para que reconozcamos esta verdad inspiradora, y para que ella sea la meditación continua de nuestros corazones y la estrella que guía nuestras vidas cristianas.

Dijimos que el segundo advenimiento de nuestro Salvador inicia la secuencia maravillosa de sucesos, que distinguirá a *la dispensación del cumplimiento de los tiempos*, porque significa el arrebatación de la iglesia y su reunión con el Señor en el aire, como lo establece el apóstol Pablo cuando escribe a los tesalonicenses «*con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con Él*» (2 Tes. 2:1). Este arrebatación de la iglesia a la venida de Cristo fue siempre la meta ofrecida por los apóstoles a los cristianos primitivos. No debían esperar la conversión del mundo mediante la predicación del evangelio, sino de individuos que compondrían precisamente la iglesia; su perspectiva inmediata no era el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra, sino que éste fuera un hecho en los corazones de los que creyeran; ni tampoco correspondía resignarse a que el destino de su peregrinaje terrenal culminare en la gran tribulación, anunciada en las Escrituras. ¡No! Su meta gloriosa, constantemente señalada por los autores inspirados de las cartas apostólicas, es la segunda venida del Señor Jesús, y así Pablo exhorta: «*aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo*» (Tito 2:13).

También la partida de la iglesia del mundo a la venida de Cristo pone término a la *dispensación de la gracia de Dios*, durante la cual se predica el evangelio de salvación eterna por fe en la obra redentora de Cristo sobre la cruz a toda criatura, como se desprende de las palabras de Pedro, cuando expresa que el Señor no tarda «*la promesa de su advenimiento*», sino que «*es paciente con todos, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*» (2 P. 3:4, 9). La ausencia de la iglesia, y del Espíritu de Dios obrando en ella y por ella, facilitará los acontecimientos terribles que sobrevendrán inmediatamente, y dejará al hombre expedito el camino para que muestre cabalmente hasta dónde llega en su rebelión contra Dios, y para que recoja en alguna medida las consecuencias funestas de su proceder pecaminoso y blasfemo.

La reunión en el aire del Salvador con su iglesia inaugurará «*el día de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Cor. 1:8), llamado también «*el día del Señor Jesús*» (1 Cor. 5:5; 2 Cor. 1:14), «*el día de Jesucristo*» (Flp. 1:6), y «*el día de Cristo*» (Flp. 1:10; 2:16), y será para Él el gran día de felicidad suprema, cuando los brazos que fueron extendidos en la cruz de vergüenza, de agonía y de muerte, se abrirán para recibir a la iglesia de su amor, su esposa espiritual «*la cual ganó por su propia sangre*» (Hch. 20:28; Ef. 5:25-32), y que ha sido destinada para su corazón «*desde antes de la fundación del mundo*» (Ef. 1:4). Verá en su iglesia completada y redimida en cuerpo, alma y espíritu, «*el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho*» (Is. 53:11). Nuevamente el apóstol insiste en que sea este día la meta de los creyentes, y les exhorta a ser sin carencias en ese momento de consumación (1 Cor. 1:7-8) que verdaderamente será para ellos «*de los días el más bello, del tiempo el principal*»: el día de su *perfeccionamiento, galardón y gloria*.

Conviene, entonces, que seamos santificados «*por completo, y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Tes. 5:23). Este «*día de Cristo*» no debe confundirse con el «*día de Yahweh*» (Is. 13:6), o sea, el «*día del Señor*» (1 Tes. 5:2), que «*vendrá como asolamiento*» y traerá «*destrucción repentina*». Aquel será un día de reunión triunfante y de felicidad sin par; éste, en cambio, vendrá con ira y con juicio. Nos parece que ambos días se combinan para constituir el «*día de Dios*» (1 P. 3:12), que comenzará con el arrebatación de la iglesia en el «*día de Cristo*», para seguir con los juicios y demás acontecimientos del «*día del Señor*», y que terminará con el «*juicio del gran trono blanco*» de delante del cual «*huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos*» (Ap. 20:11). Este gran «*día de Dios*» será el «*día postrero*», en cuyo momento inicial el Señor resucitará a los suyos (Jn. 6:40).

La segunda venida de Cristo indudablemente se vincula con «*el día del Señor Jesús*», y cuando las Escrituras se refieren a este día venturoso de realización largamente anhelada, es siempre y solamente en orden a las relaciones íntimas de Cristo con su iglesia. Parece constituir un paréntesis de dicha inefable cuan el Amado, reunido al fin y para siempre con su compañera para la eternidad, dará expresión a este amor con que la amó hasta poner su vida por ella en la cruz. Este es, sin duda, el «*día de su desposorio, y el día del gozo de su corazón*» (Cant. 3:11).



## INDICIOS DE SU VENIDA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. Nigel J.L. Darling.

No nos debe sorprender que no tengamos mención de la iglesia en el Antiguo Testamento, en vista de las declaraciones terminantes del apóstol Pablo en su carta a los efesios, de que su formación era un «*misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu*» (Ef. 3:5). La primera manifestación directa que tenemos de esta determinación eterna es cuando el Señor proclama su propósito de *edificar Su iglesia* (Mat. 16:18). En esta ocasión solamente se afirma que será *Suya* («*mi iglesia*»), que tendrá por *fundamento* la Roca de los siglos, Cristo en persona («*esta piedra*»), y que será *militante y triunfante* («*las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*»). Son los posteriores escritos apostólicos los que desvelan este secreto de Dios, arrojando luz sobre el cuerpo místico que es la iglesia y desarrollando por el Espíritu sus intenciones, desde los siglos y para los siglos, en cuanto a ella. Por lo tanto, tampoco puede sorprendernos que se nos enseñe concretamente en la parte citada de la Palabra de Dios, la doctrina de la segunda venida de Cristo, ya que esta segunda venida será para recoger a Su iglesia. No obstante, tenemos en el Antiguo Testamento *bosquejos, sombras y figuras o ilustraciones* de las cosas celestiales (Heb. 8:5), que nos imparten lecciones muy valiosas respecto a ellas.

El corto relato de la vida de Enoc, en su brevedad concisa, nos habla del arrebatamiento de la iglesia, de la cual este gran hombre es un tipo, en contraste con Noé, quien fue preservado por Dios en medio del diluvio (el castigo) y guardado de todo mal, mostrándonos así a los judíos fieles en los últimos años terribles, antes de la aparición en gloria del Señor para socorrerlos (Génesis, capítulos 6 a 8). «*Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios*» (Gén. 5:24), y el apóstol agrega que esta traslación fue obrada «*por la fe*» (Heb. 11:5) ¡Tan breves palabras, pero tan expresivas! Se nos señala aquí la senda que corresponde a la iglesia, que es la de la *comunió*n estrecha con el Señor; y luego su epílogo glorioso: su *reunión con Él*. Sí, un día no lejano los creyentes desaparecerán y no serán hallados, porque los habrá *traspuesto* Dios. Tal será la realidad divina cuando Cristo arrebathe a Su iglesia. Este camino del creyente con Dios es el camino de la fe, y esta esperanza bienaventurada es la esperanza de la fe. Por fe nos salvamos, por fe procuramos sujetar nuestras vidas espirituales a la voluntad de Dios, y por fe esperamos a nuestro Redentor del cielo. «*Sin fe es imposible agradar a Dios*» (Heb. 11:6). *Por fe*, es decir, por aceptar sencillamente lo que Dios nos dice en su Palabra y por aguardar confiadamente su cumplimiento.

El capítulo 24 del Génesis nos suministra una de las *figuras* más completas que tenemos en las Sagradas Escrituras del *llamamiento de la iglesia* (Rebeca) por la voluntad de Dios Padre (Abraham) mediante la intervención del Espíritu Santo (el criado de Abraham), y para que sea durante toda la eternidad la esposa espiritual del Señor Jesús (Isaac). Esta preciosa historia de amor bien merece nuestro examen cuidadoso, y hallaremos en ella enseñanzas espirituales de mucho interés. En el proceder del criado para conquistar a Rebeca, hablándole del poder y de las posesiones de su señor, y de cómo había dado todo cuanto tenía a su hijo, discernimos enseguida la obra del Espíritu, que nos revela *lo profundo de Dios y las inescrutables riquezas de Cristo* y nos hace saber las cosas de Él (Jn. 16:13-15). También el criado la obsequia con las joyas que había traído de la abundancia de bienes de Abraham, como prenda y adelanto de la herencia de valor inestimable que sería suya si se resolviera a acompañarlo. De la misma manera, el Espíritu nos cautiva y nos lleva a aceptar a Cristo como nuestro Salvador, convenciéndonos de nuestro pecado, enamorándonos de la persona de Cristo y anticipándonos porciones preciosas del tesoro celestial.

En la conducción de Rebeca a través del desierto hasta entregarla a Isaac, tenemos siempre la misma lección: el *Consolador* que nos guía, dirige y protege durante nuestra peregrinación terrenal hasta conducirnos a la misma presencia del Señor. A propósito de nuestro estudio, nos interesa notar especialmente el lugar del encuentro de Isaac con Rebeca. No fue en las tiendas de Abraham, ni tampoco en el desierto. «*Había salido Isaac a orar al campo... y he aquí los camellos que venían*» (Gén. 24:63). Rebeca, que salía del desierto, divisó asimismo a Isaac y preguntó al criado: «*¿Quién es este varón que viene por el campo hacia nosotros?*» (24:65), y ambos, alzando los ojos, se contemplaron mutuamente. Rebeca «*descendió del camello*» (24:64), que le había servido de transporte para cruzar el desierto, ahora dejado atrás, y se verifica la reunión largamente esperada por los dos, entre las tiendas de la habitación de Isaac y el desierto de donde procede Rebeca. De esta manera se cumple la voluntad de Abraham; queda terminada la misión del criado; los más dulces ensueños de Rebeca se hacen realidad, e Isaac halla su satisfacción en su amor para con ella.

No es difícil trazar el paralelo que evidentemente existe entre esta reunión y aquella otra del Señor Jesús con Su iglesia a Su venida, que no tendrá lugar en el cielo ni en la tierra, sino *en el aire*, cuando los redimidos serán arrebatados del mundo *en las nubes* para recibir al Señor, que *descenderá* del cielo (1 Tes.

4:16-17). En el relato bíblico hay una observación final<sup>1</sup> sobre la terminación feliz de esta historia de la conquista de Rebeca. No se nos habla de la heredad inmensa de que sería partícipe con Isaac, ni de la posición privilegiada que ocuparía a su lado, sino simplemente de que Isaac «*la amó*» (24:67). La recompensa máxima de la fe triunfante de la iglesia será *el amor eterno del Salvador*.

Una insinuación muy hermosa de la venida del Señor aflora en el Cantar de los Cantares de Salomón. Este bello poema de amor incomparable, se ocupa exclusivamente del idilio de los dos protagonistas, y descubre las relaciones íntimas espirituales entre Cristo y Su esposa, que es la iglesia. Todo el libro se dedica a la narración de este idilio entre los enamorados, y colocado en el plano superior que le corresponde, contiene diversas y preciosas lecciones concernientes al amor mutuo que existe entre el Señor Jesús y Su iglesia, y cómo Él «*la sustenta y regala*» (Ef. 5:29). En sus páginas se revela el amor inconmensurable del Amado, no obstante la conducta ocasionalmente díscola de la amada; se muestran los anhelos recónditos de Su corazón respecto a ella, y sus deseos ardientes de comunión cada vez más estrecha. A flor de cada estrofa apuntan nuevas demostraciones de su cariño entrañable, y expresiones renovadas de las hermosuras y encantos que encuentra en ella. Asimismo, la esposa fija todo su deleite en Él. Todos sus pensamientos convergen intensamente en Su persona, y sus perfecciones la extasían. Como ella misma exclama: «*todo Él es codiciable*» (Cant. 5:16).

Embelesados como están el uno con la otra, de repente ella exclama: «*¡La voz de mi Amado! He aquí Él viene*» (Cant. 2:8), y habla Él con un llamado insistente, dulcemente apremiante: «*levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven*» (Cant. 2:10). Le dice que *el invierno* largo, triste y penoso ya ha quedado atrás dando lugar a la nueva primavera con sus radiantes atractivos. Le cuenta la belleza de *las flores*, le habla del *tiempo de la canción* y de *la voz de la tórtola* que se deja oír en los campos, de *la higuera*, con su agradable fruta, y de la fragancia de las *vides en ciernes*, que más adelante brindarán al paladar su vino de alegría, señalando así la plenitud de la felicidad, de la paz y del amor que reina «*en nuestro país*», y luego repite su llamado con amorosa urgencia (Cant. 2:11-13). De nuevo discernimos fácilmente la coincidencia con la venida de Cristo, en orden a las relaciones personales e íntimas de la iglesia con Él. En estrecha comunión con su Amado, agudiza ella el oído y aguarda su voz, hasta escuchar la intimación tan fervientemente deseada: «*levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven*» (Cant. 2:13), y luego en Su presencia encuentra que «*en Tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a Tu diestra para siempre*» (Sal. 16:11).

Los tres casos comentados ofrecen diferentes aspectos de la segunda venida de Cristo: Enoc, quien siendo traspuesto, desapareció, nos habla del mismo arrebatamiento de la iglesia; en el de Rebeca y su encuentro con Isaac entre el desierto y las tiendas de Abraham, percibimos en figura el lugar de la reunión, el aire; mientras que la invitación del Amado sugiere la culminación de amor y la plenitud de gozo que habrá, sin limitación temporal o dolorosa alguna, en su presencia, al llegar ese día feliz y bienaventurado.



<sup>1</sup> Aunque el autor no la menciona, hay también una hermosa alusión al sufrimiento del Salvador en ese contexto de encuentro con su amada. «*Y se consoló Isaac después de la muerte de su madre*» (24:67), que nos evoca la satisfacción final del Salvador al afrontar la angustiosa separación del Padre, la inmensa humillación y los horribles padecimientos en la cruz, como apunta Is. 53:11: «*Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho*».

## ¡LEVÁNTATE, AMOR MÍO!

¡Levántate mi amor y mi hermosura!  
Ven conmigo a los campos de las flores,  
ya han pasado el invierno y sus rigores  
como la lluvia y su estación oscura.

Los campos de alegría se han vestido;  
ya es el tiempo de danzas y canciones,  
arrullos de palomas y gorriones  
que en ramajes de higuera hacen su nido.

Perfecta es mi paloma, sin defecto,  
oculta en las alturas de la peña...  
¡descúbreme tu voz color alheña  
y extiende la hermosura de tu aspecto!

¿Quién es ésa que cruza los desiertos,  
soberbia como regios escuadrones,  
morena y codiciable con los dones  
del incienso y aroma de los huertos?

Morena es la sulamita hermosa,  
despliegue de cortinas recamadas,  
espléndida entre vírgenes floreadas  
y en tiendas de Cedar, la más gloriosa.

Cual un cedro plantado junto al río  
tu figura amanece exuberante;  
de sándalo es tu aroma penetrante  
en los claros del bosque más umbrío.

¿Qué hiciste en el jardín de los aromas  
poblado de fragancias inauditas?  
¿vertió tu manantial las infinitas  
esencias que crearon tus redomas?

Eres bella, mi amor, en ti no hay mancha,  
eres hija del cerezo y del granado;  
tus labios son carmín enamorado  
que en fuego embriagador mi pecho ensancha.

Tu cabello, estandarte de lancero,  
ondea su belleza contra el viento;  
en mi sueño de amor es alimento  
tu líquido azabache volandero.

Corola de jazmín son tus mejillas,  
praderas de esplendor y de amapolas,  
secretos de coral y caracolas  
se escriben en tus playas amarillas.

Tu cuello tan esbelto y de nogal  
cual torre de las armas, protectora,  
de escudos de valientes portadora,  
se yergue en tu belleza sin igual.

Redondos son tus pómulos fulgentes,  
redonda es tu sonrisa de esmeril,  
tu ombligo abotonado de marfil  
y tus piernas de juncos resistentes.

Con pasos muy ligeros, pies de cierva,  
te muestras en las crestas escarpadas;  
las aguas que atraviesan las cañadas  
oyeron el bramar que mi alma enerva.

Como un sello indeleble sobre el brazo  
escribe las palabras de mi amor,  
dentro del corazón y alrededor,  
en la frontal diadema y tu regazo.

Potente es el amor, como la muerte,  
llama impetuosa que abrasa el altar,  
que no pueden los ríos anegar  
ni las aguas batir su contrafuerte.

*Francesc Closa Basa*



## LAS GLORIAS DE CRISTO EN EL MILENIO. Francesc Closa.

«Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gál. 4:4). En aquel momento, la *segunda Persona de la Trinidad* vino a la tierra y tomó para Sí y para siempre una *naturaleza humana*, sin pérdida o menoscabo de ninguno de sus *atributos de deidad*. Aunque es un misterio difícil de entender para la mente humana, pecadora y limitada, en aquella *Persona divina* existe la *perfecta unión de dos naturalezas*, divina y humana, *sin mezclarse ni confundirse*. Una consecuencia de capital importancia es que *el Señor Jesucristo es y siempre será una Persona teantrópica* (divina y humana). Por ello, la revelación futura de su gloria procede tanto de la naturaleza divina como de la humana.

El asombro que iluminaría la faz de los discípulos en la cena de Emaús cuando el Señor de la gloria «les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían» (Lc. 24:27), se irá apoderando también de nuestros corazones cuando vayamos percibiendo las sublimes maravillas que de Él hablan las Escrituras. Si bien todo cuanto podemos contemplar ahora no es más que un breve anticipo que se nos concede al subir al monte de la Transfiguración, llegará un día cuando «todo ojo le verá», viniendo con las *nubes de gloria* (Ap. 1:7).

Dos pasajes anuncian de manera diáfana las futuras y sublimes *glorias de Cristo*, posteriores a los *sufrimientos del Mesías*, que se manifestarán plenamente en la instauración del futuro reino milenar: la re-prensión de Jesús a los aturdidos discípulos en Emaús (Lc. 24:25-27), y el testimonio de Pedro (1 P. 1:10-11). De ambos pasajes se deduce que, tanto los sufrimientos de Cristo como las glorias posteriores a ellos, ya fueron claramente revelados en el A.T.; ambos acontecimientos se relacionan con períodos de tiempo específicos, pero no simultáneos ni inmediatos en su orden secuencial (lo que solo ahora se comprende, al sernos desvelando el «misterio de la iglesia» entre ambas venidas que los separan); y se enfatiza el cumplimiento literal de las Escrituras, en boca del mismo Señor, mostrándolos como eventos ciertos, seguros e indubitables.

Mientras que la gloria divina de Cristo es particularmente reveladora de *su carácter* a través de la plenitud de sus *atributos divinos*, la gloria humana concierne al *honor y la gloria* que le corresponden por su *posición y responsabilidades como el Hijo del Hombre*. Esa gloria sublime fue ampliamente velada en su primera venida, aunque *no totalmente*, pues el apóstol Juan, y todos sus compañeros junto con él, afirman maravillados: «y vimos su gloria» (Jn. 1:14). Pero todos aquellos que entren en la maravillosa bendición del cercano Reino milenar, tendrán el privilegio de contemplar los *gloriosos aspectos del Hijo del Hombre* en todo su resplandeciente valor, sin restricción alguna. Cristo tuvo que descender del monte de la Tribulación, para poder ir a Jerusalén, pero el Rey victorioso que entre por las puertas eternas de Jerusalén, nunca descenderá ni será desposeído del Trono de David, del cual será el único y magnífico heredero por toda la eternidad.

Su propio antecesor humano en aquel trono que se perdió por causa del pecado, hablando bajo la dirección del Espíritu Santo declaró proféticamente, al final de sus días: «<sup>2</sup> El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua. <sup>3</sup> El Dios de Israel ha dicho, me habló la Roca de Israel: Habrá un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios. <sup>4</sup> será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una mañana sin nubes, como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra» (2 S. 23:2-4). Aquí están descritos los rasgos del maravilloso Rey mesiánico, que derrocará y sustituirá todos los indignos reinos de este mundo, para sentarse en el trono vacante que antaño ocupó David. Será *un Rey justo*. Por primera vez la tierra contemplará una justicia sumaria, perfecta e inmediata en todo su acontecer diario. *Gobernará en el temor de Dios*. Nunca más el hombre volverá a darle la espalda a Dios en ninguno de sus caminos. *Será como la luz de la mañana*. Toda la tierra saldrá de esta mortecina oscuridad invernal que la rodea y dejará de ser un valle de sombra de muerte; la luz de un nuevo día de infinita bendición cuando en el alba de la Redención asome «*la estrella resplandeciente de la mañana*» (Ap. 22:16). Pero este día que, si bien se acerca cada vez más, parece no llegar nunca, despuntará en una impresionante alborada (como un gigantesco coro antifonal, reflejo de aquella otra gloriosa *noche en los campos de Belén*), y dará paso sin tregua al deslumbrante resplandor del sol en una mañana sin nubes. Nada hará sombra al *Señor de la gloria* cuando se manifieste en toda su fulgurante majestad, como el fuego abrasador del sol perfecto en el cénit radiante de su gloria (Mal. 4:2). Pero aquel Reino no será un incendio devastador que deja la tierra quemada; más bien será inmensamente fértil y productivo, como la lluvia primaveral que anega la tierra sedienta (Ez. 34:26). Todos los confines del Reino serán restaurados a la gloria prístina que tuvo la tierra en el esplendente huerto del Edén. El *regreso de la gloria del Señor a su santo Templo* se revelará de manera asombrosa, como descubrió el profeta Ezequiel al ver «*que salían aguas por debajo del umbral de la Casa hacia el oriente*» (Ez. 47:1). Aquellas *aguas que salen de la presencia divina* en el templo, rápidamente se vuelven en un espléndido  *río salutar*, flanqueado por un *ejército de árboles frutales de hoja perenne*. Todo cuanto tocan *las aguas procedentes del trono del Rey es sanado, restaurado y lleno de abundante fruto*. Suya es toda la gloria.

# LECCIONES DEL CAPÍTULO 1 DE APOCALIPSIS. José Jiménez<sup>1</sup>.

## INTRODUCCION

Apocalipsis es un libro poco leído dentro del campo evangélico; podemos decir que es un gran desconocido de entre los sesenta y seis libros de las Escrituras, debido al recurrente uso de simbolismos, que muchas veces resultan difíciles de entender. Y si a eso le añadimos la gran variedad de interpretaciones y los interminables abusos interpretativos, hasta casi convertirlo en pura ficción, entenderemos el permanente desinterés y la escasa motivación de muchos creyentes.

El libro pertenece al género literario denominado «apocalíptico», literatura rica en símbolos y de carácter eminentemente escatológico. Por ello, Apocalipsis está repleto de lenguaje figurado y símbolos propios de tal literatura, por lo que, como bien apunta el Dr. Carballosa, *«toda la Biblia se ha de interpretar de manera normal, natural, histórico –gramatical, teniendo en cuenta el uso de las figuras literarias e interpretando cada pasaje dentro de su propio contexto»*.

Hemos de tener en cuenta que los símbolos están ahí, para abrir nuestras mentes y para que, haciendo un buen uso de su lenguaje, captemos las verdades que el Señor nos quiere transmitir y que de otra manera resultarían muy difíciles de asimilar por nuestras limitadas mentes humanas.

Apocalipsis contiene una bendición *«para todo aquel que oye o lee las palabras de esta profecía»* (1:3), y ya sólo por este hecho, nos debería impulsar a descubrir el contenido de este libro.

¿En qué consiste esta promesa de bendición? En primer lugar, porque en este libro se nos revelan (descorriendo el velo) los grandes y eternos propósitos de Dios. Nos ayuda a entender los inmensos programas de Dios y en consecuencia, podremos encauzar nuestras vidas en ello, es decir, podemos vivir a la luz de esa revelación, llevando vidas fructíferas, caminando bajo sus directrices y en perfecta armonía con los propósitos de Dios. La bendición no es, por tanto, el simple hecho de leer el libro sin más, sino de estudiarlo con sentido práctico para nuestro vivir cotidiano.

En segundo lugar, seremos bienaventurados porque el conocimiento del libro hará brotar una canción en nuestras vidas. Es cierto que nos habla de juicios, del resultado de la iniquidad humana y de la intervención directa de Dios contra este mundo rebelde y hostil, pero aún así se deja entrever un glorioso más allá, un mundo de canciones y de alabanzas a nuestro Creador. Hay momentos en que se nos descubre el velo para contemplar con gozo la maravilla de un coro celestial, que nos invita a integrarnos armoniosamente en él. El primer cántico se oye en 5:9–10: *«y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación»*. Este cántico, surge de la boca de los cuatro seres vivientes y de los veinticuatro ancianos. Su motivación la vemos en el hecho de que en el cielo se encuentra Uno que es digno de abrir el libro y desatar sus siete sellos. Por tanto, hay un Soberano que va a hacer justicia en este mundo, haciendo que todo el universo retorne a Dios. Él dará respuesta a todos los interrogantes y «por qué» de la historia humana, alguien que es capaz de volver corazones rebeldes hacia Dios, liberando a la creación de su estado de la esclavitud de corrupción y restaurando todas las cosas a su pureza original, como Dios las creó en un principio. Este mundo funcionará un día tal como Dios planeó. Y en el cielo hay gozo y cánticos de júbilo por este hermoso Redentor que hace posible esta realidad. Por tanto, este libro nos va a enfrentar a esa



<sup>1</sup> Estudios impartidos en la Iglesia del Paral·lel, en Barcelona, durante el primer semestre de 2013.



gloriosa visión, permitiéndonos vivir con un cántico de triunfo en nuestras vidas.

El segundo cántico aparece en 14:3: «*Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra*». Es el cántico de los 144.000 que cantan un triunfal cántico nuevo en sus vidas. Si escuchar un coro de 300 voces ya suena maravilloso, ¡cómo estremecerá un coro de 144.000, todas juntas y armoniosamente unidas! «*Y que nadie podía aprender*». ¿Por qué? ¿Qué tenía de especial tal cántico, que sólo estos 144.000 lo podían conocer? El contexto de este acontecimiento emerge del reinado de la bestia (cap.13), el gran hombre de pecado, el cual estará ejerciendo su tiranía, controlando a las naciones de este mundo y su economía. Exigirá a todo el mundo llevar su marca en la frente o la mano derecha, adorando a su imagen, y quien se resista sufrirá la pena capital. Sin esa marca no se podrá comprar, vender o encontrar un puesto de trabajo. Esto resultará terrible, al monopolizar la economía de este mundo y las necesidades más básicas. Pero si tal rechazo es algo terrorífico, ¡cuánto peor resultará ser excluido de la música triunfal! ¿Y cómo llegaron estos 144.000 a aprender esa misteriosa e inefable música celeste? Se nos dice «*que fueron redimidos de entre los de la tierra*» (14:3). Han sido redimidos, experimentando una nueva forma de vida.

La palabra «redención» tiene varias acepciones y una de ellas es la idea de «comprar». La bestia va a decretar que nadie pueda comerciar sin su marca y control puesto que todo será controlado por aquel hombre de pecado. Pero he aquí vemos a 144.000 de quienes dice Dios: «*son míos, Yo los he comprado de la tierra*» (14:4). ¡Consideremos el triunfo de Dios! El hombre de pecado tendrá bajo su control todo el comercio, pero hay un «dinero» que él desconoce, y es la sangre preciosa del Hijo de Dios. Esos 144.000, precisamente, han sido *comprados*, redimidos de entre los hombres, por eso entienden y pueden entonar ese cántico celestial. Dios ha pagado un costosísimo precio para que hombres y mujeres de esta tierra puedan prorrumpir en esta inefable melodía celestial.

Pablo habla de esa experiencia sobrenatural, que sólo puede entender un creyente. Al hombre no regenerado le es imposible entenderla porque se ha de discernir espiritualmente (1 Cor. 2:11–14).

El tercer cántico del libro irrumpe en 15: 2–4: «*Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios, y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos*». Este grupo que canta, se nos dice que son los que han conseguido la victoria sobre la bestia; están cerca del mar de vidrio y fuego, cantando el cántico de Moisés y del Cordero, pero aquí nos habla de la motivación que los impulsa: «*Grandes y maravillosas son tus obras*». El móvil del himno es una consideración de los juicios de Dios y sus caminos, verdaderos y justos. Si pensamos en la corrupción actual en el mundo, el engaño, la hipocresía y toda forma de maldad del corazón humano, que irá en aumento sin freno con la llegada del hombre de pecado, ¡qué infernal resultará este mundo cuando todo estalle y desborde sin control! Pero he aquí un gran coro celestial que desafió a la bestia y la ominosa tiranía de su reinado, han descubierto a un Dios verdadero, justo y fiel en todos sus caminos.

Con estos ejemplos vemos que Apocalipsis abunda en cánticos y adoración. Su lectura seria y atenta nos guiará hacia una vida de adoración y de alabanza a nuestro Dios.

Otra de las razones por las que se nos promete una bendición especial es porque este libro nos ayudará a ser *vencedores* en este mundo. Esa cuestión es otro de los temas prominentes en los escritos de Juan. El Señor Jesucristo hace hermosas promesas a los que son vencedores. ¿Qué significa «*ser un vencedor*»? En Apocalipsis 21:7–8 vemos dos grupos bien definidos:

1) **Vencedores**: «*el vencedor heredará todas las cosas y Yo seré su Dios y él será mi hijo*» (v.7).

2) **No vencedores**, descritos como «*cobardes, incrédulos, abominables*», etc. (v.8). Notemos que el grupo de los no vencedores se identifica con la *segunda muerte*. La promesa del Señor a la iglesia de Esmirna es que el vencedor *no sufrirá la segunda muerte* (2:11). La clara implicación es que, si no vences, sufrirás el daño de la segunda muerte. Hay que preguntarse: ¿todo creyente es un

vencedor? El hilo conductor de las palabras del Señor a la iglesia de Sardis nos arroja luz al respecto: *«el que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi padre, y delante de sus Ángeles»* (3:5). Estas palabras pronunciadas por el Señor, después de su resurrección, también las pronunció durante su ministerio en la tierra. Mt. 10:32–33: *«A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos, y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos»*. Un creyente verdadero confiesa al Señor Jesucristo. Por tanto, un vencedor es el que confiesa al Señor Jesucristo, y esto es lo que significa ser un creyente. En el caso del apóstol Pedro, él negó al Señor en esos momentos cruciales, donde fue vencido por la debilidad y la cobardía. Pero si Pedro hubiese persistido en esa actitud de negación, hubiésemos comenzado a dudar de su genuinidad como creyente. Pero al serlo, venció tras su amarga caída. Pedro tuvo un Gran Sumo Sacerdote que intercedió por él, para que su fe no faltase. A la postre, él confesó al Señor, y al final de su vida selló su testimonio con el martirio. Es, pues, una autentica fe en el Señor Jesucristo lo que nos introduce en el grupo de los vencedores. 1 Jn. 5:4-5: *«Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence el mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?»*. Vencer al mundo significa creer que Jesús es el Hijo de Dios. Porque creer en el Señor no es un mero sentimiento u opinión acerca de su persona. ¡Es mucho más que eso! Creer que Jesús es el Hijo de Dios es el punto crítico de la principal batalla en este mundo. Todas las fuerzas de este mundo, sometido a Satanás, están luchando por quebrantar esta creencia. En Efesios 2, Pablo nos habla del Príncipe del Aire, que domina el mundo entero. La gente actúa según los principios de este mundo, aunque piensen que lo hacen según sus propios criterios. Un día de estos, dice Apocalipsis, Satanás promoverá su obra maestra: el advenimiento del gran hombre de pecado, quien recibirá el dominio universal. Y como hemos apuntado antes, quien no adore a su imagen sufrirá la sentencia de muerte.

Es fácil creer en el Señor cuando las cosas marchan bien, pero si nos encontrásemos con el mundo y nuestra vida en un lado, y con Cristo en el otro, ¿cuál escogeríamos? Es cierto que estar al lado de Cristo nos hace vencedores, por cuanto Él es el Vencedor (*«Yo he vencido al mundo»* Jn. 16:33), pero hay un sentido en que la batalla se libra a diario, y donde el Señor nos manda ser vencedores, porque la seducción del mundo tiene su atractivo y Satanás lo esclaviza, no solo por medio de cosas pecaminosas y terribles sino, también, de cosas bellas, como la música, el arte, el deporte, etc. No son malas en sí mismas, pero si nos privan de cosas mejores, como disfrutar de la comunión íntima con el Señor, meditar Su palabra, amar su iglesia, etc., podemos llegar a ser vencidos. Aquí, si somos creyentes, debemos escuchar al Señor hablando a las siete iglesias: *«¡arrepentíos, arrepentíos!, ¡haced otra vez las primeras obras!, ¡volved al primer amor!, ¡echad mano de mi poder y recursos!»*.

Aquí se manifiesta la realidad de nuestra fe. *«Todo aquel que permanece en Él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como Él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo»* (1 Jn. 3:6–8).

No está diciendo que el creyente nunca peca; eso es imposible mientras estemos en el mundo, y Juan mismo afirma: *«si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso, y su palabra no está con nosotros»* (1 Jn. 1:10), y a continuación: *«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo»*.

El pecado es accidental en el creyente, no la norma o práctica habitual. Cuando incurrimos en él, *«abogado tenemos para con el Padre»*. Ningún autentico creyente permanece en el pecado sin arrepentirse. Juan, también nos dice: *«todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios»* (1 Jn. 3:9).

Es cierto que todavía soportamos nuestra vieja naturaleza y ésta nos acompañará hasta el sepulcro o hasta el momento en que el Señor venga a buscarnos, pero la evidencia del genuino creyente es que se arrepiente, pide limpieza al Señor, se levanta y sigue luchando con Su ayuda.

Este libro de Apocalipsis nos ayuda a ser vencedores, en Él. Nos muestra el final de algunas

batallas, porque la vida cristiana es una guerra abierta. Por eso Pablo dice: «no seáis vencidos del mal, sino venced el mal con el bien». ¡Hemos de aprender a vencer el mal con el bien! Estas son algunas de las bendiciones que vamos a descubrir en un estudio serio de Apocalipsis.

#### APOCALIPSIS 1:1-8.

Estos versículos contienen aspectos importantes, ya que nos dicen de qué trata el libro, los beneficios que podemos sacar del mismo (v. 1–3); la comunicación de la «gracia» y la «paz» de parte de las tres personas de la Santa Trinidad (v. 4–6); y una proclamación de Su venida (v. 7–8).

La primera frase que tenemos es: «*la revelación de Jesucristo*». Esa revelación incluye tanto «cosas», que el Señor nos da a conocer, como también la revelación en cuanto a su misma persona. Esto es así, puesto que estos dos aspectos los encontramos en el libro. El Señor mismo nos habla al final del mismo, cap. 22:16: «Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias». Por consiguiente, esta «revelación» contiene «estas cosas» que el Señor nos revela, en cuanto a la iglesia; en cuanto al mundo y los juicios que se llevarán a cabo, los inmensos y eternos programas de Dios, dentro de sus propósitos. Pero también es cierto que esa revelación, hace referencia a su misma persona, a la revelación de su ser ya que en este primer capítulo, encontramos la primera visión que se nos concede del Señor resucitado y glorificado, tal y como se encuentra en estos momentos en su gloria. Pero yendo un poquito más allá, esa palabra «revelación», nos lleva también a ese glorioso día cuando el Señor será manifestado, tal y como leemos en 1 Cor. 1:7 «esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo». Aquí la palabra «manifestación», en el original, es la misma palabra «revelación», que es lo que significa el término «Apocalipsis». Y está haciendo referencia a ese día, cuando el Señor sea manifestado en poder y gloria. Cuando los mismos cielos sean puestos a un lado como un gran rollo, y este velo que esconde ahora el mundo visible del invisible será enrollado, aparecerá el Señor Jesucristo con poder y gran gloria. Así que, «la revelación» incluye todos estos aspectos en cuanto a la persona del Señor y eso nos lleva al tema principal del libro, que es el Señor Jesucristo de quien trata específicamente la revelación.

Observemos que es su nombre humano Jesucristo, el que aparece en primer lugar en el libro («La revelación de Jesucristo»). Es importante, si luego consideramos los nombres y títulos honoríficos y divinos en los que se nos presenta a continuación, y la gloria de su persona en esa visión majestuosa a Juan, cuando se encontraba en la isla de Patmos. Su gloria era tal que Juan, aquel discípulo amado por el Señor, que estuvo tan cerca del Señor durante su ministerio, y que le podemos ver en los Evangelios recostado en el pecho del Señor, tan cerca de él, que hasta pudo escuchar los mismos latidos de su corazón. Sin embargo, cuando le contempla aquí en la inmensa gloria que el Padre le ha dado, Juan no puede sostenerse y cae al instante como muerto ante sus pies. Pero, para que esa gloria del Señor y esos títulos honoríficos no sea una barrera entre él y nosotros, para que no sea un medio de alejamiento, se nos presenta en primer lugar con su nombre humano: Jesús. Él sigue siendo el mismo Jesús de Nazaret humano (y también divino), cercano a nuestras vidas, el mismo que encontramos en los Evangelios: cercano a la mujer pecadora; hablando con la samaritana; tocando al leproso, etc. Él no ha cambiado, le podemos buscar y sentir y tener relación con su persona, de ahí la importancia de su nombre humano dentro del libro.

«*La revelación que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto*». Es importante notar que la fuente de esa revelación es Dios mismo. Dentro de los propósitos de la deidad, Dios el Padre siempre es la fuente, el origen y el que planifica. Pero el Hijo es el que ejecuta esos pensamientos y propósitos en el tiempo y en la historia. Esto siempre ha sido así dentro de la deidad. En la historia de la creación del Universo, el Padre concibió y el Hijo la ejecutó; en la historia de la redención, lo mismo; y ahora, en cuanto al asunto de la revelación, Dios el Padre es la fuente de esa revelación, y el Hijo el medio, el que la ejecuta y la lleva adelante. Pablo, es muy explícito en su epístola a los Corintios hablándonos de esta realidad: «*para nosotros sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de Él*» (1 Cor. 8:6). Pablo,

lo está expresando muy claramente: «Un Dios, el Padre del cual proceden todas las cosas» —la fuente, el origen—; «y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas» —el medio, el canal—. Por lo tanto, el Señor Jesucristo es el conducto por el cual Dios nos ha dado a conocer esta revelación, y tal como lo expresa Juan, con el propósito de «*manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto*». Es un privilegio poder recibir de Cristo esta revelación; podemos recordar las palabras del Señor a los Apóstoles: «*benditos sean vuestros ojos, porque muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron!*» (Luc. 10:23–24) ¡Lo que hubiera dado el profeta Isaías y el rey David por estas cosas! Y nosotros somos muy privilegiados de poder recibirlas, para que seamos sabios en el curso del tiempo que está delante de nosotros, para que guiemos nuestras vidas a la luz de las cosas que van a suceder. Un día, dice Pablo a Timoteo, «*Dios va a manifestar a todo el mundo la Epifanía de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Tim. 6). Y en Apocalipsis, el Señor Jesucristo nos está manifestando de antemano algo de ella, para que podamos estar preparados para ese encuentro. No olvidemos que este libro es una profecía: «*bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía*» (v.3). ¿Qué propósito tiene la profecía? El Apóstol Pedro nos habla del auténtico fin de la profecía en nuestras vidas: «*tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*» (2º P. 1:16). Pedro, nos insta a prestar especial interés a la profecía, «*como a una antorcha hasta que el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*». Es una frase poética, pero tiene un significado práctico en nuestras vidas, porque la función de la palabra profética del Señor es la siguiente: «*que en nuestros corazones salga el lucero de la mañana*», es decir, que podamos experimentar esta venida del Señor Jesucristo, antes de que Él aparezca en esta tierra. Tal debería ser nuestra solicitud más inmediata: buscar al Cristo resucitado, en una experiencia real de su persona, y experimentar ya su venida en nuestros corazones, de tal manera que nos prepare para ese gran acontecimiento cuando tenga lugar.

La venida del Señor es de gran importancia en este Libro. Hay un gran énfasis al principio del libro en cuanto a su venida, y también al final del mismo. Por tres veces encontramos el anuncio de su venida en el capítulo primero: «*del que es y que era y que ha de venir*» (v. 4); «*he aquí que viene por las nubes, y todo ojo le verá*» (v. 7); «*el que es y que era y ha de venir*» (v. 8). De la misma manera, también por tres veces encontramos la venida del Señor al final del libro: «*¡he aquí vengo pronto!*» (22:7); «*he aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra*» (22:12); «*el que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amen; sí, ven, Señor Jesús*» (22:20). El acento predominante a lo largo del libro es este concepto de «venida». Pero, ¿quién viene? Porque, cuando nos habla «*del que es y que era y que ha de venir*» (1:4), ¿a quién se está refiriendo? Es evidente que en este versículo está hablando del Padre y no del Hijo, pero desde un punto de vista gramatical, cabría esperar que el versículo fuese un poco diferente; podría decir: «*del que es y que era y será*». Sin embargo no dice: «*y será*», sino «*del que ha de venir*», y es que el concepto de «**venida**» lo encontramos en los escritos del A. T., no solo en el Nuevo. Por ejemplo: «**Vendrá** nuestro Dios, y no callará; fuego consumirá delante de Él, y tempestad poderosa le rodeará» (Sal. 50:3); «*regocíjase el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los arboles del bosque rebosarán de contento. Delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad*» (Sal. 96:12–13). Estos salmos, nos hablan de la *venida de Dios* a juzgar a la tierra. Por tanto, tiene que ver con Apocalipsis que está plagado de juicios, (el juicio de los sellos, de las trompetas, de las copas). Ahora, cuando hablamos de juicio de Dios, ¿damos palmadas de alegría?, porque en los Salmos esto es lo que nos dice que va acontecer en la creación. La idea de que Dios venga a juzgar al mundo es una idea que tendría que hacernos saltar de gozo y alegría. No olvidemos que en Apocalipsis hay muchos cánticos en medio de los juicios, lo que tiene una importancia crucial, porque vivimos en un Universo moral, y tenemos una conciencia que nos dicta lo que está bien y lo que está mal. Pero si al final no hubiese un Dios que reivindicase los innumerables sufrimientos y ajuste las cuentas, nuestras conciencias serían trai-

cionadas, disolviéndose la existencia en una falacia y una auténtica burla. Deberíamos gozarnos, pues, al leer en los Salmos y Apocalipsis lo que representa la idea «del que viene». Este libro nos muestra cómo Él va a reivindicar todas las injusticias habidas, reivindicando al mismo tiempo sus derechos como Dios, como Creador, como Redentor y como Juez.

«*He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él, sí, amén*» (1:7). Evidentemente, estamos en lo que será la segunda venida del Señor Jesucristo en poder y gran gloria. Esta es una cita de una profecía del libro de Daniel. No es una mención trivial, sin importancia, ya que precisamente, por mencionar esta cita y aplicarla a sí mismo, el Señor fue llevado a la cruz, (Mt. 24:30; Mr.13:26; Lc. 21:27). La segunda venida de Cristo ha sido la esperanza central del cristianismo, aunque hoy día se haya perdido mucho de ese sentido. Sin embargo, la venida del Señor es parte integrante del mensaje del Evangelio. Por ejemplo, fijémonos en las palabras de Pablo a los Tesalonicenses, recordándoles la experiencia del Evangelio, «*cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera*» (1 Tes. 1:9–10). En el primer siglo, la conversión tenía esa implicación. En primer lugar, un arrepentimiento que llevaba a un abandono de los ídolos; luego, servir al Dios vivo y verdadero; y después esperar a su Hijo de los cielos. Esto es lo que implicaba una conversión en aquel tiempo.

En nuestras vidas, ¿qué conlleva realmente una conversión? Doy por sentado que hemos dado la espalda a los ídolos, y que queremos servir al Dios vivo y verdadero pero, ¿estamos realmente esperando a su Hijo de los cielos? Y en cualquier caso, ¿qué significa esto en términos prácticos? Por eso apreciamos ese énfasis sobre su venida, tanto al principio como al final del libro. Y como señalamos antes, deberíamos «*estar atentos a la profecía como a una antorcha, hasta que el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*». Nuestra experiencia práctica de la venida del Señor debería ser así, anticipando esa venida de tal forma que nos lleve a contemplarle en su plena gloria, para vivir tal como nos gustaría ser hallados por Él cuando descienda a recogerlos.

## GRACIA Y PAZ.

Vamos a seguir en los primeros versículos del libro, profundizando un poco más en su contenido. No podemos pasar por alto la importancia que tiene la «*gracia y la paz*» de parte de la Trinidad. En este libro, donde se nos describe el destino desastroso de la rebelión humana, es necesario conocer mejor a las tres personas de la divinidad. Será gracias a este conocimiento como podremos recibir esta gracia y paz consoladoras.

En el versículo 4 tenemos al Padre y al Espíritu Santo. En el 5 vemos al Señor Jesucristo. En conjunto, se nos da una visión detallada de las tres personas de la santa Trinidad, llena de gloria, cuya contemplación ha de enriquecer nuestras vidas. Se nos habla del Padre como «el que es y que era y que ha de venir», y aunque ya lo consideramos anteriormente, vamos a profundizar en ello un poco más. Aquí tenemos una descripción permanente, siempre es «*el que es*», el «eterno» (nombre con el que se le designa en las traducciones de la Biblia hebrea). Dios no depende de nadie, y el conocerle es estar ligado al «que es»; eso es gozar de la vida eterna. Aquí tenemos la presentación del mismo Dios, en la misma idea con que se nos presenta en el A.T.: «*Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*». Porque las personas que llegan a tener una relación con Él disfrutan de una relación eterna, puesto que están en conexión con el Eterno. Yo, como criatura, nunca puedo hablar de permanencia, pues mi vida eterna depende del Dios «que es». Por ello se nos dice «gracia y paz a vosotros», pues aunque este planeta desaparezca, Dios sigue siendo «el que es».

Luego dice «*y que era*». Si retrocedemos en la historia hasta el punto más recóndito de nuestra imaginación, Dios ya era. Él es antes de todas las cosas, y la historia ha tenido lugar en Él. Nada ha pasado en este mundo sin su conocimiento previo y sin su permiso. Nada de lo que pasará va a frustrar sus propósitos eternos. Para nosotros, cualquier acontecimiento nos coge por sorpresa, pero Dios es «el que era», el que estaba allí antes del acontecimiento. Por ello, nuestra paz auténtica ante

los acontecimientos imprevistos sólo la podemos encontrar en aquel «que era», que estaba allí antes que sucedieran, sabiendo que no han ocurrido sin un propósito de amor para aquellos que le aman.

Finalmente, se nos habla del «*que ha de venir*». Ya comentamos antes esa idea, pero la expresión tiene un alcance aún mayor, pues no se limita a venir para juzgar al mundo. La frase hemos de evaluarla en su contexto de revelación. Dios siempre será el «que ha de venir». Nunca saturaremos a Dios, nunca nos defraudará al no tener nada nuevo que decirnos. Siempre será un continuo revelarse en novedad a Sí mismo. Por más siglos que vengan, Él siempre será «el que ha de venir».

Ahora se nos habla de «*los siete espíritus*», refiriéndose a la plenitud del E. Santo. No se alude a Él como el Espíritu de consuelo o regeneración, o que lucha dentro de nosotros para llevarnos a la santidad. La idea aquí es mostrar un aspecto diferente acerca del Espíritu Santo. Los siete espíritus aparecen de nuevo en el capítulo 4: «*delante del Trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios*» (4:5). Los «siete espíritus» están delante del trono. Hay un Trono que tiene unos planes y propósitos soberanos; Dios nunca va a quedar frustrado en cuanto a la culminación de sus propósitos, porque cuenta con este poder infinito de los siete espíritus para llevarlos a cabo. «Siete espíritus» es la perfección del Espíritu Santo en sus diversas actividades (Is. 11:2). Y el conocer los siete espíritus es experimentar la paz, en medio de un mundo de tanta frustración.

También se nos habla del Señor Jesucristo como fuente de esa «gracia y paz», junto con el Padre y el Espíritu Santo. Jesucristo es «*el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra; el que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*» (1:5).

Tres títulos describen aquí al Señor. Primero es «*el testigo fiel*». La cuestión del testimonio es un tema importante del libro. Juan se encontraba en Patmos «por causa de la palabra de Dios y el *testimonio* de Jesucristo» (1:9). Cuando se abre el quinto sello, debajo del altar se ven las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el *testimonio* que tenían (6:9). También se nos hablan de los «dos *testigos*» en el cap. 11, y al final del libro volvemos a encontrar al Señor Jesucristo diciendo: «Yo Jesús he enviado mi ángel para daros *testimonio* de estas cosas en las iglesias» (22:16). Toda la veracidad de este libro está fundada en aquel que es el «*testigo fiel*», quien nos ha dado fiel testimonio en cuanto a Dios, revelándolo fielmente. Nos ha expresado los pensamientos de Dios en toda esa revelación que tenemos desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Es el «*testigo fiel*» (1 Tim. 6:13; Jn. 7:7; 18:37), y por su testimonio fue llevado a la cruz. Pero Dios demostró ante el mundo que ese testigo tenía razón, levantándole de entre los muertos. Su resurrección fue plena y completa, no como Lázaro, que salió del sepulcro pero tuvo que regresar más tarde a él. Por consiguiente, es también «*el primogénito de los muertos*». Jesús salió del sepulcro con cuerpo glorificado e inmortal, siendo las «primicias» de toda una gran cosecha que vendrá a continuación. La resurrección del Señor es el comienzo de una creación diferente, con un cuerpo glorificado; puesto que «*el primer hombre, Adán, era de la tierra, así también los terrenales; el segundo hombre, que es el Señor, es celestial, así también los celestiales*» (1 Cor. 15:48). El tercer título es: «*el soberano de los reyes de la tierra*». El Señor tiene un nombre que es sobre todo nombre. La Escritura profética abunda en esta idea (Sal. 2, 89, Is. 52). Pablo, para consolar a Timoteo, le dice: «*Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio*» (2 Tim. 2:8). Dios ya tiene su rey, y no compite con ninguna potencia de la tierra; Él lleva el control de todo acontecimiento en la historia. Un día vendrá con todas las huestes del cielo y pondrá fin a las potencias gentiles, para reinar sobre todo el mundo. «*Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES*» (19:16).

Después de estos títulos nos dice: «*al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*» (1:5). La idea en el original es: «*al que nos ama*». El amor de Cristo es presente y continuo, en un fluir constante. Y es maravilloso pensar que esta persona tan gloriosa, que recibe todos estos títulos tan honoríficos, nos ama con un amor eterno, con este mismo amor que manifestó a sus discípulos, y que Juan subraya en su evangelio: «*como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*» (Jn. 13:1). Su amor no tiene límites; los amó a más no poder. Y luego añade: «*nos lavó de nuestros pecados con su sangre*». La idea del texto griego sugiere el sentido de «*al que*

*nos libró o soltó de nuestros pecados con su sangre*»; se arrancan las ligaduras y rompen las cadenas de lo que nos esclavizaba. ¿Cómo se sintieron los israelitas cuando fueron libres de la tiranía del faraón? ¿Cómo se sintieron los esclavos negros cuando Lincoln firmó el decreto de su libertad? ¡Libres! ¡Qué tremenda sensación de libertad! Esa gran verdad ocupa los capítulos 6 a 8 de Romanos, donde Pablo exclama: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?». El creyente puede mirar al sepulcro y exclamar: ¿dónde están tu fuerza y tu poder? Ciertamente, pasaremos por la muerte, pero sólo en tránsito hacia la patria celestial.

«Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre» (1:6). El texto griego dice: «y nos hizo un reino de sacerdotes, para Dios, su Padre». Cuando descubrimos las maravillas de lo que era el sacerdocio en el A.T., podemos ver a qué dimensión hemos sido elevados: entrar en la misma presencia de Dios, estar cerca de Dios; interceder y administrar las cosas de Dios no es cualquier cosa, es un auténtico privilegio que disfruta todo auténtico creyente.

Si en esta salutación introductoria, Dios nos muestra tantas cosas, deberíamos animarnos a emprender una cuidadosa lectura. Pese a todos los vaivenes de la historia, de la apostasía que nos asestará, y de todo lo que haya de venir, la gracia y la paz de la santísima Trinidad inundarán todo nuestro ser, hasta que se cumpla la última de sus promesas.

#### LA VISIÓN DEL SEÑOR RESUCITADO (1:19-20).

«Yo Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo» (1:9). Aunque él era apóstol, y lo era de forma muy elevada, habla de todas las cosas que tiene en común con todos los verdaderos creyentes como «vuestro hermano». Con ese término se muestra copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo. Cuando Jesús fue rechazado, no retiró la venida del Reino. El rechazo no alteró los planes de Dios en cuanto al Reino: «Yahweh dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por debajo de tus pies» (Sal. 110:1). ¿Quién era «el Señor»? No solo era el «hijo de David», sino también su «Señor», aún siendo David un rey con un poder muy alto. En el oriente un padre nunca llamaría señor a su hijo; ni tan siquiera Jacob habría llamado señor a su hijo José cuando este reinaba sobre Egipto. Con esto, Jesús enseñó a los judíos que era mucho más que un ser humano; ¡era el mismo Señor de la gloria! Este salmo no solo es crucial sobre la persona del Mesías, sino también en cuanto al establecimiento del Reino. «Siéntate a mi diestra» tiene que ver con la resurrección y ascensión del Mesías, lo que también implica su encarnación, por lo que no tendría sentido decirle a alguien: «siéntate a mi diestra» si ya estuviera sentado allí. «Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». El A.T. ya nos está avisando que tendría que haber un intervalo entre la ascensión y la venida del Señor Jesucristo. Tal intervalo, en el que vivimos ahora, es nuestra época; esto ya era notorio en tiempos antiguos pues en este Salmo 110, donde se nos desvela la ascensión y la segunda venida, la expresión «hasta que» nos sugiere que no fue intención de someter enseguida al mundo entero a Cristo. Pero Apocalipsis nos habla de este momento cuando Dios someterá a todos sus enemigos bajo sus pies.

¿Cuál es el propósito de Dios en el momento presente? Según Mateo 13, en un sentido espiritual, el Señor está estableciendo su Reino en esta época presente mediante la siembra de la Palabra de Dios, pero sin asumir los poderes mundiales hasta el cumplimiento del mandato de Dios, «hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies». Los creyentes hemos de aprender a esperar hasta ese momento, y esto implica sufrir rechazo, incompreensión, e incluso tribulación. El Señor nos advierte que en el mundo tendremos tribulación y Pablo tuvo que corregir el error de los corintios, quienes pretendían reinar en cierto modo, mientras Pablo y sus compañeros trabajaban incansablemente padeciendo tribulación, angustia, persecución y rechazo por causa de la predicación del Evangelio. El tiempo de reinar no ha llegado todavía, les corrige Pablo. Hemos de aprender bien la lección. Como



el mismo Jesús, hemos de sufrir primero la humillación y rechazo del mundo antes de reinar con Él. Por ello, el Señor ofrece esta visión de Su persona gloriosa a Juan, para fortalecerlo en la tribulación que padecía por causa de su testimonio, animándole a él y a todo creyente en esa espera paciente.

«*Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta*» (1:10). Cuando Juan oyó esa gran voz, se dio la vuelta para ver quién le hablaba (1:12). Es una respuesta lógica, pero cuando nosotros oímos la voz del Señor en Su palabra, ¿nos volvemos para ver quién nos está hablando? ¿Nos hacemos a la idea de que Él está junto a nosotros hablándonos?

«*Y vuelto vi siete candeleros de oro*» (1:12). Lo primero que ve Juan no es al Señor, sino siete candeleros. La misión de un candelero es alumbrar; entonces la perspectiva que tiene el mundo del Señor es la que estamos proyectando como candeleros. Cuando la gente entra en nuestras congregaciones, lo primero que ven no es al Señor, ni de forma física ni espiritual; nos ven a nosotros, pero cuando cumplimos nuestro deber de alumbrar, a través nuestro pueden ver reflejada la gloria y el carácter del Señor. Pueden percibir que detrás de nosotros está el Señor. Pero los candeleros son de oro y, por tanto, de enorme valor. Pablo ora para que veamos cuál es *la riqueza de su gloria en nosotros* en Cristo Jesús. Cuando observamos, por ejemplo, a la iglesia de Tiatira, podríamos pensar que es de poco valor, pero ella, como las demás, está allí como un candelero de oro. Cuando nosotros miramos a un hermano, ¿qué valor tiene delante nuestro? Porque el auténtico valor está en el precio que Cristo ha pagado por nosotros, para que cuando llegue el día de estar a Su lado con toda nuestra personalidad redimida, podamos ser semejantes a Él. Ahí está nuestro auténtico valor.

«*Y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre*» (1:13). Es de gran alivio ver al Señor como el Hijo del Hombre, una persona auténticamente divina, pero también auténticamente humana. Su humanidad, próxima a nosotros, *no implica debilidad* sino sólo cercanía.

«*Vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro*» (1:13). Su divinidad y su humanidad le hacen totalmente idóneo para ser nuestro gran Sumo Sacerdote, y aquí le vemos con su vestimenta oficial de Sacerdote. A lo largo de este libro encontramos figuras del Tabernáculo, imágenes del verdadero Tabernáculo que está en el cielo. En el Tabernáculo, el sumo sacerdote entraba en la misma presencia de Dios para ofrecer el sacrificio por sí mismo y por el pueblo. Mientras tanto, el pueblo aguardaba de pie afuera, esperando a oír las campanillas en la falda del sumo sacerdote. Su campanilleo indicaba que el sumo sacerdote salía ileso de la presencia divina y que su sacrificio había sido totalmente aceptado por Dios. Por tanto, aquí tenemos la visión de nuestro gran Sumo Sacerdote, cuya obra ha sido totalmente aceptada por Dios. Y podemos estar seguros de nuestra aceptación en el cielo, porque este sacrificio perfecto ha sido de total agrado ante las justas y santas demandas de Dios.

«*Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego*» (1:14). Esto nos habla de la pureza de la sabiduría del Señor. En el A.T., los cabellos blancos señalaban la sabiduría del que luce estas canas. En el libro de Daniel, el Anciano de Días aparece con cabellos blancos. Y en la epístola de Santiago se nos habla de que la sabiduría «que viene de lo alto es primeramente pura». Así que la sabiduría del Señor es pura y limpia; nadie como Él sabe cómo arreglar y dirigir nuestras vidas. Hemos de buscar esa sabiduría divina para tomar las decisiones correctas en nuestras vidas y qué actitudes debemos tomar ante cualquier circunstancia.

«*Sus ojos como llamas de fuego*». *Nada se esconde ante la penetrante mirada del Señor. Él está ahí para juzgar a las iglesias, y nada se esconde ante su mirada.* «*Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno*» (1:15). El símbolo apunta a una realidad muy grande: el Señor Jesucristo había salido de un ardiente horno; sus pies habían andado por el gran horno de la ira de Dios en contra del pecado, y ahora viene con esos pies refulgentes andando entre sus iglesias.

«*Su voz como estruendo de muchas aguas*» (1:15). Pensemos en el sonido de las más grandes cataratas del mundo, precipitando millones de litros de agua con un estruendo ensordecedor que llega a kilómetros de distancia. Así es la voz del Señor, potente y poderosa. Imaginemos esa voz con furia ensordecedora diciéndonos: «¡Hay cosas en vuestras iglesias que odio!».



«Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza» (1:16). El cetro era usado por los reyes para impresionar, mostrando su dignidad. El Señor Jesucristo sostiene en su mano siete brillantes estrellas. Él es el gran sustentador de nuestras vidas y de nuestras iglesias. «De su boca salía una espada aguda». La Palabra de Dios es una espada aguda de dos filos (Heb. 4:12). El Señor Jesucristo viene a nuestras vidas y quiere cortar con su espada todo lo que está podrido y corrompido en nuestras vidas. «Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza». La gloria que irradiaba el Señor era tan fuerte que Juan no pudo sostenerse en pie. «Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto» (1:17). Esto nos resulta muy llamativo, porque en el Evangelio de Juan se nos dice que el apóstol se recostó sobre el pecho del Señor y no tuvo miedo. Incluso le vio en el monte de la Transfiguración. Pero cuando le ve aquí, en todo el resplandor de su gloria, cayó fulminado a sus pies, como muerto. Este Jesús es el que anda en medio de las siete iglesias y Pablo nos dice que un día le veremos cara a cara. Un día tendremos que comparecer ante Su persona y ante su gloria, más abrumadora que el resplandor directo del sol. Juan cayó postrado, sin fuerzas, pero tenía que levantarse y aprender a estar en pie, cara a cara, ante la persona del Señor. Y esta lección de estar cara a cara frente a Él, la hemos de ir aprendiendo todos para poder enfrentarnos a Él en aquel día.

«Y Él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; Yo soy el primero y el último» (1:17). ¿Por qué el Señor le dice a Juan que es «el primero y el último»? En el libro de Isaías se nos dice: «Así dice Yahweh, rey de Israel, y su Redentor, Yahweh de los ejércitos: Yo soy el primero, y Yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios» (Is. 44:6). Era, por tanto, un título de la deidad, y el Señor Jesucristo se aplica este título en Apocalipsis. Juan había conocido al Señor como hombre, pero Él era Dios a la vez. ¿Por qué no temer, entonces? Tenemos que volver a Isaías para descubrir la razón. Dios escogió a Abraham y su simiente para ser testigos de que Yahweh es el único Dios verdadero y que los ídolos de las naciones no son más que ídolos falsos. Yahweh es Dios, y fuera de Él no hay nadie. Es único en gloria. Este es el testimonio que el pueblo de Israel debía transmitir a las naciones. En Isaías 44 se repite, una y otra vez: «Yo os he creado, Yo os he formado», y sobre esta base le dice al pueblo que no tema. Si queremos ser testigos de Cristo, le hemos de descubrir en este carácter de ser «el primero y el postrero», el Dios absoluto y único Creador. Por esto Efesios nos dice que «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús» (Ef. 2:10).

«Y el que vivo, y estuve muerto; más he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén» (1:18). El original dice: «Yo fui hecho muerto». El Dios eternal, fuente de toda bendición, fue hecho muerto. En el Evangelio de Juan, nos dice: «viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán» (Jn. 5:25). Esto es ahora, antes estábamos muertos, pero cuando oímos el glorioso Evangelio, la fuente de toda vida vino y nos impartió una vida nueva. La muerte y la resurrección del Señor Jesucristo es la garantía de nuestra salvación. Si el Señor no hubiese resucitado, su muerte carecería de poder alguno, pero su muerte y resurrección nos da esa garantía. Como creyentes nunca estaremos más seguros de lo que estamos ya; seremos más felices en el futuro, cuando estemos en el hogar celestial, pero no más seguros de lo que ya estamos, porque la base de nuestra salvación se encuentra precisamente ahí, en que Él murió pero también resucitó.

Para terminar, meditemos en lo que Juan nos está diciendo en este capítulo. ¿Cómo observamos la persona gloriosa de nuestro Señor Jesucristo? ¿Cómo Dios se presenta a Sí mismo, mostrándose como fuente de toda bendición? ¿Cómo la plenitud de la divinidad está involucrada en la gloria de nuestra salvación? ¿Cómo hemos de ver esa perspectiva de las personas divinas, en esa relación estrecha y colaboradora entre ellas, en su misión a favor nuestro? Notamos que la persona sobre la que se edifican todos los propósitos de Dios, es precisamente la persona del Señor Jesucristo, por medio del cual todas las cosas llegan a ser. Y la gloriosa persona del Espíritu Santo, la cual traslada todo lo que Cristo ha hecho, en el tiempo y en el espacio, a nuestra experiencia personal.

Nosotros hemos sido llamados a tener relación con el Hijo, por medio del cual tenemos comunión con el Padre, y el Espíritu Santo, quien facilita esa relación con el Hijo.

## LA ESPERANZA BIENAVENTURADA. Francesc Closa<sup>1</sup>.

### EL PRIVILEGIO DE LA IGLESIA.

Los cristianos debemos tratar de conocer no sólo la *salvación* que tenemos en Cristo, sino también todos los **frutos de esta salvación**. No sólo debemos asegurarnos de *estar en la casa del Padre*, sino también gozar de los **privilegios de esta casa**.

Dios «nos llamó por su gloria y excelencia» (2 P 1:3).

Dios nos da, en la **gloria de Cristo** y de la **Iglesia**, un porvenir que Él mismo ha llenado con sus designios, y el estudio de esta preciosa verdad ocupa de manera preferente nuestros pensamientos. Este es uno de los motivos principales por los que Él nos ha dado la **profecía**, la cual nos concede *revelándonos sus intenciones* como **amigos** suyos (Gén. 18:17-18; Stg. 2:23; Jn. 15:15;



Ef. 1:9), y nos permite *participar en los pensamientos* que le ocupan a Él, lo que constituye la prenda más entrañable de su amor y confianza, ejerciendo a la vez en nuestras almas la mayor *eficacia santificadora*. Si el carácter de los hombres se manifiesta en los objetivos que ambicionan, nuestra *conducta presente* vendrá influida por el *futuro de nuestra esperanza*.

Aunque generalmente se entiende la **profecía** como una prueba contundente de la *inspiración de las Escrituras*, éste no es el **objetivo principal** por el que nos fue dada. La profecía *no ha sido dada al mundo, sino a la Iglesia*, para *comunicarle los pensamientos de Dios*, y para servirle de *antorcha y guía* antes de la llegada de los acontecimientos que anuncia, o durante el transcurso de los mismos. Y, desde luego, la Iglesia no necesita preguntarse si Dios, su amigo celestial, ha dicho la verdad.

Aún más, la **mayoría** de las **profecías**, y en cierto sentido, la **totalidad** de ellas, *se cumplen al final de la actual dispensación de la gracia*. Pero cuando se desaten los acontecimientos relativos a su cumplimiento, ya será demasiado tarde para convencernos de su veracidad, o para emplearlas en beneficio de otros. El juicio abrumador que caerá será su demostración más fehaciente.

David Morse estima que un **28% de la Biblia** es **profecía**, abarcando más de **1.000 pasajes**. Más de **100 profecías** distintas relativas a la **Primera Venida** tuvieron todas un cumplimiento literal, aún cuando algunas parecían del todo imposibles de cumplir (por ejemplo Is. 7:14, relativa a la concepción virginal de Cristo). Quedan unas **8 veces más** de profecías pendientes de cumplir relativas o vinculadas a la **Segunda Venida**. El **Regreso de Jesucristo** en gloria y gran poder se menciona **318 veces** en el **N.T.**, siendo citada por **todos los autores**, en **23 de los 27 libros**. Es un tema absolutamente **prominente** y fundamental para nosotros. «El que se gloría, gloriéese en el Señor».

### LA ESPERANZA DE LA IGLESIA.

La esperanza de la Iglesia *no es sólo la de ser salva*, escapando de la ira de Dios, sino la de *tener la gloria del mismo Hijo*. Lo que constituye la consumación de su gozo es ser *amada por el Padre* y por *Jesucristo*, y después, como consecuencia de este amor, *ser glorificada*. Además, le complació

<sup>1</sup> Estudios impartidos en la Iglesia del Paral·lel, Barcelona, durante el primer semestre de 2013.

al Padre comunicar el pleno conocimiento de estas riquezas, y de *darnos las arras* por la presencia del **Espíritu Santo** en todos los creyentes.

«¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!» (**Mat. 25:6**).

No mucho tiempo después de que el Señor pronunciara esta gozosa expresión en la parábola de las diez vírgenes, la iglesia fue *decayendo en su expectativa* sobre el **regreso del Señor**. Esto ha sido una *constante* en la historia de la iglesia, por multitud de razones, pero sobre todo por la **influencia** que el **mundo** tiene sobre la iglesia. Cuando cedemos a las motivaciones mundanas, nuestro comportamiento y testimonio decaen y entramos en una situación de somnolencia espiritual, desapareciendo de la mente y del corazón la *esperanza del regreso del Señor*, siendo ignorada o incluso negada.

Al estudiar la historia de la iglesia, la veremos **decaer** precisamente en la *misma proporción* en la que **pierde de vista el regreso del Señor**, y en que la *espera del Salvador desaparece de los corazones*. Al olvidar esta verdad, se debilita y se vuelve mundana. Pero el gran tema del regreso de Cristo es el que dominaba la **inteligencia**, sostenía la **esperanza** e inspiraba la **conducta** de los apóstoles.

De vez en cuando el Señor nos disciplina y surgen periódicos **avivamientos** en los que oímos el clamor del pueblo de Dios que está siendo despertado de su somnolencia. En estas situaciones de despertar espiritual nos damos cuenta de nuestra falta de recursos y de nuestra debilidad, procurando encontrar el aceite que encienda de nuevo el brillo de nuestras lámparas.

Recuperar la **esperanza de la Venida** del Señor constituye uno de los más poderosos medios de estímulo y consuelo de las almas piadosas. Las verdades relacionadas con la Venida del Señor tienen que ser de nuevo refrescadas y recuperadas, sabiendo que *ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos*.

Porque aún un poquito, «y el que ha de venir vendrá, y no tardará» (**Hebr. 10:37**). El que ha de venir también ha dicho: «*Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles*» (**Luc. 12:37**). Por ello, la razón profunda para volver a refrescar esas verdades no ha de ser meramente intelectual sino **motivacional**. Ambos aspectos no son incompatibles, pero primero hemos de *motivarnos* hasta el punto de *enamorarnos nuevamente del Señor* como en los primeros tiempos de nuestra vida cristiana. Cuando nuestra lámpara vuelva a brillar debemos tomarnos en serio la responsabilidad de nuestro crecimiento en madurez y el de la iglesia del Señor a quien servimos.

Creemos que Cristo vendrá a por su iglesia **antes** de que la terrible semana de la **Tribulación** derrame la ira de Dios sobre un mundo impío, rebelde y blasfemo. También creemos que al final de esta **septuagésima semana** de **Daniel** el **Reino de Dios** o Reino de los Cielos será *instaurado aquí en la tierra*, y que entonces el Señor cumplirá todas las promesas que estableció mediante juramento con los patriarcas y también restaurará el Trono de David para siempre. Tal vez el principal **escollo** contra esta postura es la creencia muy extendida de que *el Señor ha desechado para siempre al pueblo de Israel*; quienes sostienen esa postura argumentan que todas las antiguas promesas de Dios han sido *transferidas a la Iglesia*, la cual es ahora el *Israel de Dios*. Naturalmente, hay muchas variantes y matices en todas estas cuestiones, pero no debemos perder de vista un hecho muy significativo: ni siquiera una persecución tan feroz y monstruosa como la del nazismo alemán logró aniquilar el pueblo judío y desde el año 1948, el pueblo de Israel vuelve a estar, por decirlo así, en el mismo centro de la tierra. Aunque no vemos claros todos los detalles, ni comprendemos el alcance de todo lo que sucede, vemos que *en nuestra propia época algo se está moviendo en el calendario profético* de Dios. Tal vez sea necesario revisar en profundidad nuestras creencias e intuiciones más arraigadas, y deberíamos hacerlo más a menudo, no para dejarnos llevar donde sople el viento de cualquier corriente doctrinal o influencia maligna (Ef. 4:14), sino con la determinación de escuchar lo que Dios dice en su Palabra, con un firme propósito «bereano» de contrastar la verdad, más allá de las meras apariencias o simples suposiciones (Hch. 17:11).

Tenemos una precisa carta de navegación que Dios mismo ha preparado para nosotros. *Cerca de ti está la Palabra* (Rom. 10:8), y ella nos advierte con toda solemnidad que el tiempo está cerca (Ap. 22:10), y que el Señor viene pronto para evaluar nuestra obra (Ap. 22:12). Sentarse regularmente a

los pies del Maestro para descubrir las asombrosas perspectivas de la multiforme gracia de Dios (Ef. 3:10; 1 P. 4:10), fortaleciendo nuestro ánimo, puede parecernos un esfuerzo duro, pero nunca baldío.

Uno de los frutos relevantes a tener en cuenta, al emprender ese estudio, es que nos permite conocer las perfecciones de **Dios** bajo la perspectiva del **Nombre** y del **carácter** con que se ha revelado a nosotros. A los **judíos** se les reveló como **Yahweh** (Ex. 6:3); a la **iglesia** se nos revela como **Padre**. Como resultado de ello, **Jesús** es presentado a los **judíos** en calidad de **Mesías**, el centro de todas las promesas y de las bendiciones de Yahweh hacia su nación; a la **iglesia** se le aparece como el **Hijo de Dios**, reuniendo consigo a muchos hermanos y compartiendo con nosotros sus títulos y privilegios. Somos “hijos de Dios”, “miembros de su familia” y “coherederos del Primogénito”, el cual es la expresión y la plena revelación de la gloria de Su Padre. En la consumación de los siglos, momento que se aproxima rápidamente, cuando Dios reunirá todas las cosas en Cristo, entonces se verificará el *pleno sentido del Nombre* bajo el cual se reveló a **Abraham**, de aquel nombre bajo el cual fue *adorado por Melquisedec*, figura y tipo del sacerdote real, quien vendrá a ser el centro de la tierra y de los cielos reunidos. Ya no habrá más idolatría ni rebeldía. Todos estaremos frente el Altísimo, poseedor de los cielos y de la tierra.

Debemos **estudiar** *qué dice la Palabra de Dios*, construyendo *no sobre esquemas escatológicos* ya establecidos, sin desechar por ello lo bueno que nos aporten, sino avanzando paso a paso desde las mismas Escrituras y verificando cualquier conclusión directamente en la Palabra de Dios.

El **punto fundamental** por el que ahora debemos comenzar a construir nuestra visión sobre la Venida del Señor es el profundo pensamiento de que **la Venida del Señor Jesús** es *la esperanza distintiva de la iglesia*. Vamos a examinar suficientes pasajes para poner esta cuestión fuera de toda duda, pero teniendo muy claro que esta investigación *no es exhaustiva*.

En primer lugar, *nuestro Señor Jesucristo* mismo preparó a Sus discípulos para que después de su partida mantuviesen la **expectativa** de Su retorno: (**Mat. 24:45-47**) «¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.<sup>47</sup> De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá». La promesa de una *magnífica recompensa* brilla con luz propia. Sin embargo, el Señor describe con estas palabras al siervo malo: (**24:48**) «Mi señor tarda en venir». No son palabras muy halagüeñas y apuntan a una reprensión bien merecida.

La **parábola de las vírgenes** y la de los **talentos** enseñan la misma lección, pero aún con mayor *énfasis* porque *las vírgenes cayeron completamente dormidas*. Notamos también que los mismos siervos que recibieron los talentos son los mismos que fueron llamados a rendir cuentas al regreso del Señor. Hay una seria responsabilidad en esto y las Escrituras suelen destacarlo a menudo. Leed, por ejemplo, el relato de Esdras (**8:28-30**) cuando este siervo diligente encabeza el retorno a Jerusalén con los tesoros recuperados del saqueo del Templo por Nabucodonosor y lo que sucede al llegar a Jerusalén (**8:33-34**).

Vemos la misma advertencia en (**Mr. 13:33-37**): «Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.<sup>34</sup> Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase.<sup>35</sup> Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana;<sup>36</sup> para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo.<sup>37</sup> Y



*lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*». ¡Cómo enfatiza el Señor la posibilidad de que Su venida será en la oscuridad de la noche y el peligro de hallarnos durmiendo en este momento!

En Lucas tenemos otra variación musical sobre el mismo tema (**Lc. 12:35-37**): «*Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver.*<sup>13</sup>*Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo*». Notemos también que después de esto, igual que en el texto de Mateo, el Señor mismo examina atentamente a cada siervo para ver cómo usó el dinero que le fue confiado (**19:15**).

En Juan, como no podía ser de otra forma, se reitera esa idea, pero aquí se evoca en un momento excepcionalmente triste para todos; notemos con qué cariño el Buen Pastor pastorea sus almas colocando a las abatidas ovejas sobre sus hombros (**Jn. 14:1-3**): «*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.*<sup>2</sup>*En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.*<sup>3</sup>*Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis*».

Los cuatro evangelistas son, pues, unánimes en proclamar el **regreso del Señor** a por los suyos, anuncio que representa la **esperanza fundamental** de Su pueblo durante su ausencia.

Proseguimos ahora en Hechos y las epístolas. Después de la Resurrección se aparece a sus discípulos «*durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios*» (Hch. 1:3). Llegado el momento de la ascensión, los llevó fuera, hasta Betania (Lc. 24:50), y cuando hubo acabado de darles Sus instrucciones «*viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos*». Al momento aparecen dos ángeles con vestiduras radiantes y les dicen: «*Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo*» (Hch. 1:9-11). No es posible encontrar más precisión y significado en el lenguaje. Mientras lo contemplaban con un silencio atónito, reciben el mensaje de que Aquel a quien habían visto partir, **volverá de la misma manera**, y por lo tanto **en Persona**. Lo más asombroso, es que con unas palabras tan claras, la iglesia haya llegado a perder de vista tantas veces la esperanza del regreso del Señor.

El testimonio de las epístolas no es menos claro y decisivo.

(1 Cor. 1:7): «*...nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*».

(Filip. 3:20): «*Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo*».

(1 Tes. 1:9-10): «*...os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo...*».

(Tito 2:13): «*...aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo*».

(Heb. 9:28): «*...Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos, y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*».

La lista de pasajes que expresan la misma idea con expresiones similares, es muy extensa, pero las citas que hemos visto son claramente significativas para darnos cuenta de la trascendencia que todo el N.T. otorga a este acontecimiento. No se trata de una doctrina más que podemos aceptar o prescindir de ella según sean nuestras prioridades teológicas, sino que forma **parte indisociable del núcleo de la verdad**, y está íntimamente vinculada con nuestro **llamamiento**, nuestra **misión** aquí en la tierra y con toda la **futura bienaventuranza** que nos aguarda.

¿Estamos nosotros esperando la Venida del Señor Jesucristo con esa misma intensidad? ¿Están nuestros ojos permanentemente fijados en la Estrella resplandeciente de la mañana?

Muchas veces no parece que los **temas doctrinales** sean nuestro punto fuerte, pero lo que debe impulsarnos constantemente a su **estudio** es la **esperanza del regreso** del Señor. Si este es el punto focal de nuestra esperanza, nuestros afectos están concentrados en Aquel a quien esperamos, ajustándonos cada vez más a **Su mente y voluntad**. Los mensajes que surgen del faro de las Escrituras son destellos potentes y directos: «*Yo vengo pronto*». «*¡Aquí viene el esposo! ¡salid a recibirle!*». Nuestra respuesta debiera ser tan conclusiva como la que cierra las Escrituras: «*Amén; sí, ven, Señor Jesús*» (Ap. 22:20).

## LA POSICIÓN CELESTIAL DE LA IGLESIA.

Debemos recordar que el **destino** del *pueblo judío* y el de la *Iglesia* no son coincidentes. El destino de los **judíos**, juntamente con los santos del A.T., es el *Reino terrenal* del Milenio (y posteriormente la *nueva tierra*), pero el de la **Iglesia de Cristo** es la gloria en los «*lugares celestiales*». Las bendiciones espirituales que allá disfrutaremos, algunas de las cuales ya anticipamos ahora, aunque de manera imperfecta, serán entonces nuestro estado permanente y habitual. Los «*poderes espirituales de maldad en lugares celestiales*» (Ef. 6:12) serán reemplazados por Cristo y su Iglesia, dejando de ser las causas habituales de las desdichas y tragedias en este mundo caído, sujeto al poder del pecado. Entonces, veremos a la Iglesia, con Cristo al frente, reflejando la gloria de la que participará, resplandeciendo sobre un mundo en bendición, y todas las naciones que hayan sido salvas caminarán bajo su luz.

La *posición* y *función* de ella será la de resultar «*ayuda idónea*», semejante a Él en su gloria, llena de los pensamientos de su Esposo, y gozando de su amor, como instrumento privilegiado de sus bendiciones, y la demostración vibrante de la eficacia de las mismas, por cuanto Dios ha hecho estas cosas «*para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*» (Ef. 2:7).

La *tierra regenerada* gozará de los frutos de la *victoria* y de la *fidelidad* del **postrer Adán**, y será el magnífico testimonio mostrado a los principados y potestades, como lo es ahora la Iglesia, aunque todavía no glorificada, en respuesta al caos provocado por *el pecado, la debilidad, la ruina y la iniquidad* del **primer Adán**.

Sin duda alguna, el gozo más excelente, el gozo supremo, será la **comuni3n del Esposo y del Padre**. Ser ahora testimonio de Su bondad, participando y siendo instrumento de ella hacia un mundo caído, supone ya gustar anticipadamente de los gozes divinos, por cuanto Dios es amor.

Esta *tierra* en la que ahora moramos, es la que Dios ha querido tomar para hacer de ella el escenario de la manifestaci3n de Su car3cter y Sus obras de gracia, en esta misma tierra donde el pecado entr3 y arraig3, donde Satan3s ha desplegado toda su energ3a para extender el mal, donde el Hijo de Dios fue humillado, donde muri3 y resucit3, es *sobre ella* que el pecado y la divina respuesta de gracia han surtido todos sus efectos, uno abundando y la otra sobreabundando. Si Cristo est3 ahora escondido en el cielo, *ser3 en la tierra donde ser3 manifestado*. Es en esta tierra donde los 3ngeles han llegado a comprender mejor las profundidades del amor de Dios, y sobre ella aprender3n los resultados de este amor cuando se manifiesten gloriosamente.

Esta *tierra*, donde el Hijo de Dios fue humillado, y en la misma donde ser3 Glorificado, aunque *en s3 misma sea poca cosa*, lo que Dios ha hecho y lo que Dios har3, *no son poca cosa para 3l*.

Pero para nosotros, la Iglesia, los **lugares celestiales** son la ciudad y el destino donde moraremos, por cuanto somos los *coherederos* (no la herencia), juntamente con Cristo. La **herencia** es necesaria para la gloria de Cristo, as3 como los coherederos son el objeto de Su amor m3s entrañable, Sus hermanos y Su amada esposa.

Posteriormente, llegar3 el momento en que Dios lo ser3 todo en todos, y donde Cristo mismo, como hombre, quedar3 sujeto a Dios, y cabeza de una familia eternamente bendecida, en la comuni3n del Dios que la ha amado, y que tendr3 Su tabern3culo en medio de ella: Dios Padre, Hijo y Esp3ritu Santo, eternamente bendito. Am3n.



## EL ARREBATAMIENTO DE LA IGLESIA. Francesc Closa<sup>1</sup>.

Siempre que iniciamos un estudio sobre la doctrina de las últimas cosas surge la gran pregunta de la cronología de los acontecimientos: cuando venga el Señor a por Su iglesia, ¿viene *de forma inmediata* o *hemos de esperar* ciertos acontecimientos previos? Muchas veces la respuesta a esta pregunta viene determinada por la aceptación previa de una determinada postura teológica o de algún modelo escatológico, pero ésta no es la manera adecuada de proceder. Aunque es un trabajo arduo y lento, lo correcto sería examinar *lo que dicen las Escrituras* sobre el particular y construir nuestra visión **directamente** sobre los *textos revelados*, siguiendo la recomendación de Romanos 14:5: «*cada uno esté plenamente convencido en su propia mente*», y no a la inversa, tratando de encajar algunos textos a nuestra peculiar visión de las cosas. Todo esto no es fácil porque hay centenares de textos proféticos y cuesta trabajo alcanzar una satisfactoria visión de conjunto donde armonicen bien los principales movimientos.

Sin embargo, en algunos *temas clave* se nos da una información muy focalizada en textos breves que orientan nuestro camino, como es el caso del *arrebatación de la iglesia*, que se desarrolla claramente en **1 Tes. 4:16-17**. Un estudio en profundidad sobre este texto ocuparía mucho tiempo para evaluar toda la evidencia que han presentado los estudiosos de más prestigio, pero un estudio introductorio y panorámico debe enfocarse en la evidencia más relevante.

La **pregunta fundamental** podría formularse de la siguiente manera: ¿deberá la iglesia *atravesar todos los sufrimientos de la gran tribulación* o *será trasladada por el Señor antes de que los dolores de parto en la tierra comiencen*? Hay respuestas para todos los gustos, pero la cuestión no es defender a toda costa nuestros propios esquemas sino buscar la verdad para aferrarnos a ella, y el camino a seguir es examinar lo que dicen las Escrituras, sin dar nada por supuesto. Así pues, enfrentamos un serio dilema: cuando se active el programa establecido por Dios en la dispensación de los tiempos finales, ¿tendremos que *pasar por* toda la angustia y sufrimiento del *gran día de la ira del Señor Todopoderoso*, o *seremos sacados* de este escenario antes de su comienzo?

Cuando buscamos detalles sobre la *esperanza de la iglesia* encontramos constantes referencias en todas las variantes terminológicas que aluden a la segunda venida de Cristo, y en todas ellas se nos insta a esperar con expectación. Por ejemplo: **1 Cor. 1:7**: «nada os falta en ningún don, *esperando* la **manifestación** (apocalipsis) de nuestro Señor Jesucristo». **1 Tim. 6:14**: «que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, *hasta* la **aparición** (epifanía) de nuestro Señor Jesucristo». **Tito 2:13**: «aguardando la *esperanza bienaventurada* y la **manifestación** (epifanía) gloriosa de nuestro Señor Jesucristo».

Todos estos pasajes y muchos otros parecen apuntar que **ningún obstáculo se interpone** entre la iglesia y la manifestación del Señor. Lo único que no indican, y *no pueden indicar* porque las mismas Escrituras lo prohíben explícitamente, es el *momento de este acontecimiento*. En el mismo momento de la ascensión del Señor, sus discípulos le formularon una última y apremiante cuestión: «*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*» (Hch. 1:6). Cristo no rechazó la pregunta ni negó una futura restitución del reino a Israel, pero dejó cerrada la cuestión en cuanto al momento en que ello habrá de suceder, en la misma línea de otras manifestaciones suyas anteriores, declarando de forma tajante que este dato queda restringido exclusivamente a la potestad de Dios: «no os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad» (Hch. 1:7). No será el tic tac de un reloj sino la *madurez de las condiciones históricas* lo que determinará el cumplimiento final del calendario de Dios. Sólo Él *sabe cuándo* los acontecimientos llegarán a su **plenitud**. Nuestra verdadera preocupación no debe ser nunca *indagar fechas* sino **anhelar Su Venida**. Este es un tema muy apropiado para la **oración**. El Señor enseñó a sus discípulos a *pedir*: «*venga Tu reino*». Y a Juan le dijo: «*he aquí Yo vengo pronto*», y el creyente responde: «*Amén, ven Señor Jesús*». «*Y el Espíritu y la esposa dicen: ven. Y el que oye diga: ven*». Notemos que el mismo Espíritu que impulsa al creyente a rogar a Dios por Su Venida, Él mismo realiza la petición que Jesús enseñó a sus discípulos: «*venga Tu reino*».

Un detenido examen de la cuestión nos lleva a concluir que la Palabra del Señor habla de *dos acontecimientos* distintos y bien diferenciados: la Venida del Señor **a por sus santos (1 Tes. 4:15-17)**, y la Venida del Señor **con sus santos (1 Tes. 3:13)**. Hay una notable diferencia de contenido entre ambas cuestiones.

**Col. 3:4** nos enseña que «cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces *vosotros también seréis manifestados con Él en gloria*». Para que esto se cumpla es evidente que el Señor tiene que haber **recogido previamente a Su iglesia** y debe **haberla glorificado**. Sin embargo, antes de que el Señor se manifieste en gloria con sus santos, un gran número de textos proféticos hablan de un amplio *conjunto de dramáticos suce-*

<sup>1</sup> Estudios impartidos en la Iglesia del Paral·lel durante el primer semestre de 2013.

sos que deberán ocurrir *antes* aquí en la tierra. Dejemos ahora esta cuestión preliminar para centrarnos directamente en el tema que vamos a examinar, pero subrayando la conclusión a la que llegaríamos si continuásemos avanzando en esta dirección: siempre que se introduce el tema de la **responsabilidad del creyente**, la meta que visualizamos inmediatamente es la **manifestación, no la venida**, y por cuanto la tierra ha sido el escenario de nuestra *responsabilidad*, será también el ámbito donde se mostrará la *recompensa*. Y más allá de esto, hasta donde las Escrituras lo revelan, *no hay nada en absoluto que se interponga entre nuestro momento presente y la posibilidad del regreso del Señor para recoger a su Iglesia*.

Aclarado el tema cronológico, debemos centrarnos ahora en este último evento.

Cuando el Señor **regrese a recoger a Su pueblo**, sucederán dos cosas de manera consecutiva: la **resurrección** de los muertos en Cristo y la **transformación** de los creyentes vivos. Acto seguido, ambos grupos serán **arrebatados** en las nubes para recibir al Señor en el aire.

El mismo Señor prefiguró y afirmó esta verdad, aunque difícilmente nos hubiéramos percatado de ello sin la luz adicional de las epístolas. De camino hacia Betania después de la muerte de Lázaro, le dijo a su amiga Marta: «*Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?”*» (Jn. 11:23-26). Observemos ahora cuidadosamente que el Señor habla aquí de los mismos tipos de creyentes que el apóstol señala en el texto de Tesalonicenses: primero, *los que creen en Cristo antes de su regreso*, pero que *han fallecido*, de quienes se dice que **vivirán**; y después, los que *están vivos en este momento* y se encuentran **creyendo** en Él, de quienes el Señor indica que **no morirán jamás**. Estas son las **mismas dos clases de creyentes** que señala Pablo en su texto.

Esto nos lleva a otra *observación muy importante* pero mayoritariamente olvidada por la gran masa del cristianismo profesante: la **resurrección** separada de los **creyentes en Cristo**.

Si pudiéramos efectuar una *encuesta exhaustiva* comprobaríamos que una elevada mayoría de respuestas sugerirían que *habrá una resurrección general* al final de la historia, y *después de esto el juicio final*. Pero esto *no es en absoluto* lo que **enseñan** las Escrituras, sino *lo contrario* de lo que nos revelan. Examinando con cuidado los textos pertinentes vemos que en la **Venida** del Señor la **única resurrección** que se nos menciona es la de los **creyentes**.



Aunque en la R.V. no se aprecia nítidamente, una lectura en una versión interlineal del texto griego nos muestra un matiz muy significativo. Cuando el Señor desciende del monte de la transfiguración, en **Mr. 9:9**, el evangelista observa que el Señor mandó a los discípulos que no relatasen lo que habían visto hasta que «*el Hijo del Hombre se hubiese levantado de entre los muertos (ek nekron)*». Notemos que eso les perturbó profundamente porque «*retuvieron ese dicho entre sí, discutiendo consigo mismos qué cosa sería levantarse de entre los muertos (ek nekron)*» (9:10). Si Marta (**Jn. 11:24**) creía firmemente en la resurrección del día postrero, ¿por qué el tema de la **resurrección** desconcertó tanto a los discípulos más íntimos del Señor? Porque Jesús *no les hablaba de la resurrección*, convicción fundamental de todos los judíos ortodoxos (aunque no los saduceos), sino que les hablaba de la **resurrección de entre los muertos (ek nekron)**. Eso era una *revelación* completamente *nueva* y los cogió a todos por sorpresa. Versiones como nuestra entrañable RV, lamentablemente no recogen aquí este matiz que revela algo extraordinariamente significativo: si **Jesucristo**, en primer lugar, y posteriormente **los que mueren en Cristo resucitan de entre los muertos**, esto enseña con toda claridad que deben haber **otros muertos que no son resucitados**. Efectivamente, **Jesucristo** fue la primera, y hasta ahora única, **resurrección genuina y permanente de entre los muertos**, prenda y figura de **nuestra** futura resurrección. Nadie puede dudar de este punto. Lázaro salió con vida del sepulcro pero eso no fue, técnicamente hablando, una *auténtica resurrección*, porque *su cuerpo no fue glorificado*: él volvió a morir, y también tuvieron que morir los que salieron del sepulcro cuando murió Jesús (Mat. 27:52).



**Lucas 14:14** no ofrece ninguna duda, pues nos habla de «**la resurrección de los justos**»; la implicación es inevitable: debe haber otra **resurrección de los impíos**. La R.V. sí que acierta en **Lc. 20:35**, donde Jesús nos habla de «los que son tenidos por *dignos de alcanzar aquel siglo* y la **resurrección de entre los muertos**». El grupo descrito por Jesús no alude a toda la población mundial de difuntos sino a un *subconjunto específico* de ella (“los que son dignos de”), quienes tendrán **derecho** a la **resurrección de entre los muertos**. La expresión del Señor es *inequívoca* al apuntar que **otros muertos no participarán** de esta resurrección.

**Jn. 5:28-29**: «*No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz;*<sup>29</sup> **y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación**». La distinción entre **dos resurrecciones** es diáfana en este texto, consolidando el concepto novedoso de *resurrecciones parciales*. De paso, nos muestra también otro término muy relevante y significativo cuando abordamos seriamente el gran tema de la Venida del Señor: la expresión **hora**, en este y otros pasajes similares (igual que la frecuente expresión “**siglo**”). Ambas son expresiones *temporales*, pero que no se emplean en el sentido y con el alcance que nosotros damos a estos términos. Nosotros pensamos en momentos exactos y puntuales, o en períodos de tiempo específicos y bien definidos. En el texto griego hay dos conceptos temporales distintos: el tiempo en el sentido de *un momento concreto*, para el que se usa el término **kronos**, o tiempo *en un sentido amplio*, a veces delimitado por unos eventos reconocibles (equivalente a nuestros términos período, era o edad), o de límites desconocidos (como nosotros, cuando hablamos de “siglos futuros” o “eternidad”), para los que existen los términos griegos **kairós**, **aión** u **ora**. La reiteración de estas expresiones en las Escrituras da pie para distinguir perfectamente *períodos* o **dispensaciones** (en griego *oikonomía*, que alude primariamente a una *administración doméstica*, pero también implica la *duración* de esta administración). Esto tiene una extraordinaria relevancia en el estudio profundo de la Venida del Señor, si observamos los diferentes tratos y peculiaridades que Dios establece con **Israel** y con la **Iglesia**. Dios delimita, tanto en su regulación como en sus límites temporales, unas específicas *dispensaciones*, en las que *administra* unas determinadas *relaciones o tratos con algún colectivo humano*.

Pero, volviendo de nuevo al último texto, notamos que se nos muestra una singular **dispensación** en este concepto de “**hora**”, que aún no ha concluido. *Empieza* en el momento que Jesús habla: «viene la **hora** y *ahora es*» (**8:25**), y *concluye* en el momento cuando **los muertos oirán** la voz del Hijo de Dios; quienes la oigan, vivirán o resucitarán. Es decir, cuando el Señor regresa a por su Iglesia. Esto delimita la **dispensación** que las Escrituras también denominan «**el día de la gracia**», un «*misterio*», como nos dirá Pablo, que no había sido revelado anteriormente. En conclusión, el **Señor** mismo (no las teorías teológicas) distingue con nitidez **dos resurrecciones**: la **resurrección para vida** y la **resurrección para juicio** (gr. *kriseos*) o *condenación*. Es evidente por sí mismo que la realidad de **dos resurrecciones implica dos momentos distintos**, pues de lo contrario sólo tendría que haber **una única resurrección** aunque fuera con destinos o propósitos distintos. La distinción del mismo Señor es de extraordinaria importancia para establecer sólidos puntos de anclaje en el estudio de su Segunda Venida.

Las epístolas son *aún más precisas* en la delimitación de las **resurrecciones**, y en consecuencia, de los **momentos** en que estas ocurrirán.

**1 Cor. 15:20-23**: «<sup>20</sup>*Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos (ek nekron); primicias de los que durmieron es hecho.* <sup>21</sup>*Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.* <sup>22</sup>*Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.* <sup>23</sup>*Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida.* <sup>24</sup>*Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia*». Este texto es fundamental en el estudio de la Segunda Venida, no sólo porque delimita con claridad *diferentes resurrecciones* sino porque, además, define con nitidez los *objetivos finales y últimos* de las intervenciones de Dios en la historia humana. Al establecer el orden de las resurrecciones, incluso nos deja entrever lo que literalmente no se menciona, pues notamos que aquí falta la «*resurrección de condenación*» que, obviamente, debe situarse **entre el intervalo** de la resurrección de «los que son de Cristo, **en Su venida**», y la referencia temporal designada como «**el fin**».

Lo mismo apunta el texto relevante acerca del **arrebataimiento**. «Los **muertos en Cristo** resucitarán *primero*», donde se ve que no hay otros que estos en la perspectiva que apunta en ese momento el apóstol; no hay opción aquí para los incrédulos. Eso explica la expresión que utiliza en otro texto: «*si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos (ek nekron)*» (**Flp. 3:11**).

Esa nítida diferenciación de resurrecciones perdura hasta el Apocalipsis mismo. Allí se nos habla de algunos que «vivieron y reinaron con Cristo mil años». Sin embargo, hay otro colectivo humano que es puesto aparte, en otro momento y lugar: «*pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil*

años. Esta es la **primera resurrección**» (Ap. 20:4-5). Alcanzamos aquí la *clave de bóveda* en el tema de las **resurrecciones parciales**. Ya no podemos albergar ni una duda de que las Escrituras son sumamente explícitas y distinguen *dos resurrecciones* diferenciadas, pero además de esto, sabemos que entre ambas *hay un intervalo de mil años*, que habrá de corresponder al **Reino del Mesías** aquí en la tierra, razón por la que solemos hablar del *milenio* o *reino milenial*.

Dios, en su gracia, ha determinado que los **creyentes** sean levantados de entre los muertos en la Venida del Señor, momento que se designa como la «**primera resurrección**». De ahí que **1 Cor. 15:20** designa como «*primicias*» la resurrección del Señor, puesto que es el primer gran fruto de la amplia cosecha de los suyos, quienes serán recogidos para ser glorificados y unidos a Él en su Venida, no para padecer el terrible juicio del gran día de la ira del Dios Todopoderoso, como algunos creyentes creen. Pero incluso esta “**primera resurrección**” para vida abarca *distintas resurrecciones parciales*: la de la **iglesia**, en Su venida, pero también la de los **mártires de la gran tribulación**, además de los **santos del Antiguo Testamento**, en Su manifestación.

Hay *más textos y cuestiones* que pueden suscitarse al delimitar el tema de las **resurrecciones**, pero para nuestros propósitos todo lo visto es más que suficiente para *concluir bíblicamente* que **no puede hablarse de una única resurrección** de todos los muertos para comparecer en un **juicio final**. De paso, hemos visto también que hay una **dispensación** en la que **Dios trata específicamente con la Iglesia**, la futura esposa de Su amado Hijo, y es esta **dispensación única y diferenciada** la que contemplaremos en esos estudios. En el estudio de los tiempos finales debe quedar claro, por tanto, que hay *otra dispensación*, al menos, por cuanto *la mayor parte de las profecías* acerca de la Segunda Venida tratan de *temas* específica y exclusivamente reservados a los **judíos**. Y por supuesto, no debemos obviar tampoco el destino de los **gentiles incrédulos**. Pero *unos y otros no comparten* los **propósitos** finales que Dios tiene con Su **Iglesia**.

Podemos pasar, por tanto, a considerar el *cumplimiento de Su Venida* y el suceso conocido como el **arrebatación o traslado de la Iglesia**.

**Jn. 14:3**: «*Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo*». Jesús no dice *si vendrá más pronto o más tarde*, ni nos dice que cuando venga *resucitará todo el mundo*. Lo que realmente dice es que *vendrá a por nosotros*, cualquiera que sea el momento, y que su **propósito** será *tomarnos en matrimonio*, para que ya no seamos dos sino uno.

Los *detalles más específicos* sobre el **arrebatación** se nos revelan en **1 Tes. 4:13-17**.

En esta carta Pablo tuvo que contestar ciertas preguntas. Él había estado en Tesalónica durante tres semanas, durante sus viajes misioneros, pero tuvo que salir de allí debido a un complot para atentar contra su vida. Más tarde envió a Timoteo para averiguar cómo les iba, y éste regresó con algunas preguntas dirigidas a Pablo. Una de ellas era: ¿Qué ocurría con los creyentes que habían muerto? Algunos ya habían fallecido y querían saber qué les sucedería si Cristo regresaba para recoger a los creyentes vivos. ¿Tendrían que esperar para volver a verlos?

Indirectamente, podemos dar gracias a Dios por esas inquietudes tempranas en las creencias de las primeras iglesias gentiles, pues ellas dieron lugar, no sólo a la *enseñanza doctrinal correctiva* por parte del apóstol, sino a una **revelación específica y nueva** por parte del Señor («en **palabra del Señor**», como apunta el versículo 15), que constituye el *verdadero fundamento para un estudio serio de su inminente Venida*.

Naturalmente, Pablo se regocijó al ver que ellos permanecían firmes en la fe, a pesar de las persecuciones, y acto seguido pasó a contestarles. «*Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como otros que no tienen esperanza*» (**1 Tes. 4:13**). Eso significa que, o tenemos una maravillosa esperanza en Cristo, o no tenemos ninguna esperanza. Afortunadamente, para ir al cielo ellos no tenían que saber mucho acerca del **arrebatación**. Cuando ello suceda, será una gran sorpresa para muchos. Pero el hecho fundamental es que, *si son salvos, serán arrebatados*. Somos salvos porque hemos depositado nuestra fe en la Primera Venida de Cristo, no en los acontecimientos de la Segunda Venida. Sin embargo, Dios quiere que sepamos los hechos básicos del **arrebatación** porque no desea que enfrentemos la vida sin esperanza cuando perdamos a nuestros seres queridos.

¿Qué sucede cuando muere un cristiano? Cuando sucede el fallecimiento, el alma abandona el cuerpo y se traslada inmediatamente al cielo. **2 Cor. 5:8** nos enseña que estar *ausentes del cuerpo* es estar *presentes* al Señor. Es una transferencia instantánea de la tierra al cielo. Lo que enterramos son los restos corporales, no el alma. Ahora Pablo les enseña a los Tesalonicenses que cuando Cristo vuelva para producirse el **arrebatación**, traerá del cielo a la tierra las almas de aquellos que hayan muerto creyendo en él. ¿Por qué? Porque Él va a resucitar los cuerpos y las almas entrarán en esos cuerpos glorificados para morar en ellos de forma permanente. Esto es lo que significa «*traerá Dios con Jesús a los que creyeron en Él*» (**4:14**). Pablo prosigue nuevamente con un proceso que no es difícil de entender, aunque es completamente sobrenatural. El apóstol no pu-

do obtener esta información del A.T. porque allí no se halla registrada (allí sólo se nos habla de **resurrección**, pero no se explica el **arreatamiento**). Como otros temas, Pablo aprendió esto *directamente del Señor* y pudo decirnos que les sucederá a los creyentes que todavía estemos vivos cuando se produzca el regreso del Señor. Es muy interesante notar que cuando hablaba de esos creyentes (**4:17**), él empleaba el pronombre personal «nosotros», para indicar que él también se incluía en esta bendita esperanza.

«*Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos para siempre con el Señor. Por lo tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras*». (**4:16-18**). Aquí se introduce de manera explícita la palabra **arreatamiento** en relación con esa doctrina. En aquel momento seremos arrebatados todos, tanto los que se hallen vivos en la tierra como los que vengan de la presencia del Señor, recibiendo ambos grupos unos nuevos cuerpos, ya sea **transformados** o **resucitados**.

Esto puede tener lugar en cualquier momento, por tanto es **inminente**<sup>2</sup> (*aunque no necesariamente inmediato*). Ningún otro acontecimiento debe tener lugar en este compás de espera, que nos haga las funciones de semáforo espiritual, alertándonos de la inmediatez del momento. Ni tampoco hay rastro de ello en ningún otro pasaje de las Escrituras. A primera vista, ello puede parecernos incongruente, pues sabemos que el Apocalipsis, sin ir más lejos, está lleno de acontecimientos singulares que han de ocurrir sucesivamente pero, al ir asimilando la comprensión de la lectura, nos daremos cuenta de que nada, absolutamente nada de ello, tiene que ver con la **Iglesia del Señor**. Parece un **misterio** desconcertante, y de hecho es literalmente un misterio: no se la ha tragado la tierra pero *sí se la han tragado las nubes*, en el aire. Todo lo que sucede en el relato de la Revelación, *a partir del momento de su misteriosa “desaparición” del ámbito terrenal* (es decir, lo que ocurre a partir del capítulo 4 de Apocalipsis), únicamente tiene que ver (al margen de distintos paréntesis enfocados en el cielo) con el **pueblo judío**, el **sistema religioso apóstata** (o la “*iglesia profesante*”, un cristianismo nominal que nunca experimentó el verdadero *nuevo nacimiento*), así como la **masa gentil** que haya llegado al final del «*tiempo de los gentiles*» (designación que alude al período de ocupación gentil, total o parcial, de la ciudad de Jerusalén, desde los días de Nabucodonosor, y que perdura en el momento presente).

Dicho todo esto, concentrémonos en esta impresionante escena que nos descubre Pablo:

De manera súbita, absolutamente impredecible, **el Señor mismo descenderá** del cielo, no meramente una legión de ángeles o algún arcángel relevante con sus huestes angélicas.

El Señor bajará del cielo **con voz de mando**. Va a dejar su trono celestial y bajará *corporalmente* a la tierra. En su deidad Él está presente en todas partes, pero en **Su cuerpo** sólo está en un lugar a la vez. Él va a descender en el aire, se colocará encima de la tierra y dará un fuerte grito, una voz de mando. Cuando esto suceda, todos los cristianos alrededor del mundo instantáneamente serán resucitados, y los cuerpos de los cristianos vivos serán transformados para vivir en el cielo. Nos es imposible ir al cielo con un cuerpo pecaminoso, mortal y corruptible. Necesitamos un **nuevo cuerpo santo y sin pecado**, independientemente de las nuevas propiedades que le sean conferidas, para poder estar en la presencia del Señor y poder regocijarnos con Él por la eternidad.

Y lo hará **con voz de mando**, emitiendo un poderoso **clamor**. Eso podría confundir a muchos lectores de este pasaje. Si el Señor desciende “a voz en grito”, ¿no será pues un acontecimiento *público y notorio* para toda la población mundial? La respuesta es que no tiene por qué ser necesariamente así. El **clamor** será *poderoso y autoritativo*, de forma literal como suelen serlo las **voces de mando** en cualquier ejército. Notemos que, en estos casos, el grito va dirigido a aquellos con los que tiene que ver (como los soldados que forman filas), pero *aunque sea oído* por otros **no será comprendido**. En algunos momentos del ministerio de Jesús, vino a Él una voz desde el cielo, y algunos de los presentes creyeron que había sido un trueno, aunque otros más perspicaces pensaban que «un ángel le ha hablado». Pero ni unos ni otros captaron mensaje alguno (**Jn. 12:28-29**). Algo similar aconteció en la conversión de **Saulo** (**Hch. 9:7; 22:9**). En **Daniel 10:7** vemos un fenómeno semejante, pero aquí no se trata de una voz sino de una visión; nadie más que el destinatario captó su verdadero significado. Esa **voz de mando del Señor**, que sólo oyen y entienden sus destinatarios, no es nada nuevo en las Escrituras. Ni lo es su efecto poderoso, como la orden imperativa e irresistible que Jesús dirigió al cadáver corrupto de **Lázaro**.

Cuando el Señor fue al sepulcro de su amigo Lázaro para resucitarlo, Él dijo: «*Lázaro, ven fuera*», y el cuerpo vivificado de Lázaro salió de la tumba. Un comentarista señala que si el Señor hubiese omitido la

---

<sup>2</sup> Para profundizar sobre este tema, véase el magnífico artículo de Arthur W. Pink, incluido en este Cuaderno, bajo el título “*El regreso inminente del Redentor*”.

palabra «Lázaro», y sólo hubiese dicho «ven fuera», todos los muertos que se hallaban en la región hubiesen resucitado. De la misma manera, el **arreatamiento** será una resurrección *selectiva*, con la orden apropiada del Señor. *Todo creyente* va a ser levantado de los muertos, pero no todos los muertos van a ser levantados en ese mismo día, como ya hemos visto.

Pero para cualesquiera otros que pudieran oír esta *voz de mando*, como mucho podrá parecerles el fragor de un trueno o un estampido distante, o algo más confuso si es que oyen también el toque de la *trompeta* celestial, todo lo cual, probablemente, no parecerá otra cosa más allá de alguna curiosidad científica inexplicable. No habrá más percepción sensorial, ni siquiera visualización alguna de los sucesos reales que estarán ocurriendo masivamente, porque todo ello sucederá en una *fracción infinitesimal* de segundo, literalmente ocurrirá «en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta» (1 Cor. 15:51-52).

El mandato del Señor estará acompañado con la *voz de un arcángel*. El arcángel es cabeza de todos los ángeles y ha estado en lucha permanente contra Satanás y su ejército demoníaco. Tenemos la victoria asegurada. Cuando la voz del arcángel suene, Satanás reconocerá su derrota.

Después Dios también llamará a los suyos con *toque de trompeta* (trompeta de Dios, no trompeta de ángel). En la Biblia se mencionan muchas trompetas, pero no debemos confundirlas. Los que hemos hecho el servicio militar sabemos que cada toque anuncia un mensaje diferente. En *Ap. 8 – 11* se mencionan siete trompetas; en *Mat. 24:31* se menciona otra distinta. También se anuncia una fiesta de trompetas en *Levítico 29*. Las trompetas son un dispositivo de señales, como pueden serlo también las campanas. Esta trompeta, según *1 Cor. 15*, va a ser *la última que la Iglesia oiga*, pero no será la última de todos los tiempos. Cuando suene esa trompeta, todos los creyentes del mundo seremos arrebatados y ascenderemos a las nubes para encontrarnos con el Señor, y como Él prometió en *Juan 14*, nos llevará a la casa del Padre.

Es probable que estas tres cosas (el clamor, la voz del arcángel y la trompeta de Dios) tengan una finalidad única: convocar la **reunión conjunta** de los santos vivos y muertos para el **traslado** inmediato de los

mismos a la **presencia gloriosa de su Señor**, de la forma que se tipifica en **Números 10**. La escena no podría ser más sobrecogedora: todo un imponente ejército de Lázaros, hasta más allá de la línea visual del horizonte, saliendo al unísono de sus sepulcros, no solamente incorruptos sino también glorificados, a los que se incorporarán el remanente fiel que hayan mantenido su testimonio hasta el fin, en una oleada creciente de apostasía incontenible. Ningún sepulcro podrá retener *resto alguno de incorrupción para sí*. Los *elementos químicos del polvo* darán paso a los *elementos gloriosos e incorruptibles* de la **nueva creación**, según el mismo diseño del **cuerpo glorificado de Cristo** (Flp. 3:21),



antes incluso de la *creación de los nuevos cielos y la nueva tierra*. Es algo imposible de imaginar, pero esta es nuestra verdadera esperanza. Será entonces cuando todo lo corruptible será vestido de **incorruptión** y lo mortal de **inmortalidad**. Nada de la vieja naturaleza logrará sobrevivir, porque será entonces cuando de una manera *completa y definitiva* la **muerte será sorbida en victoria** (1 Cor. 15:54; 2 Cor. 5:1-4). Pero esto no es el final de la película, sino sólo el comienzo. Aún no han aparecido en pantalla los créditos y reconocimientos. Las últimas palabras de este glorioso pasaje serían el final perfecto de cualquier novela, pero apenas son el pálido reflejo de algo jamás escrito con anterioridad: «*arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor*». Desde el instante en que el Señor se nos manifieste corporalmente visible, no hay retroceso posible. Sólo tenemos *billete de ida*; no existe ningún billete de vuelta.

Desde el momento que el Señor mismo entra en escena por primera vez, entra en el goce del fruto pleno de su obra redentora, del trabajo de su alma, sin que nada se le haya perdido por el camino. Ni una sola oveja se le habrá extraviado en los peligrosos recodos del valle de sombra de muerte. Nuestro gozo en Él será completo y nuestros ojos y corazones ya no tendrán otro destino que contemplar y expresar constantemente

las excelencias de su gloria. Nunca más volveremos a posar nuestros ojos en ninguna lápida ni nada que pueda hacernos derramar una sola lágrima.

Muchos cristianos confunden los conceptos de «*arreatamiento*» y «*Segunda Venida*», pero ambos presentan marcadas diferencias, como podrá apreciarse en el capítulo **Cuadros Sinópticos**.

Cuando se cumpla el período del Reino milenial, el cielo y la tierra serán desintegrados para ser reemplazados por *un cielo y una tierra nuevos*, donde los santos pasarán la eternidad en la Nueva Jerusalén que estará posada en la tierra futura.

Como nuestra relación con Cristo es una relación matrimonial, vamos a estar unidos a Él para siempre. ¡Qué esperanzador saber que nuestra separación de Él es breve, y que en cualquier momento puede venir para trasladarnos a las moradas celestiales!

En *1ª Tes. 5* se plantea el tema del *momento del arreatamiento* en relación con los *acontecimientos finales*. Pablo les recordó que no se había revelado *fecha o señal específica* alguna en relación con este tema, sino que vendrá «*como ladrón en la noche*» (**5:2**) y coincidirá con el comienzo del «*Día del Señor*». Esta expresión es una referencia muy frecuente en las Escrituras a un tiempo venidero de **juicio**. Más de 77 veces encontramos expresiones como «el día del Señor», «el día», «ese día», «ese gran día» y similares. Por ejemplo, *Sofonías 1:14-15*: «*Cercano está el día grande de Jehová, cercano y próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento*». En Génesis leemos: «Y fue la *tarde* y la *mañana* un día». En la mentalidad hebrea, la tarde viene *antes* que la mañana. El sábado judío comienza al atardecer del viernes y termina al comienzo del atardecer del sábado. La *oscuridad* viene antes que la *luz*. Por eso no debe sorprendernos que cuando estudiamos el *Día del Señor*, la primera mitad es de **juicio** y la segunda, de **bendición**. La referencia específica que marca la transición entre las tinieblas y la luz es la **Venida** del Hijo de Dios. Él es llamado «el Sol de Justicia» que vendrá, la «estrella de la mañana» y la «aurora de lo alto». La Segunda Venida del Señor pondrá fin a esa era tenebrosa e introducirá la gloria esplendorosa del Reino milenial.

**Día del Señor**, a diferencia de los días creacionales, no es un período de 24 horas, sino que es un lapso de tiempo que comienza con el *arreatamiento*, sigue en la tierra con los terribles juicios de la Tribulación de siete años, y que culmina con la manifestación de Cristo y la introducción de su Reino milenario. Dios juzgará inmediatamente el pecado en la tierra y cumplirá muchas otras Escrituras que implican una *intervención directa en el mundo*. Ello contrasta vivamente con el actual *Día de la Gracia*, cuando la Iglesia está en la tierra cumpliendo su misión; al margen de su obra de sustentación, no interfiere en el curso de los asuntos terrenos, no juzga a los malvados en la tierra y no enjuicia aquello que va en contra de su voluntad. Y como un día nuestro de 24 horas, el *Día del Señor* también terminará en «tinieblas» o juicio.

Pablo añade mensajes consoladores para confirmar que el *arreatamiento* supone que la Iglesia no participará de las calamidades de la Tribulación: «*Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón: Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas*» (*1ª Tes. 5:4-5*). Pero el versículo culminante y la preciosa promesa de nuestra *seguridad* debida al *arreatamiento* es el **5:9** «*Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo*». Queda perfectamente claro que la Iglesia será librada del tiempo de ira y juicio reservado a los incrédulos. Por lo tanto los cristianos no debemos temer los terribles acontecimientos del Día del Señor.

En la segunda epístola a los Tesalonicenses, ciertos maestros los estaban perturbando al asegurarles que *ya se hallaban* en el Día del Señor. Pablo les habló del juicio de Dios reservado a los falsos maestros y refuta su engaño con una revelación muy importante: «*Nadie os engañe de ninguna manera; porque no vendrá (el Día del Señor) sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición*» (*2ª Tes. 2:3*). Mientras este maligno personaje, que alcanzará el liderato de toda la humanidad durante el tiempo de la Tribulación, no se manifieste, el Día del Señor no puede haber llegado. Esta siniestra figura, conocida también como el Anticristo, por excelencia, conduce a una nueva revelación, basada en la enseñanzas de Pablo sobre los acontecimientos finales: «*Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quién al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio*» (*2ª Tes. 2:6-8*). Muy posiblemente es una referencia a la obra del *Espíritu Santo* que está ahora restringiendo la pecaminosidad en el mundo, de manera similar a la protección especial que Dios brindaba a Job en sus duras pruebas. Sin embargo, vendrá el día cuando esta restricción será eliminada «*y entonces se manifestará aquel inicuo, a quién el Señor matará con el Espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida*» (*2 Tes. 2:8*). Si el Espíritu Santo

y el poder de Dios en el mundo son los restringentes definitivos del pecado, debe ser evidente que esta restricción no puede revocarse mientras *el Espíritu Santo more en la Iglesia*. Esto requiere la *traslación* de la Iglesia para poder manifestarse plenamente el *misterio de la iniquidad*.

En *1ª Cor. 15:51-58*, Pablo enseña también sobre los hechos fundamentales de la resurrección de los creyentes. Los cristianos que viven en sus cuerpos mortales y pecaminosos necesitan recibir *cuerpos sin pecado*, incorruptibles e inmortales. Esto se logrará en un parpadeo, al llamamiento de la final trompeta. No hay referencia alguna a *ningún suceso precedente*, ni se vislumbra el *tiempo de angustia que seguirá al arrebatamiento*. Puede suceder en cualquier momento, y es un gran estímulo para nosotros, «sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (*1 Cor. 15:58*).

En *Apocalipsis* son también múltiples los indicios del *arrebatamiento* y la *desvinculación de la Iglesia de la Tribulación terrenal*. Un pasaje claro es el mensaje a la Iglesia de *Filadelfia*: «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran en la tierra» (*Ap. 3:10-11*).

El Señor no habla de resguardar a la Iglesia «a través de la prueba», sino «de la hora de la prueba», la gran Tribulación que devastará la tierra. En cambio, el mensaje a *Laodicea*, en *Ap. 3:14-22*, vemos la forma final de la *iglesia profesante* (como los que suelen afirmar: «yo soy católico, pero no practicante»), que es rechazada por el Señor y es vomitada de su boca debido a la falsedad de su fe. La verdadera Iglesia no podría sufrir las persecuciones de la septuagésima semana y seguir aún tibia ante su Señor. La persecución avivaría el fuego, convirtiendo la tibieza en un intenso calor, o extinguiría el fuego completamente. Tal ha sido siempre el resultado de las persecuciones.

El Señor no puede vomitar a la verdadera Iglesia, sino sólo a la que afirma serlo sólo de nombre. Por ello, la única alternativa razonable es admitir que *la verdadera Iglesia histórica* termina con la Iglesia de Filadelfia, que será *arrebatada por el Señor*, siendo *librada de la hora de la prueba por ser la «esposa de Cristo»*, mientras que la *falsa iglesia profesante* ha sido dejada atrás, aquí abajo, rechazada por el Señor y vomitada dentro de la septuagésima semana para que se revele su falsedad e hipocresía, recibiendo el justo castigo destructor de la ira divina (Apocalipsis 17 y 18).

En todo el Apocalipsis, después del período de las siete Iglesias, solo vemos la persecución y la conversión de **judíos**, o la conversión de **gentiles**, pero ya no vemos *un cuerpo único de judíos y gentiles*. Ambos grupos sufrirán una terrible persecución, y muchos el martirio, y de ellos se nutrirá la tierra del Milenio, pero con características claramente separadas. La *Iglesia ya no está presente en el escenario terrenal*, ni en el del sufrimiento tribulacional ni en el de la tierra gloriosamente restaurada del Milenio. La *Iglesia* estará *gozando con su Esposo* en las moradas celestiales de la Casa del Padre. En la Venida manifiestamente visible del Señor a la tierra, *las Bodas del Cordero* ya se han celebrado y aparece vestida de lino fino, limpia y brillante. Lo que se anuncia en *Ap. 19:9*, (la *cena de las bodas*), es la *fase final* del enlace matrimonial (las **bodas** que se mencionan en *Ap. 19:7*). El hecho de que sea sólo la *fiesta* lo que se anuncia aquí indica que la unión matrimonial de Cristo y la Iglesia ya se celebró con anterioridad durante el arrebatamiento previo a la Tribulación.

La bendita esperanza del regreso de Cristo por su Iglesia es uno de los más preciosos legados que el Señor Jesucristo ha dejado a los suyos y continúa siendo un faro de luz indestructible en medio de los dolorosos problemas, dificultades y sufrimientos de la vida moderna. Cristo *viene* y puede ser  *muy pronto*. ¿Estamos preparados para recibirle?



## EL TRIBUNAL DE CRISTO. Francesc Closa<sup>1</sup>.

«Tú, pues, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque **todos compareceremos ante el Tribunal de Cristo...** de manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Rom. 14:10-12).

«Porque es necesario que todos nosotros **comparezcamos ante el Tribunal de Cristo**, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Cor. 5:10).

«La **obra de cada uno** se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego» (1 Cor. 3:13-15).

«He aquí Yo vengo pronto, y **mi galardón conmigo**, para **recompensar** a cada uno según sea su obra» (Ap. 22:12).

Los textos citados están en línea con las palabras del Señor Jesús, pronunciadas en la casa de un príncipe de los fariseos: «Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero **te será recompensado en la resurrección de los justos**» (Lc. 14:13-14).

### LA RESPONSABILIDAD DEL CREYENTE.

Entre los temas relacionados con la Segunda Venida, uno de los que se presta a mayores confusiones y conceptos erróneos es el del **Tribunal de Cristo** y sus implicaciones en nuestras vidas.

La Palabra de Dios señala varios **juicios** que tendrán lugar sucesivamente, abarcando toda la humanidad, individual y colectivamente, incluso a los ángeles que pecaron. Tales juicios futuros serán:

- El juicio del **Tribunal de Cristo**.
- El juicio de **las naciones** (Mat. 25:32).
- El juicio de **Israel restaurado** (Mal. 3:2-5).
- El juicio de **los ángeles caídos** (Judas 6).
- El juicio del **gran Trono blanco** (Ap. 20:11-15).

Todos estos juicios son futuros. A ellos debe añadirse también el juicio de **los pecados**, que soportó Cristo en la cruz, cuyo resultado fue su muerte y resurrección, y la justificación y salvación eterna del que cree en Él (Jn. 12:30-33). Igualmente, los creyentes debemos contemplar el juicio **a nosotros mismos**, al que debemos someternos continuamente, para evitar juzgar y ser castigados por el Señor en este mundo como hijos desobedientes (1 Cor. 11:31-32).

Conviene advertir que **todos los seres humanos** comparecerán ante el Tribunal de Cristo, porque el Padre «**todo el juicio dio al Hijo**» (Jn. 5:22), pero cada uno de estos grupos lo hará *por separado* y en *momentos muy distantes en el tiempo*. Ningún texto de las Escrituras da pie para pensar que santos y pecadores vayan a comparecer simultáneamente ante el divino Tribunal de Cristo. Por ello sólo vamos a ver aquí el futuro juicio de los **creyentes**.

Es una idea muy errónea suponer que, por el hecho de que Cristo nos ha salvado y nos ha justificado ante Dios, nuestra vida no va a ser sometida a **ninguna revisión judicial**. Experiencias como las de Ananías y Safira son un serio recordatorio de que *Dios juzga a santos justificados* por **pecados no confesados**. Asimismo, las consecuencias que derivaron de los pecados de adulterio y asesinato cometidos por el Rey David, son también un recordatorio de que Dios nos juzga por **pecados que han sido confesados y perdonados**. *Dios nos perdona y justifica*, pero esto no nos libra de recibir las **consecuencias** de nuestros pecados.

Otra idea equivocada es la creencia de suponer que después de la conversión, los **méritos** y las **obras** carecen de importancia en nuestra vida. Los reformadores del siglo XVI estaban en lo cierto cuando predicaban que somos salvos sólo por la gracia de Dios, no por nuestras obras o méritos personales. Pero es totalmente erróneo pensar que, como consecuencia de ello, todos los cristianos vamos a recibir en el cielo las **mismas recompensas**, o que las consecuencias negativas de nuestras vidas serán pronto olvidadas. Ciertamente, nues-



<sup>1</sup> Estudios impartidos en la Iglesia del Paral·lel durante el primer semestre de 2013.

tras **obras anteriores a la conversión** carecen de **mérito** alguno delante de Dios, como muy bien dice Pablo en **Ef. 2:8-9**. Pero en el siguiente versículo nos recuerda que las obras llevadas a cabo **después** de la **conversión** tienen un valor muy alto para Dios: «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*». Cristo enseñó claramente que los sacrificios y buenas obras que son llevados a cabo por los creyentes serán debidamente **recompensados**: «*y serás bienaventurado porque ellos no te pueden recompensar; pero te será recompensado en la resurrección de los justos*» (**Lc. 14:14**).

Por supuesto, las obras **después de la conversión** no tienen **mérito en sí mismas**. Sólo lo tienen porque **estamos unidos a Cristo**. Tales obras son hechas sólo porque Dios nos da el **deseo** y la **capacidad** de hacerlas. Nunca se espera que un hijo *tenga que trabajar* para **ganarse su herencia**; en realidad no es posible que él pudiera «ganar» todo lo que el Padre se agrada en darle. No obstante, el padre **prueba** al hijo para *ver si es digno* y *ver si se le puede confiar una porción mayor* de la herencia. Por esta razón, Cristo juzgará nuestra **confiabilidad** y **fidelidad** en nuestra mayordomía, y su juicio tendrá **repercusiones eternas** para nosotros.

Pero no pensemos que Dios es un patrono mezquino como muchos empresarios sin escrúpulos. Él *nos recompensará más allá de toda proporción* por el trabajo realizado, aunque no tenga razón alguna para hacerlo. El autor de Hebreos afirma que *si Dios no nos recompensa* sería «**injusto**»: «*porque Dios no es injusto para olvidar nuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su Nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún*» (**Heb. 6:10**).

Otra idea falsa es *creer que resulta egoísta o inapropiado* pensar en **galardones** como una motivación para servir a Cristo. Sólo debería motivarnos el **amor**, oímos decir. ¿Y acaso no arrojaremos un día nuestras coronas a sus pies? Tal vez el error está en pensar que *los galardones son las coronas mismas*, pero las verdaderas recompensas tienen que ver con los **niveles de responsabilidad** que nos serán dados. Es cierto que el **amor** debe ser una motivación **primordial**, pero no es la única. También el «**temor de Dios**» es una motivación auténtica para nuestro servicio. Otra no menos importante es el **deseo de agradarle**. Si Él va a compartir con nosotros la **herencia del universo**, no es inapropiado un intenso anhelo de *servirle apasionadamente*. Nos gustaría **ser dignos** de la inmensa herencia que vamos a recibir inmerecidamente. Pablo puso mucho énfasis en recalcar esta motivación: «*por tanto, procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el Tribunal de Cristo*». Todos quisiéramos que Cristo nos dijese en aquel día: «*bien, buen siervo y fiel...*» Pero, ¿tendrá realmente motivos para decirlo?

Cristo mismo **motivó** a sus discípulos con el estímulo del **galardón** «*Haceos tesoros en el cielo...*» (**Mat. 6:20**); «*gozaos en aquel día y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos*» (**Lc. 6:23**). Moisés tuvo «*por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón*» (**Heb. 11:26**).

Los **galardones** no serán medallas decorativas o diplomas para colocar en una vitrina, de los que podamos enorgullecernos. El **más grande galardón** es que *lleguemos a ser lo que nuestro Creador deseaba que fuéramos*. Es el galardón de **hacernos a la semejanza de Cristo**. Cuando seamos como Él es estaremos *preparados para compartir con Él la herencia* y *trabajar en posiciones de alta responsabilidad* en todo el nuevo universo. Si esta vida es una *oportunidad de adiestramiento* para responsabilidades mayores, cuando los creyentes sean juzgados y comience la eternidad *se diferenciarán unos de otros* como las bombillas se diferencian en resplandor. No es posible pensar que en este ajuste final de cuentas se otorgue el mismo *nivel de gozo y de gloria* al cristiano *infructuoso, indolente y perezoso* que aquel otro que se ha entregado con *total abnegación y sacrificio* personal para trabajar por su Señor, privándose de muchas satisfacciones legítimas.

Mucha gente tiene la falsa idea de que compareceremos ante Dios para determinar *si iremos al cielo o al infierno*, pero en toda la Biblia no se menciona **ningún juicio de estas características**. El que vayamos al cielo o al infierno **lo determinamos aquí en esta vida, aceptando o rechazando** a Cristo como nuestro **único y suficiente Salvador** personal. Todo ser humano, con la única excepción del Señor Jesús, es **pecador** por la propia **naturaleza pecaminosa** que recibimos de nuestro antepasado **Adán**. Y no sólo «pecamos» en Adán, sino que *cada uno de nosotros estamos plenamente sometidos a la «ley del pecado y de la muerte»* (Rom. 3:23), y por todos es sabido que ningún muerto puede resucitarse a sí mismo.

Por tanto, y como consecuencia final de todo ello, estamos «**destituidos de la gloria de Dios**». Fuimos *creados para disfrutar de una íntima amistad y comunión con Dios*, pero **nuestro pecado** nos ha **desterrado** de la presencia misma de nuestro Creador, fuente de la vida y de toda bendición. Este es un asunto de extrema gravedad, y cualquier **posibilidad de salvación** para el ser humano, *únicamente puede originarse en la gracia de Dios* (misericordia totalmente inmerecida que Dios nos muestra compasivamente), y en el **poder de Dios** (el Único que tiene vida en Sí mismo y poder para librarnos de la ley del pecado y de la muerte). Toda la



grandiosa **obra de la salvación del hombre** es realizada **por Dios**, de principio a fin, y se ejecutó en la **cruz del Calvario**, donde el Señor Jesucristo derramó Su sangre perfecta e inmaculada en favor nuestro. Esta es la razón por la que *ningún «mérito humano»* (que sería de naturaleza pecaminosa) *puede añadirse a la perfecta obra del santo Hijo de Dios* (Rom. 3:20). Ninguna *imperfección* puede añadirse a la *perfección* para que ésta sea completa, pues ya lo es en sí, y es evidente por sí mismo que *una sola imperfección* causaría un daño irreparable al sacrificio del **único «cordero» santo y sin mancha** en el altar de Dios. Aquel que dio su vida por nosotros se le llama también «el *postrer Adán*» porque, en contraste con el primero, cumplió la *plena obediencia* que Dios demanda al hombre, y lo hizo *sin nuestra hereditaria naturaleza pecaminosa* (al ser concebido por el Espíritu Santo), y *vivir una vida santa, perfecta y sin pecado* (aunque fue intensamente sometido a *tentación*), *sujetándose en todo a la voluntad del Padre* celestial (Mat. 26:42; Jn. 4:34; 5:30; 6:38-40).

A mismo tiempo, esta es la *gran piedra de tropiezo* por la que buena parte de la humanidad no puede ser justificada delante de Dios. El **orgullo humano**, propio de nuestra propia naturaleza pecaminosa, impulsa ciegamente a los hombres a esforzarse para intentar «*ganar su salvación*», tarea humanamente imposible, ya que *sólo podemos recibir la salvación y la vida eterna* que comporta, como **regalo totalmente inmerecido** que se nos brinda por la gracia del corazón amante de Dios.

La **condenación eterna** de los hombres no sólo es *consecuencia directa de su propia vida pecaminosa*, sino muy especialmente por el **rechazo total o parcial de la obra perfecta de Cristo** en la cruz, cuyos beneficios sólo podemos recibir gratuitamente de Dios, sin aportación o contrapartida alguna de nuestra parte. Esto *hiere en lo más profundo el orgullo humano*, con el trágico resultado de acarrear la *condenación eterna* al ser «destituídos de la gloria de Dios» por rechazar la más grande y generosa expresión de Su amor.

Dios *nos ha creado con propósitos de bendición infinita* que se proyectan por toda la eternidad, el mayor de los cuales es la *creciente manifestación de Su gloria* hacia todas aquellas criaturas que son objeto de Su amor. Pero cualquier posibilidad de participar en estos eternos propósitos *ha de ser necesariamente compatible con todos los atributos propios de Dios*, muy especialmente con Su *santidad absoluta* y Su *perfecta justicia*. Por ello, el **pecado** (nuestra rebelión contra Dios), y su consecuencia directa, la **muerte**, son *problemas que sólo Dios podía afrontar y resolver satisfactoriamente*, lo cual ha efectuado mediante la **muerte de Su amado Hijo**, quien a su vez también *se entregó a Sí mismo por nosotros* para darnos vida eterna.

Aquellos que aceptan humildemente este **regalo supremo del amor de Dios**, reciben el asombroso *don de la vida eterna*, y con ella la **capacidad de «vivir» la nueva vida que Dios nos da** (Jn. 3:16-21), y somos **justificados** de manera perfecta (aunque aún arrastremos los efectos de nuestra naturaleza pecaminosa y mortal, porque somos «*revestidos de Cristo*», quien *nos brinda toda Su perfecta y completa justicia* (Gál. 3:27; Hch. 13:39; Rom. 3:24; 5:17-18; 1 Cor. 6:11; Tito 3:7).

Las aclaraciones previas, básicas y fundamentales para entender *el gran problema de la salvación de nuestros pecados* y el **único camino para alcanzar la vida eterna** que se nos ofrece **en Cristo**, son también necesarias y decisivas para entender la *naturaleza* y el **resultado final de los juicios** a los que *habrá de ser sometida la humanidad entera*. Hay una *divisoria* clara y terminante que decide el **destino eterno** de nuestra existencia más allá de la muerte. Contrariamente a lo que cree la humanidad, desde los mismos inicios de su historia, nuestro destino eterno *no lo decide el «peso» preponderante entre obras buenas y obras malas*, de nuestros méritos o deméritos, sino *nuestra aceptación incondicional* (o nuestro rechazo, en sentido contrario) **del sacrificio de Cristo en la cruz**, que ha realizado *en favor nuestro* (Rom. 5:6-8), como consecuencia del cual «*ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*» (Rom. 8:1).

*Ningún ser humano es eximido de su responsabilidad personal ante Dios*, por lo que todos los hombres *habrán de comparecer ante Su presencia*, delegada en la excelsa persona del Señor Jesucristo (Hebr. 9:27). La *línea divisoria* en cuanto al destino eterno del hombre, como acabamos de ver, la establece la **salvación** que se nos ofrece únicamente **en Cristo** (Hch. 16:30-31).

Todos aquellos que lo rechazan, al morir sus espíritus son confinados en el **Hades**, un lugar provisional de *sufrimiento* para comparecer finalmente ante Dios en el juicio del gran **Trono Blanco**. En este juicio comparecerán multitudes de *todos los países y religiones del mundo*; multitudes con las mejores intenciones y buenos propósitos. Aprenderán demasiado tarde que *Dios se toma muy en serio la justicia*, y si **no han permitido que Cristo cargue con su castigo**, ellos tendrán que hacerlo por su propia cuenta, y por ello serán lanzados al «*lago de fuego*» (**Ap. 20:15**). «*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*» (**Juan 3:36**).

Pero el juicio en el que nos vamos a centrar ahora, que las propias Escrituras denominan el **Tribunal de Cristo**, corresponde exclusivamente a la única y verdadera **iglesia**, el **cuerpo de Cristo**, formado por todos los creyentes que a lo largo de la historia han nacido de nuevo (1 Cor. 10:16-17; 12:27; Ef. 1:22-23).

La cuestión que se debatirá en este juicio *no es* nuestra *salvación*, pues esta ya la recibimos cuando aceptamos a Cristo como nuestro único Salvador personal (Hch. 4:12), sino la *calidad de nuestro servicio*, nuestra *obediencia* al Señor y nuestra *obra cristiana*. Todo lo inservible será quemado, por cuanto no es fruto de nuestra nueva vida en Cristo, y no tiene valor alguno en los propósitos eternos de Dios. Pero todo cuanto sea considerado bueno por el Señor (como lo fue, por ejemplo, la obra de la creación, como vemos en Gén. 1:10, 12, 18, 21, 25 y 31), no sólo recibirá un cálido elogio sino que quedará sometido al incomprensible efecto multiplicador de su gracia, recibiendo recompensas y galardones más allá de toda comprensión humana.

El objetivo final de este juicio es para determinar el alcance de las bendiciones y responsabilidades que afectarán a todos los que ha redimido por Su sangre. Pero también es una advertencia muy solemne respecto de cómo obedecemos ahora al Señor y cómo vivimos nuestra vida cristiana. Todo lo que no glorifica al Señor, le entristece y queda sometido a su acción disciplinaria. Tristemente, los creyentes olvidamos con frecuencia que somos llamados a glorificarle, y que la despreocupación, el descuido y la negligencia en nuestra vida cristiana no van a ser «pasados por alto» en ninguna manera por Dios, quien no mirará para otro lado sino que lo hará fijamente a nuestros ojos, y Dios, como bien sabemos, es fuego consumidor (Hebr. 12:29).

Por ello, es sumamente apremiante para nosotros, y para vivir la vida que a Dios le agrada, asimilar en profundidad las serias consecuencias de nuestra futura comparecencia ante el Tribunal de Cristo (1 Jn. 2:28).

Es interesante fijarnos un momento en el significado de la palabra **tribunal** (gr. **bema**) en estos pasajes. En los juegos griegos de Atenas, la vieja arena contenía una *plataforma elevada*, una especie de tribuna o palco, sobre la cual se sentaba el *presidente* o juez de la arena. Desde allí se *recompensaba* a todos los contendientes, en especial los ganadores. Por ello se la conocía como el «*béma* o *tribuna de las recompensas*». Esta *plataforma* nunca se usaba como **asiento judicial**. El **béma de Cristo** apunta a las ideas de *prominencia, dignidad, autoridad, honor y recompensa*, pero **nunca** a los conceptos de *justicia y juicio*. En la Roma imperial, el César se colocaba en un Tribunal para premiar a los héroes que contribuyeron a la victoria en una batalla. Los aspirantes a maestros en nuestra escuela pública han de comparecer frente a un Tribunal de oposiciones para ganar un puesto de trabajo; y si no se acreditan méritos suficientes, el candidato es rechazado por el tribunal examinador. El **Tribunal de Cristo**, el juez *omnipresente* y *omnividente*, hará palidecer cualquier semejanza con otros tribunales humanos.

Por ello, la **doctrina del Tribunal de Cristo** se conoce también como *la doctrina de las recompensas*. El hecho de que compareceremos ante Cristo para ser revisada toda nuestra vida es motivo más que suficiente para pararse a reflexionar y estudiar el tema con sumo cuidado. En otras palabras, *nuestra vida aquí afectará nuestra vida allá para siempre*. Pensemos en ello antes de que sea demasiado tarde.

Pensemos en el momento en que *contemplaremos el rostro de Cristo*, sentado en su **Trono de juicio**. Cara a cara, de alguna forma que nos sorprenderá, *nuestra vida pasará nítidamente ante los dos* como una película a cámara rápida, con todo detalle, incluso nuestros *pensamientos y motivaciones más secretos*. No podremos *escondernos* de ninguna forma. No tendremos oportunidad de *rectificar* o *mejorar* lo que hicimos. Ello ocurrirá *sin abogados* que presenten *argumentos legales* a nuestro favor. La **mirada de Cristo** estará expresando todo su parecer sobre el valor de nuestra vida.

Esta situación la viviremos **individualmente** cada uno de nosotros. No sirve de nada engañarnos pensando que llevará *demasiado tiempo* revisar tantas vidas una por una. El **tiempo** en el *mundo espiritual* no funciona con los mismos relojes y cronómetros que en el mundo material. «*Porque es necesario que todos comparezcamos ante el Tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*» (2 Cor. 5:10).

Dios nos da la **vida eterna**, pero en su gracia, y aún sin ser conscientes de ello, Él nos ha dado también **la fe** mediante la que *creemos en Cristo*. Y por nuestros *servicios posteriores*, Él nos dará **galardones o privilegios eternos**. Por supuesto que *no merecemos ninguno de estos regalos*. Pero, sorprendentemente, somos los hijos de un **Padre amoroso** que es más *compasivo* y *benévolo* de lo que pudiéramos esperar. Su gozo es **impartir amor** a los que *no lo merecen*. Por ello corremos el gran riesgo de **infravalorar** el *valor de estas recompensas eternas*, y nos causamos un daño irreparable tratando de obtener grandes recompensas y reconocimiento **aquí y ahora mismo**. Podemos ufanarnos de que sólo aspiramos a una pequeña «casita» en el cielo, pero realmente ambicionamos obtener una mucho más grande y lujosa aquí en la tierra. Jesús les dijo a los fariseos que sus oraciones pomposas a la vista de todos serían *su única recompensa*.

No es *algo inapropiado* o  *censurable* *desear las recompensas* que nos promete el Señor. Lo **inadecuado** es *desear las recompensas por ellas mismas*, cuando lo que deberíamos buscar es la **aprobación que Cristo nos otorgue**.

Hemos mencionado **dos juicios** definitivos: el de aquellos que comparecen ante el **Tribunal de Cristo**, y el de aquellos que comparecerán ante el **gran Trono Blanco**. Deberemos comparecer ante uno o ante otro. No hay terceras vías, y no habrá dispensas, prórrogas a filas o cualquier otro tipo de excepción especial. No podemos *escondernos*, porque **Dios nos encontrará**. No podremos fingir y *aparentar ser lo que no somos* porque Dios ve los rincones más ocultos del corazón. No podremos excusarnos, porque Dios nos conoce. Por ello debemos preocuparnos por saber:

## CÓMO SEREMOS JUZGADOS

### 1.- Seremos juzgados con justicia.

Debido a que seremos juzgados por **Aquel que nos ama** sabemos que nuestro juicio estará acompañado de **misericordia**. Estaremos frente a un juez que desea nuestro bien, no ante uno que siente animadversión y se halla predispuesto contra nosotros. El Cristo del Tribunal es el que *estuvo en la cruz por nosotros*. Él es también nuestro **hermano**. Nos ha invitado a *unirnos a su familia* para tener el **mismo Padre**. Este es por tanto un **asunto de familia**.

Pero aún así el juicio *puede ser severo*. En el versículo siguiente, Pablo agrega: «*conociendo, pues, el temor de Dios, persuadimos a los hombres*» (2 Cor. 5:11). Fijémonos en esta relación que establece entre el «temor» (o terror) de Dios y el Tribunal de Cristo. Esta experiencia no será un «café para todos»; podrá muy bien ser una *experiencia estremecedora* para muchos creyentes. Las **advertencias** de Cristo a la Iglesia son, en ocasiones, *intensamente severas*. A la iglesia de Éfeso la amonestó con estas palabras: «*recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido*» (Ap. 2:5). Él no hará la vista gorda a nuestra desobediencia. **Arrepentirse** no es un mero *sentimiento*, un *propósito bienintencionado* de «no querer hacerlo más». Implica *reconocer* con franqueza **dónde hemos caído**, y también **reparar el mal** haciendo el bien que no hemos hecho. «Obras son amores, no buenas razones», dice el refrán. Pero debe consolarnos saber que nuestro Salvador y Hermano mayor nos aplicará **sólo lo que es justo y correcto**. Él no tiene dos varas de medir, ni tiene favoritos o privilegiados, y no se desviará ni a la derecha ni a la izquierda cuando tenga que hacer un análisis metódico de nuestra vida. Por ello es tan pertinente la advertencia de Pablo: «*Si, pues, nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; pero siendo juzgados, somos castigados por el Señor para que no seamos condenados por el mundo*» (1ª Cor. 11:31). Si no nos juzgamos nosotros, lo hará el Señor. Y si no nos castiga totalmente en esos momentos, sin duda lo hará al presentarnos ante su Tribunal.

Pero esto resulta **alentador** para quienes han vivido una vida desastrosa *antes de su conversión*. De lo que tendremos que responder es de cómo hemos actuado **como hijos de Dios**. No seremos juzgados por lo que hicimos a partir del *primer nacimiento*, sino de lo que hicimos (o no hicimos) a partir del *nuevo nacimiento*.

### 2.- Seremos juzgados por completo.

El verbo «compareceremos» significa literalmente «seremos **manifestados**». La idea es «volver del revés» el calcetín de nuestra personalidad, desechando la apariencia externa y revelando abiertamente toda la realidad interior de nuestro carácter. Todos seremos juzgados «*según lo que hayamos hecho mientras estábamos en el cuerpo, sea bueno o sea malo*» (2 Cor. 5:10). Todo lo **bueno** será cariñosamente recordado, y lo «**malo**», lo que carece de valor, irá restando brillo a lo que se evalúe como «bueno». Es interesante notar que, mientras el Señor nos insta continuamente a ser sabios y juiciosos, nos previene de juzgar a nuestros propios hermanos, más allá de lo que sea prudente en unas sanas relaciones fraternales: «*así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios*» (1 Cor. 4:5). La murmuración, las insinuaciones, los chismorreos, la difamación velada, y otras formas de **enjuiciamiento pecaminoso**, que a veces ejercemos con tanta ligereza, son pecados especialmente graves porque usurpan una prerrogativa que pertenece al Señor, y además con intenciones oscuras y malignas. Sólo el juicio del Señor es ecuánime y equilibrado, ponderando sin parcialidad lo que esconde cada corazón, sea bueno o sea malo.

Hay muchas cuestiones que producen enfrentamientos, amarguras y divisiones. Algunas veces pueden llegar a arreglarse si todas las partes implicadas actúan con humildad y arrepentimiento sincero por las ofensas mutuas, pero *no siempre* se van a solucionar todas las rencillas. Muchas disputas y cuestiones amargas deberán esperar su resolución hasta ser presentadas ante el Tribunal de Cristo. En el mejor de los casos podemos alcanzar a valorar el **comportamiento** de una persona pero no podemos juzgar sus **motivos**. Sólo el Señor conoce toda la «información» que almacena el «internet» de nuestras vidas. Él conoce todo lo que hemos

**hecho**, lo que hemos *dicho* y también lo que hemos *pensado*. Sea mucho o sea poco lo que Él nos muestre, nunca le podremos discutir *los hechos*. Su conocimiento es perfecto.

Hay algo importante que debemos apreciar: la diferencia entre **pecados confesados** y pecados **ocultos**. Pablo nos enseña que «*si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos no seríamos juzgados*» (1 Cor. 11:31). Los **pecados sin confesar**, los que hemos disculpado o tratado de *justificar* con cualquier tipo de excusas, son los que jugarán un papel más destacado en la revelación y el juicio.

Si todo esto produce angustia y zozobra, hemos de pensar también que habrán cuestiones reconfortantes. A veces somos criticados injusta o maliciosamente, ya sea por situaciones o motivos mal interpretados y no pocas veces por mentiras y calumnias. Al igual que **Job**, también nosotros *seremos vindicados* en el Tribunal de Cristo. Si necesitamos reivindicación, la tendremos merecidamente. Si necesitamos que nos muestren que *estábamos equivocados*, también se nos pondrán de manifiesto nuestros **errores**. Nadie podrá discutir o poner en duda el veredicto final. **Ninguno de nosotros estaremos en desacuerdo con Cristo**, no por temor de discrepar de Él, sino porque no tendremos razón para ello. Cualquier pregunta que formulemos será respondida y sabremos que el veredicto será absolutamente correcto.

### 3.- Seremos juzgados imparcialmente.

Cuando Pablo señala los principios por los que Dios nos juzgará señala claramente que «*no hay acepción de personas para con Dios*» (Rom. 2:11). Jesucristo es la **Verdad**, y su juicio es **conforme a la verdad**.

Los *ricos* no tendrán ventajas especiales ni podrán contratar los mejores abogados. Ni siquiera recibirán un trato preferente los *obreros*, *misioneros*, los *pastores*, o los *ancianos*, ni *nadie* que haya ofrecido su vida para servir a Cristo, muchas veces a costa de un gran sacrificio personal. Podrán recibir, si cabe, un **mayor galardón** por su entrega, pero **serán juzgados por las mismas normas de fidelidad** que cualquier otro hermano. En realidad, los que enseñan la Palabra de Dios recibirán «*mayor condenación*» (Santiago 3:1), si no cumplen satisfactoriamente su labor, porque les fue dada *mayor responsabilidad*.

En la presencia de Cristo todo lo *exterior* de nuestras personas se desvanecerá para centrar toda la luz de la investigación en el carácter **interno**. Carecerá de relevancia el color de la piel, el saldo de nuestras libretas de ahorro, la popularidad, el país de nacimiento, los títulos académicos, las estadísticas de servicios prestados o los papeles de los emigrantes. El Juez sólo determinará **qué** es lo que realmente hicimos con lo que Él nos dio, y **cómo** lo hicimos.

### 4.- Seremos juzgados individualmente.

«*Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el Tribunal de Cristo... De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí*» (Rom. 14:10-12). No tendremos que hablar en nombre de nadie, ni nadie será nuestro mandatario para representarnos. Por lo tanto, dejemos de criticarnos unos a otros, dejemos de murmurar maliciosamente con ligereza sin apreciar nunca, y eso es bien curioso, todas esas extrañas vigas que asoman en nuestros ojos, porque delante del Maestro cada uno rendirá cuentas de su propia vida.

¿Será el juicio *privado* o *público*? Hay serias razones para pensar que será **público**. Nuestras *ofensas* necesitan ser expuestas *delante de aquellos que hemos lastimado*; y también necesitaremos ser *vindicados* cuando hemos sido humillados y hemos sufrido injustamente. El Señor mismo ilustra esa realidad en sus parábolas. «*Y dijo a los que estaban presentes: quitadle la mina y dadle al que tiene diez minas*» (Lc. 19:24). En muchos casos puede resultar aterrador, pero debemos considerar que *nadie estará en posición de jactarse*. Y a pesar de todos los *reproches* que se nos harán sabemos también que *recibiremos aprobación* por las acciones buenas que parecen olvidadas para siempre. La *memoria humana es ingrata y olvidadiza* pero nuestro Señor está deseando revelar todas las cosas **buenas** de nuestras vidas.

No debe preocuparnos o inquietarnos el **tiempo que consumirá** juzgar a tantos millones de cristianos. Estaremos en una **dimensión espiritual** y el **tiempo** no se mide por los parámetros de la experiencia terrenal. Para Dios no hay pasado ni futuro. Toda la realidad que nosotros llamamos «tiempo» es un *presente continuo*.

### 5.- Seremos juzgados compasivamente.

Este es el aspecto más *reconfortante* frente a toda esta temible expectación de afrontar el juicio de nuestras vidas cristianas. Pero el **propósito** del Tribunal de Cristo no es *que lo hagamos mejor la próxima vez*, pues *no habrá próxima vez*. El verdadero propósito del juicio es **evaluarnos** de la manera adecuada, darnos la puntuación definitiva para las **responsabilidades** que se nos asignarán en el Reino.

Cristo **no estará enojado o airado** con nosotros, pero sí *desilusionado*. Después que el juicio haya concluido y comience la eternidad, *no habrá opción* para alcanzar *nuevos privilegios*.

Aquellos pecados que hayamos juzgado por medio del *arrepentimiento personal* no serán sacados a la luz, excepto en la medida que afecten a la **pérdida de recompensas**. Pero aquellos otros pecados que **toleramos**, las *cuestiones sin resolver* entre nosotros y Dios, *entre nosotros y nuestros hermanos*, serán materia *específica* y *primordial* de revisión y juicio. Pero aún así, aunque buena parte de nuestra obra se queme, «*cada uno recibirá su alabanza de Dios*» (1 Cor. 4:5).

## 6.- Necesitamos vivir nuestra vida bajo la expectativa del juicio.

Podemos resumir todo lo dicho en **tres lecciones** de vital importancia:

- a) ***Esta vida es nuestro entrenamiento para la vida venidera***. Nuestra meta no es disfrutar al máximo y pasarlo lo mejor posible. Dios quiere llevarnos a la **madurez** en la *fidelidad* y el *servicio*, para que le honremos aquí en la tierra y seamos la «ayuda idónea» de Cristo en el cielo.
- b) ***Cada día que vivimos es evaluable como una ganancia o una pérdida neta*** en lo que respecta al futuro juicio. La manera en que vivimos hoy repercutirá en las palabras que escucharemos de Cristo mañana.
- c) ***Las recompensas no se basan en estadísticas*** de resultados o de ministerios. Muchos obreros que han trabajado muy duramente no pueden enorgullecerse de muchas conversiones masivas, y han tenido que vivir con grandes dificultades, privaciones y sacrificios personales. La recompensa de estas vidas no se evaluará por estadísticas de convertidos, de campañas de evangelización o de sermones predicados. Ni tampoco por los años de vida cristiana que tenga nuestro currículum. Un pobre recién convertido puede recibir la más cálida aprobación de Cristo. Seremos juzgados sobre la **base objetiva de nuestra lealtad a Cristo con el tiempo**, los **talentos recibidos** y todos los **recursos y oportunidades** que tuvimos a nuestra disposición. Cualquier creyente tendrá la potencialidad de ser recompensado muy generosamente. Aquellos que viven **egoístamente**, sin *preocuparse de sus responsabilidades* y *no les importa gran cosa agradecer o desagradar al Señor*, «*en su Venida se alejarán de Él avergonzados*» (1 Jn. 2:28).



## LA SEGURIDAD DEL CREYENTE.

La trascendencia que tiene para el creyente su comparecencia ante el Tribunal de Cristo no debe hacernos olvidar los aspectos relacionados con la **seguridad** del creyente, basada en los *propósitos* y las *promesas* firmes de Dios, por lo que ambos aspectos se deben equilibrar y complementar.

Cuando el Señor recoja a la Iglesia en el momento del arrebatamiento, no será para llevarla a condenación. Como declara **Judas 24**, nos «*presentará delante de Su gloria con gran alegría*». ¡Con qué abundante **alegría** Él nos presentará ante Su Padre y el Padre de todos nosotros! ¡Con qué **gozo** Dios mismo contemplará el *fruto completo* de Sus omniscientes consejos, cuando los redimidos que Él escogió antes de la fundación del mundo hayan sido todos ellos *conformados a la imagen perfecta de Su Hijo*, para que Él sea el **Primogénito** entre muchos hermanos (**Rom. 8:29**)!

Desde entonces los santos habitarán en la Casa del Padre, hasta que llegue el glorioso momento de la *manifestación de Su Venida* con sus santos en gloria.

En este período comprendido entre el arrebatamiento y la Segunda Venida tiene que ocurrir, por tanto, nuestra comparecencia ante el Tribunal de Cristo. Hay una significativa prueba de ello en **Ap. 19:6-8**, cuando una poderosa voz angélica proclama: «*¡Aleluya!, porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina. Gocémos y démosle gloria, porque han llegado las Bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente (pues el lino fino significa las acciones justas de los santos)*». Notemos el énfasis de esta última declaración: los santos se contemplan revestidos de **sus propias justicias** (no sólo de la justicia del Señor), es decir, del *fruto de su caminar servicial y obediente, producido por el Espíritu Santo*, pero contemplado como un **mérito propio** por la inconmensurable gracia de Dios, y ello es debido a que en el Tribunal de Cristo se trataron *todas aquellas cosas que hicieron cuando estaban en el cuerpo* terrenal. Ese atavío de *justicias propias*, el **lino fino y brillante** que ahora resplandece en ello, es el resultado de una resolución judicial. Ambas cosas, la comparecencia ante el Tribunal de Cristo y

las vestiduras de lino resplandeciente que les son otorgadas a los santos, tienen que ser imperativamente **pre-*vias*** al magno acontecimiento de las **Bodas del Cordero**. Si no tuviéramos toda esta información, podríamos creer que el Tribunal de Cristo podría suceder **después** de su Segunda Venida, pero no es así y percibimos que hay gracia divina en este intervalo entre arrebatamiento y Segunda Venida, pues los santos se hallan ahora en la Casa del Padre permitiéndoseles **acomodarse y familiarizarse** con las realidades de la gloria perfecta, mientras ocurren los preparativos propios de la inminente celebración de las Bodas.

Notemos ahora dos hechos fundamentales:

- 1) El creyente **nunca será sometido a juicio por sus pecados**.

En el pasaje estudiado no hay pecados sino cosas hechas en el cuerpo. Suponer que pudiera volverse a replantear la causa judicial de **nuestros pecados** sería desfigurar por completo la gracia y la obra de la Redención. Más bien, como se nos dice: «*con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*» (Heb. 10:14), y también: «*El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida*» (Jn. 5:24). Por tanto, la cuestión del **pecado** quedó solucionada y resuelta para siempre en la Cruz. Cada creyente se encuentra ahora *ante Dios* en toda la permanente eficacia del **sacrificio** ofrecido por el Hijo amado, y **nunca más serán recordados** sus **pecados e iniquidades** (Heb. 10:17). El creyente en Cristo ha sido librado completamente de **todo juicio** (Rom. 8:1; 1 Jn. 4:17).

2) La realidad de esta certeza se puede contemplar en el hecho de que **todos los creyentes**, resucitados o transformados en vida en el momento del arrebatamiento, ya poseerán **cuerpos glorificados**, porque el arrebatamiento precede al juicio. Esto es para nosotros una **consolación inmensa**, porque al **ser ya como Cristo** tendremos **plena comunión con Él** en **cada juicio** que se pronuncie sobre **nuestras obras**, y por ello también **nos gozaremos** en la **denuncia y rechazo** de todo aquello que durante nuestras vidas terrenales procedió de la carne y no del Espíritu Santo.

Muchas veces nos planteamos con preocupación **si no temblaremos avergonzados** cuando todas nuestras intimidades sean *públicamente manifestadas en su verdadero carácter*. Esto es debido a que por la fe, *nuestra conciencia está en la luz* cuando se encuentra ahora ante la *presencia de Dios*. Pero en aquellos momentos futuros **seremos ya según la perfección de la luz**, y nuestro corazón podrá **amar perfectamente** todo lo que el Señor ama cuando vayan a ser juzgados nuestros caminos conforme a esta luz. No habrá ya en nosotros *ningún resto de la naturaleza malvada* que poseemos ahora, que tantas veces nos lleva a tropezar en nuestra debilidad. Entonces podremos mirar hacia atrás a lo largo de todo el camino en que el Señor nos ha guiado por su gracia ayudándonos, cuidándonos y levantándonos cuantas veces hemos caído, sin apartar por ello Sus ojos de los justos.

Ya no habré de temer ser juzgado por nada. Cristo lo ha quitado todo y cuando escuche el dictamen judicial ya seré como Cristo en la perfección de Su gloria.

Notemos de nuevo que no somos nosotros mismos quien hemos de ser juzgados, ni nuestros pecados volverán a levantarse contra nosotros, sino como dice la Escritura: «*es necesario que todos nosotros comparezcamos*», o de forma más literal, seamos **manifestados**, «*para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*». El **cuerpo** del creyente *pertenece al Señor*, es un *miembro de Cristo* y es *templo del Espíritu Santo* (1 Cor. 6:15-19), por lo cual debe ser usado en Su servicio para testimonio y manifestación pública del mismo Cristo (Rom. 12:1; 2 Cor. 4:10). De ahí que la ferviente esperanza del apóstol Pablo era que Cristo fuese magnificado en su cuerpo, fuese por vida o por muerte (Flp. 1:20). Es debido a esto que somos responsables de lo que hayamos hecho en nuestro cuerpo, razón por la que estaremos ante el Tribunal de Cristo. Se observará todo **lo bueno**, y será *declarado como tal*, e igual que fue declarada buena la obra de la **primera creación**, también lo será la de la **nueva creación**. Pero las **malas obras**, por buenas que aparentasen ser, con todas nuestras falsas justificaciones y excusas, también serán **contempladas y reconocidas en su propio carácter**, como pertenecientes exclusivamente a nosotros, y recibirán *su justa retribución y condena*. Se acabará el **tiempo de ocultación** porque todo será examinado y puesto a prueba por el **fulgor de la luz de la santidad**. Esto no debería nunca ser así, y de ahí la apremiante exhortación apostólica: «*por tanto, ausentes o presentes, procuremos también serle agradables (o aceptables)*. Porque es necesario que todos comparezcamos...» (2 Cor. 5:8-10).



Notemos que la palabra **malo**, aquí, *no es la palabra griega habitual* para este término (**kakos**, como en “cacofonía”, o **ponerás**), sino **phaulos**. Las palabras anteriores señalan aquello que es *ética o moralmente malo*, pero la que usa Pablo alude no a una expresión activa o pasiva de malignidad, sino más bien de **inutilidad**, la **imposibilidad de haber obtenido con ello una verdadera ganancia**. El juicio de Cristo no determina lo que es *éticamente malo* sino lo que resulta **inaceptable, inservible o inútil**, lo cual será totalmente **reprobado y eliminado**, por ello las consecuencias *no son el castigo punitivo* sino la **recompensa** por las todas cosas verdaderamente **buenas** que hayamos hecho en nombre del Señor.

Todo lo que hagamos debería buscar siempre la aprobación de Cristo. Recordemos en todo momento que **Satanás es muy sutil**, y que sabe poner siempre la carnaza adecuada en sus anzuelos, tentándonos a buscar **agradar a los hombres**. Sólo cuando recordamos que *seremos manifestados a plena luz* en el Tribunal de Cristo, podremos resistir sus seducciones.

Este pensamiento perseverante en nuestra futura comparecencia y manifestación nos ayudará a ser pacientes cuando nos encontremos bajo el peso insoportable de la **incomprensión**, del **error** o del **mal**. Pablo afirmaba que *«aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios»* (1 Cor. 4:3-5). Si tuviéramos siempre en mente esos pensamientos, su influencia sería inconmensurable porque ejercitaría nuestras conciencias incluso en nuestras acciones más insignificantes, manteniendo siempre a nuestra vista la santidad del Señor a quien servimos, y nos ayudaría a no estar tan pendientes de los fallos de nuestros hermanos, al recordar las palabras del apóstol: *«¿Tú quién eres que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie o cae»* (Rom. 14:4).

Habrà una **recompensa** otorgada por **toda buena obra** que demuestre ser **indestructible por la prueba del fuego** (1 Cor. 3:13). En el N.T. hay cinco aspectos específicos que son galardonados con **recompensas** o **coronas** (gr. **stéphanos**) específicas. Stéphanos no es lo que entendemos por una corona real o imperial; en el N.T. es siempre la corona del **conquistador**, *no la del rey*. La **única** ocasión que se le atribuye un concepto de “corona real” fue en alusión a la **corona de espinas**. El verdadero Rey llevó esa amarga corona por todos nosotros. Aunque nosotros reinaremos con Él, sólo Él es el único y digno poseedor de la **corona real**.

Estos son los **stéphanos** que nos va a conceder el Señor:

- Una **corona incorruptible**, para quienes obtengan *dominio* sobre el **viejo hombre** (1 Cor. 9:25).
- Una **corona de gozo**, para los **ganadores de almas** (1 Tes. 2:19).
- Una **corona de vida**, para aquellos que *resistan las pruebas* (Stg. 1:12).
- Una **corona de justicia**, para los que *aman Su Venida* (2 Tim. 4:8).
- Una **corona de gloria**, para los que muestren *disposición de apacentar la grey de Dios* (1 P. 5:4).

En Ap. 4:10 vemos a los ancianos **arrojando sus coronas** delante del Trono en un acto de **adoración**, por lo que vemos que tales coronas **no serán para gloria eterna del receptor**, sino **para la gloria del Dador**. Si no van a ser una posesión permanente, ¿cuál será entonces la verdadera naturaleza de las **recompensas**? El creyente fue redimido para poder **dar gloria a Dios** (1 Cor. 6:20); este es nuestro **destino eterno**. Al desprendernos de estos stéphanos, no habrá terminado con ello nuestro destino de glorificar a Dios. Por cuanto las recompensas se asocian con el **brillo, resplandor y luminosidad** (Dn. 12:3; Mt. 13:43; 1 Cor. 15:40-41, 49), es probable que la genuina **recompensa** sea la **capacidad para manifestar la gloria de Cristo por toda la eternidad**. A mayor recompensa, mayor capacidad para dar gloria a Dios. De esta manera, en el ejercicio de la recompensa del creyente, **Cristo será el glorificado**, y no el creyente por la recompensa que se le otorgue. Las capacidades para irradiar gloria variarán, pero **no habrá un sentimiento personal de frustración o incapacidad**, ya que cada creyente será llenado hasta el límite de su capacidad para *«anunciar las virtudes de Aquel que lo llamó de las tinieblas a Su luz admirable»* (1 P. 2:9).



## LAS BODAS DEL CORDERO. Ap. 19:6-9. Francesc Closa<sup>1</sup>.

Poco después del **Tribunal de Cristo** y antes de **Su Venida** en gran gloria *con sus santos*, ocurre en el cielo un acontecimiento de extraordinaria importancia:

«Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestros Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios». Ap. 19:7-9.

En el cielo vemos ahora una gran actividad. Después del **Tribunal de Cristo**, la **Iglesia** es presentada como una dádiva del Padre al Hijo. Y posteriormente se celebra la fastuosa ceremonia de las **Bodas del Cordero**. Por la estructura de la revelación que nos ha sido dada, sabemos que estos acontecimientos han de ocurrir necesariamente en este intervalo, estableciendo marcadas diferencias en los sucesos que delimitan el mismo: el **traslado** de la **Iglesia** y la **Venida del Señor**. También sabemos, por el contexto inmediato que la tierra ha sido ya juzgada, momento en que el cielo exclama en aleluyas porque el Señor Dios Todopoderoso reina y su reino va a establecerse definitivamente en la tierra.



Pero antes de introducirnos en esta largamente esperada unión, debemos prepararnos espiritualmente para esta ocasión, deteniéndonos en el contexto precedente del relato del Apocalipsis, en uno de los momentos de alabanza más espléndidos de la revelación juanina: «Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestros Dios Todopoderoso reina!». Ap. 19:6.

Juan emplea varios símiles en este pasaje para describir la majestuosa escena, y para ello repite el término comparativo «*como*». Esta es la cuarta vez que Dios es alabado con un gran «¡Aleluya!» en todo este contexto previo a las bodas. No es fácil identificar el origen de esta alabanza. La gran multitud del ver. 6 debe ser la misma que contemplamos en el ver. 1, que muestra los ejércitos angélicos. Esa multitud hace también un llamado a regocijarse y a dar gloria por la llegada de «*las bodas del Cordero*» y porque «*su esposa se ha preparado*».

Aquí Juan desea destacar la potencia del sonido que llegó a sus oídos: «*oí como la voz de una gran multitud*». Oyó la expresión de una inmensa coral oyéndose como si fuera una sola voz; aunque parecía «*el estruendo de muchas aguas*», como una celestial catarata del Niágara, el mismo estruendo que oye también en 1:15 y 14:2. Pero no termina aún la potente sonoridad: «*como la voz de grandes truenos*». El estampido sugiere fortaleza y una llamada de atención que precede repetidamente a una decisiva *intervención angelical* (ver 6:1; 10:1-4; 14:2).

Este coro de ángeles eleva de repente un poderoso y atronador «¡Aleluya!», es decir: «¡Alabad a Yahweh!». Esta expresión es la clave culminante en los llamados **Salmos de Hallel** (113 – 118). También es el comienzo de los salmos 106, 111, 113, 116 y 135. Es el comienzo y la conclusión de los **Salmos de Aleluya**, el glorioso epílogo del Libro de Alabanzas de Israel (146-150). Cada uno de estos salmos comienza y termina con un sonoro «¡Aleluya!». Sólo en este bloque de cinco salmos se oye **22 veces** la expresión «¡Alabad a Yahweh!», tantas como *letras tiene el alfabeto hebreo*. Es

<sup>1</sup> Estudios impartidos en la Iglesia del Paral·lel durante el primer semestre de 2013.



también extraordinario notar que la primera mención de **alabar a Yahweh** en los Salmos ocurre en el salmo **22:22**. El Señor es el *alfa* y la *omega* de la **alabanza**.

En el presente contexto se usa como una expresión de suprema alabanza, un himno triunfal celebrando la **destrucción de Babilonia**, la gran ramera que ha corrompido a toda la tierra. A consecuencia de ello se glorifica a Dios por el siguiente paso que será la **inauguración del Reino de Dios** en la tierra. La estatua de Daniel ha sido golpeada bruscamente en sus pies y se ha derrumbado por completo. El monopolio de los **gentiles** que ha dominado tanto tiempo la tierra en oposición al Reino de Dios, ha sido quebrantado por completo y va a ser sustituido por el **reinado único de Cristo**, en la mayor época de esplendor jamás vista en nuestro planeta.

En esta expresión Dios es designado literalmente como «**nuestro Señor Dios Todopoderoso**». El sustantivo **Señor** (kyrios) equivale a **Yahweh**, el Autosuficiente Dios quien es fiel a todas sus promesas. Ni una de ellas va a quedar sin cumplimiento literal. En el A.T. todas las manifestaciones perceptibles de Yahweh son manifestaciones del Hijo preencarnado, el cual es la Revelación de Dios al hombre. **Todopoderoso** (pantokrátor) destaca la soberanía de Dios en el universo y su control absoluto de todas las cosas (ver **1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 21:22**). La acción verbal «reina» tiene aquí una función profética, dando por sentado anticipadamente que nuestro Señor, el Dios Todopoderoso, *ha comenzado a reinar ya* en la tierra, aunque el reino no ha sido aún plenamente establecido. Ello espera el regreso de Cristo, el encadenamiento de Satanás y la instauración del Reino mesiánico, para lo cual todos los adversarios humanos y satánicos han de ser destruidos y quitados de en medio. Con anterioridad, en **11:15-17**, se ha hecho también el anuncio anticipatorio de que **todos los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo**.

Dios es glorificado por los **ancianos** delante del Trono, quienes claman: «*Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que ha de venir, porque has tomado tu gran poder y has comenzado a reinar*». Es oportuno recordar aquí que el **reinado del Mesías** no termina con el milenio, sino que *continúa por toda la eternidad*. Lo que sí termina es la **historia de nuestra tierra**, sujeta a la maldición de la corrupción y del pecado, que ha de ser incinerada y creada de nuevo en una perfección de gloria absoluta porque ella, la **nueva tierra**, va a ser **la morada permanente de Dios**.

**19:7**: «**Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado**». Los verbos **gocémonos** y **alegrémonos** están en forma exhortativa e imperativa. Ambos verbos sólo aparecen juntos

en otro pasaje del N.T. (**Mat. 5:2**), donde la causa del gozo es la grandeza del galardón celestial que espera a quienes fueron perseguidos y humillados por causa de Cristo. También hay un llamado a **darle gloria** por su gran obra de la redención, cuyo plan eterno está a punto de consumarse. Dar **gloria** a Dios es uno de los grandes temas tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. La **gloria de Dios** es la razón más profunda que impulsa los propósitos y programas que Dios ejecuta en las diferentes dispensaciones. En Apocalipsis, el sustantivo **gloria** (gr. *doxa*) y el verbo **glorificar** se usan unas 17 veces. Glorificar a Dios es considerada la *más alta responsabilidad del hombre* (**Mat. 5:16; Rom. 1:21; 1 Cor. 6:20; 10:31**). La gloria de Dios tiene que ver con la *manifestación de sus atributos*: «*los cielos narran la gloria de Dios*» (**Sal. 19:1**), y el **Señor Jesucristo** mismo es el fulgor irresistible de su gloria (**Heb. 1:3**). Dar **gloria de Dios** es, pues, la *meta final del universo y de la historia*. Vine, erudito en el griego bíblico, hace una brillante y pertinente reflexión sobre los **atributos de Dios** manifestados en su soberanía profética: «Es difícil, más bien imposible, para nosotros conocer el **ejercicio pleno** y sin embargo **armonioso de todos los atributos de Dios**. Para nosotros parece que hay algún antagonismo necesario entre la omnisciencia, que debe saber el fin desde el principio, así también todos los pasos del camino de aquí hasta allá, y la dependencia de cualquier acción de Dios en cuanto al curso y conducta de los hombres. Así que también debemos preguntar cómo es posible que se resista a Dios si es



omnipotente. Debemos recordar las limitaciones inevitables de nuestro ser para poder captar lo que es ser Dios. Dios es omnisciente y omnipotente; no podemos concebirle como algo menos. Pero Dios también es una persona viva y libre, y es prerrogativa de todas las personas vivas y libres adaptarse a las condiciones cambiantes con las cuales tiene que lidiar. ¿Vamos a negarle a Él aquello que reivindicamos para nosotros mismos?».

Y ahora llega el *momento culminante* de la manifestación de la gloria de Dios: las **bodas del Cordero** con su amada Iglesia, purificada y resplandeciente, después de ser ataviada con vestiduras de blanca hermosura. Aún en la boda más humilde, todos se esfuerzan y contribuyen a la felicidad de los novios, mientras los rostros de los seres más queridos y cercanos están llenos de júbilo y felicidad. Esta es la *única boda que se celebra en el cielo* y la más espléndida que han contemplado jamás los seres humanos. Es imposible imaginar la **gloria sublime del Padre** entregando a su **Hijo amado** aquella ayuda idónea que tanto amó y por la que derramó su sangre.

¿Quién es la **esposa**? El N.T. no deja lugar a dudas en cuanto a que la esposa es la **Iglesia** (2 Cor. 11:2; Ef. 5:25-32; Ap. 19:19; 21:2; 22:17). La Iglesia es vista en 2 Cor. 11:2 como una **virgen pura desposada con Cristo**. Como esposa del Cordero, será presentada delante del esposo gloriosa, santa y sin mancha, para la celebración de las bodas del Cordero (Ef. 5:25-27). Es importante observar que también Israel es contemplada como la **esposa de Yahweh** en el A.T. (Os. 2:16; Is. 54:6; 62:25; Jer. 31:32; Ez. 16:7-14), aunque ella también es vista como la **esposa infiel** que vuelve con su marido (Jer. 3:14-20; Os. 14:1-9). Al final, en la **Nueva Jerusalén** vemos la presencia diferenciada de ambos grupos, lo que nos sugiere que la figura de la esposa podría ir incorporando gradualmente el incremento de los redimidos de Israel y de todas las edades, incluyendo también los santos del Milenio. No obstante, el corazón de Cristo y la referencia de Apocalipsis 19:7 señalan a la **iglesia glorificada** como la protagonista de la **boda celestial**. «*Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos*» (19:8). “Se le ha concedido” denota un acto sublime de la gracia de Dios. La **limpieza espiritual** es fruto de la **gracia de Dios**, tanto en la **salvación** como en todo el proceso de la **santificación**. Es por su gracia que ahora es revestida de lino purísimo, expresando la santidad que disfruta en su unión eterna con el Esposo. Si ahora recordamos el pasaje precedente que nos habla de la caída y destrucción de la **gran ramera**, notaremos el intenso contraste con el **color escarlata y oro** de aquella abominable mujer repleta de toda iniquidad e inmundicia espiritual. El **carácter santificado** es ahora la vestidura permanente que adorna a la Esposa de Cristo. Esta vestidura es similar en gloria a la de los siete ángeles portadores de las copas (15:6), y la de los ejércitos celestiales que acompañan a Cristo en su regreso triunfante (19:4). Pero se aclara, además que el «*lino fino*» es «*las acciones justas de los santos*». De alguna manera, la obediencia y servicio fiel de aquellos que perseveran hasta el fin, son los **bordados, adornos y calados** que embellecen este vestido divino. Esto no contradice el hecho de que el creyente será declarado justo **sólo por la fe en Cristo** (Rom. 5:1). Pero por un acto de la **gracia divina, estas obras justas de los santos** serán un adorno de **alabanza** para la **gloria perpetua de Dios**. Por supuesto, estos serán los materiales incombustibles que resistirán la prueba del fuego y serán galardonados en el **Tribunal de Cristo**.

«*Y [el ángel] me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la Cena de las Bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios*» (19:9).

El término «**bienaventurados**» (del griego makarios) aparece 7 veces en el Apocalipsis (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7 y 14). Es el mismo término que Jesús utilizó en Mat. 5:3-11. Su significado expresa plenitud de dicha y ventura, más allá de la felicidad. En este pasaje son bienaventurados «*quienes son llamados*», desde la misma esposa hasta los amigos íntimos del novio.

La presentación de la **novia**, con su hermosura inmaculada como la dádiva más preciosa que el **Padre** ofrece al **Hijo**, es el **momento del supremo gozo del Señor**, la culminación perfecta de Su obra redentora. «*Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho*» (Is. 53:11).

En muchos pasajes (Mat. 25:1-13; 22:1-14; o Lc. 12:35-41), el Señor regresa de un lugar lejano y es reconocido como el **Esposo**, lo cual indica, obviamente, que las bodas ya han tenido lugar.

También en otros pasajes del N.T., la **relación** entre **Cristo** y la **Iglesia** se expresa mediante el uso de figuras alusivas a la relación íntima entre **esposo y esposa** (**Jn. 3:29; Rom. 7:4; 2Cor. 11:2; Ef. 5:25-33; Ap. 19:7-8; 21:1 – 22:7**). En el arrebatamiento de la Iglesia, Cristo aparece como un esposo que viene a recoger a Su novia para Sí mismo, al objeto de que las promesas nupciales puedan consumarse y los dos lleguen a ser uno.

Obviamente, estas nupcias han de contraerse *en el cielo* ya que ningún otro lugar sería adecuado para *personas celestiales*. Cuando Cristo regrese visiblemente a la tierra, ambos cónyuges aparecerán desde el aire.

Las **bodas**, propiamente dichas, *involucran solamente a Cristo y la Iglesia*. Un estudio cuidadoso de pasajes como **Daniel 12:1-3** o **Isaías 26:19-21**, revela que la resurrección de Israel y de los santos del A.T. no tendrá lugar hasta la Venida de Cristo. Asimismo, **Apocalipsis 20:4-6** confirma que los santos de la Tribulación *no serán resucitados hasta que llegue este momento*. Evidentemente, no es posible eliminar estos grupos del lugar de los *observadores* en la fiesta de las bodas, pero no pueden estar en la posición de los *participantes* en el mismo acontecimiento. Como el texto griego no distingue entre la *cena de las bodas* y la *fiesta de las bodas*, usando la misma palabra para ambas, y dado que cena de las bodas se usa insistentemente con Israel, podemos concluir entonces que las **bodas** son, pues, una ceremonia solemne que envuelve a la **Iglesia** y por tanto tienen lugar en el **cielo**. Pero la *cena de las bodas* o la fiesta de las bodas envuelve a **Israel** y tiene lugar en la tierra durante el establecimiento del Reino milenario. En **Mat. 25:1-13; 22:1-14** o **Lc. 14:16-24**, vemos a Israel esperando el regreso del **esposo** y la **esposa**, momento feliz en que el Esposo presenta la esposa a sus amigos y comparte la fiesta con ellos.



En esta escena celestial contemplamos la **consumación de la Redención** con respecto a la Iglesia, quien es entregada a su Esposo, para consumir su unión eterna con Aquel que es el objeto de todas sus esperanzas y anhelos.

Hay diversos textos en las Escrituras que destacan que la **Iglesia** no sólo es el *cuerpo* sino también la **novia** de Cristo:

«*Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo*». (**2 Cor. 11:2**).

«*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*». (**Ef. 5:25-27**). Al exponer los deberes de los maridos para con sus esposas, Pablo utiliza el argumento de que **el matrimonio es un tipo de la unión de Cristo con la Iglesia**. Antes de la fundación del mundo, Dios ya tenía en mente esa perspectiva.

«*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*». (**Ef. 5:31-32**). Aquí el Espíritu de Dios nos traslada al momento de la formación de **Eva**, tomada de **Adán**, siendo presentada y unida a él, como una figura de la **presentación de la Iglesia a Cristo**, el **postrer Adán**, el tema aún futuro que ahora estamos considerando. Mientras que **Él** estuvo aquí en la tierra **como hombre**, anduvo y se mantuvo **solitario**, pero también **Él** **cayó en el sueño profundo de la muerte**, según el propósito divino, y como **fruto de su trabajo** labrando el **huerto de Dios**, mediante el descenso del **Espíritu Santo**, el mismo que se movía sobre la faz de las aguas, fue formada la Iglesia, que fue **extraída de Él** y se **unió a Él**, de tal manera que, usando las mismas palabras de Adán, Cristo exclamó: «**Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne**» (**Gén. 2:23**). Podría parecer que estamos llevando este argumento paulino demasiado lejos, pues no recordamos haber leído estas palabras en boca del Señor. Pero no tenemos que ir muy lejos para encontrarlas; pues

están en el mismo pasaje mencionado de Efesios (5:30): «*porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*».

Es importante percibir esta condición privilegiada que por la gracia infinita de Dios se concede a la iglesia. **Eva** no fue formada como Adán, ni creada como el resto del mundo animal, vegetal o inanimado, sino que «*Yahweh Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán*» (Gén. 2:21), prefigurando así la muerte de Cristo. «*Y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar, y de la costilla... hizo una mujer y la trajo al hombre*». Es evidente la clara analogía con la pasión del Señor, que culminó con la apertura de su costado, por cuya «herida» hemos sido sanados (1 P. 2:24), recibiendo la vida.

Y de este *costado abierto del Salvador*, Dios, por medio de Su Espíritu, está haciendo Su *iglesia, mujer del Cordero*. Después, Adán le dijo a su esposa con asombro: «*esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne*» (Gén. 2:23), señalando la unión misteriosa e indisoluble que existe entre ambos, pues «*serán una sola carne*» (Gén. 2:24). De esta manera Dios dio al hombre una ayuda idónea para él. El Señor Jesucristo habló de los suyos como «*los hombres que del mundo me diste*» (Jn. 17:6), y prometió venir otra vez para tomarlos a Sí mismo, para que donde Él estuviera, ellos también estén, sin separarse nunca más de Él (Jn. 14:3; 1 Tes. 4:17).

Pero hay algo más que nos expone el texto de Efesios: se nos dice que **Cristo amó** a la Iglesia y se dio a Sí mismo por ella. Su **amor** es la *fuerza de todo*, y también la razón que le impulsó a **entregarse a Sí mismo**, y al darse a Sí mismo **dio todo lo que el amor podía dar**. Y no sólo le dio vida, sino que también se dio a Sí mismo para **santificarla**, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por Su palabra, con lo que hizo una Iglesia *moralmente idónea para Él*, una iglesia gloriosa, a fin de **presentársela a Sí mismo**.

Vemos en todo este cuadro tres *etapas temporales*:

**Pasado:** Se *dio a Sí mismo* por ella, muriendo en la Cruz.

**Presente:** La **purifica**, mediante su **intercesión** a la diestra de Dios, cuya respuesta divina es el *lavamiento de agua por la Palabra*.

**Futuro:** Se la presenta a Sí mismo, acontecimiento que tendrá lugar durante las solemnes y esperadas **Bodas del Cordero**.

Todo ello, este pasado, presente y futuro, sin excepción alguna, es **fruto de su amor**. Si Él todavía está a la diestra de Dios, es para que *terminen de ser recogidos* aquellos que han de formar parte de la que será su Esposa. «*Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí*» (Jn. 6:37). Cuando el último de estos sea traído en respuesta a la predicación del Evangelio, desde las tinieblas a la maravillosa luz de Dios, Él se levantará y no esperará un segundo más. El **mismo amor** que lo impulsó a **darse a Sí mismo**, lo llevará a **recoger** a Su prometida. Tras recoger a los suyos en el gran acontecimiento del arrebatamiento, llevándolos a la Casa de Su Padre, tras haber quedado expuestos y manifestados en su Tribunal, ha llegado el gran momento del **tiempo para las bodas**.

Se trata de las bodas del **Cordero**. Esta figura es una descripción del Hijo de Dios que nos habla de los *dolores que padeció* por nosotros. El alma de la novia entiende esto, y por ello asume esta singular expresión: «*la esposa del Cordero*». Es por *Sus padecimientos* que el Señor la ha hecho suya, valorándola hasta tal extremo que lo dio todo por ella.

En realidad podemos decir con plena propiedad que ahora *ya estamos unidos a Cristo*, pero la imagen de las **bodas** expresan *mucho más que esta realidad presente*. Las bodas son el momento en que *todos los creyentes* de esta **dispensación** que comienza en Pentecostés y culmina con la Venida del Señor, ya glorificados y contemplados orgánicamente como **un solo cuerpo**, quedaremos **plena y finalmente asociados** con el **Hombre resucitado y glorificado**, con Aquel *cuya gracia incomparable y amor sin par*, ha escogido a la Iglesia como **su compañera para siempre**.

Antes de regresar al lugar donde fue rechazado, tomará consigo a aquella que, en cierta medida, *ha compartido sus dolores y sufrimientos*, para manifestarla al mundo como aquella que *comparte la misma gloria* que Él manifestará. Esto es lo que el Señor expresó en **Juan 17:22-23**: «*La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en*

mí, para que sean **perfectos en unidad**, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado».

Las **bodas** son la preparación para esta grandiosa manifestación pública de la **Segunda Venida**, y son la expresión del corazón del Señor al presentar a todos a la Iglesia, participando con Él mismo en Su propia gloria y Su propio gozo. Ninguna boda de toda la realeza que ha existido en la historia será comparable a ésta.

Vemos que la **esposa** está revestida de una **doble hermosura**: «*Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino y resplandeciente*». Ya hemos visto en Efesios que Él se presentará «*a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante*». Pero esta hermosura es el resultado de lo que Él ha hecho por ella: «*se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*». Él la ha transformado en una compañera idónea para Él mismo, y ahora la trae ante Sí reflejando la gloria del Esposo. Lo que Él ve en ella es **Su propia semejanza** reproducida en Su esposa.

Pero el **lino fino**, como ya hemos apuntado, indica **otra clase de hermosura**: se trata de «*las acciones justas de los santos*», resultado de la previa comparecencia ante el Tribunal de Cristo. Esto ahonda nuestra comprensión de la **insondable gracia de Dios**. Si podemos hacer alguna cosa que comporte Su aprobación, esto es consecuencia del poder que Él mismo nos ha dado: «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*» (Ef. 2:10).

El Señor todavía ha de adornarnos con todo el fruto y la hermosura de aquello que ha sido obrado **en y por medio de** nosotros a causa de Su propia gracia y poder. Así, la **esposa del Cordero** estará caracterizada por **toda clase de hermosura, divina y humana**, según la perfección de los pensamientos y propósitos de Dios, en conformidad con **la mente y el corazón del Cordero**, pues de Él ha sido tomada.

Observamos distintos aspectos que acompañan y enriquecen la celebración de las bodas:

1. Un **estallido de gozo** y alabanzas: «*Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!*» (Ap. 19:6), y ello en vísperas de la Soberanía universal de «*nuestro Señor y de Su Cristo*» (Ap. 11:15).
2. Un **clamor ascendente**: «*Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero...*» (Ap. 19:7). Las nupcias del Cordero suscitan la adoración fervorosa y maravillada del cielo, de los siervos de Dios, y de los que le temen, grandes y pequeños.
3. Una **bienaventuranza**: «*Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes*» (Ap. 19:5). La porción de la esposa es tan singular como incomparable; pero incluso **los invitados** a participar en el gozo de aquel día son declarados **bienaventurados** por el simple hecho de que son admitidos a contemplar la celebración del deseo culminante de Cristo.

Por ello, éste es un día de **gozo ininterrumpido**: gozo del corazón de Dios, gozo del Cordero y de su esposa, y gozo de todos aquellos que son admitidos a participar de esta maravillosa fiesta.

Pero no podemos pasar por alto un matiz de importancia suprema: es **el Cordero**, Él mismo, quien atrae nuestra *mirada como el gran protagonista* de aquel día, un día que es designado como el de «*las bodas del Cordero*»; no el de las *bodas de la Iglesia*, o de la *esposa del Cordero*, sino **del Cordero**, señalándonos a quien tiene la parte principal en este gozo. La exclamación «*gocémonos y alegrémonos*» está más que justificada.



El *pálpito más intenso de alegría* que latirá por toda la eternidad tendrá lugar **en el seno del Señor** por Su redimida esposa. En todo ha de tener Él la preeminencia, y puesto que esto es así, recordemos también esto: Su gozo en ella será siempre mayor que el de ella en Él. Aún en la misma perfección absoluta de la gloria, el Señor es siempre «**primus inter pares**», el *primero entre iguales*, aún si fuese posible equipararnos al Señor en algún sentido.

Con este magno acontecimiento culmina la **era presente**, testigo del desarrollo y consumación del gran **propósito de Dios** de «*tomar de ellos... pueblo para Su nombre*» (Hch. 15:14).

La sección que hemos visto de Apocalipsis concluye con las palabras angélicas: «*Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios*». **Dios** es la esencia misma de la **verdad**. En su sentido más alto, la verdad se asocia con Dios. Por eso la **Palabra de Dios** lleva siempre el sello y la autoridad de la verdad. Literalmente el pasaje enfatiza: «*estas palabras son las verdaderas de Dios*». El comunicado angélico contempla la sección desde 17:1 hasta el final del anuncio de las bodas pero *estas palabras* podrían referirse también a la totalidad del Libro de la Revelación de Jesucristo. A través de él, y en numerosas citas explícitas, se reconoce la *autoridad y fidelidad* inquebrantable de la Palabra de Dios (1:2-3, 9; 6:9; 17:17; 20:4; 21:5; 22:18-19). El mensajero celestial pone así el *sello autoritativo* de la verdad divina sobre todas las revelaciones contenidas en este pasaje. El libro del Apocalipsis, aún con toda la *riqueza figurativa de su lenguaje simbólico*, pone de manifiesto de manera terminante el cumplimiento **literal** de las profecías. Las Escrituras no contemplan otra manera de cumplir lo que se anunció de antemano, aparte de su cumplimiento literal estricto. Un estudio pormenorizado del libro de Daniel demuestra de manera asombrosa que todas las profecías del desarrollo histórico de los cuatro reinos se cumplieron literalmente en todos sus detalles. Todas las profecías de la Primera Venida se cumplieron al pie de la letra, y muchas de ellas incorporan porciones pendientes de cumplimiento, por lo que es inconcebible suponer que se hayan de cumplir de otra forma. Es precisamente este cumplimiento cabal de las promesas de Dios donde se demuestra la veracidad y la fidelidad de su Palabra. Esta es la base de la bienaventuranza en 1:3: «*bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas, porque el tiempo está cerca*». Nuestra *respuesta* adecuada a la Palabra verdadera de Dios debe ser **leer, oír** con atención y **guardarla** de manera confiada y obediente en la esperanza de su cumplimiento.

En estos momentos y en la tierra, la iglesia es convocada a la **Cena del Señor**, donde debe *hacer memoria* del cuerpo roto y la sangre derramada de Su Salvador, al participar del pan y del vino, obedeciendo el mandato de hacer esto *en memoria de Él*, hasta el momento que Él venga a recogerla. Al llegar este glorioso día en que nuestro *Esposo nos tomará para Sí*, la **Cena del Señor** dará paso a la **Cena de las Bodas del Cordero**, donde los suyos ocuparán su lugar de bendición y privilegios inefables.

## CRISTO JESÚS

- ¿Quién consume nuestra Redención?
- ¿Quién purifica por el lavamiento de la Palabra a su iglesia?
- ¿De quién es la prometida que contrae nupcias?
- ¿Quién se entregó a Sí mismo por la iglesia muriendo en la cruz?
- ¿Quién es el postrer Adán, el Hombre con mayúsculas?
- ¿De quién es nuestra carne y nuestros huesos?
- ¿Quién experimentó el sueño de la muerte para darnos vida?
- ¿De quién somos hechos imagen y semejanza?
- ¿A quién debemos nuestra incondicional sumisión?
- ¿A quién somos entregados como ayuda idónea?
- ¿Quién se presenta a Sí mismo a su novia gloriosa?
- ¿Quién es la fuente suprema de todo amor?
- ¿De quién somos hechos compañera para siempre?
- ¿De quién es la gloriosa hermosura que hemos recibido?
- ¿En quién hemos sido creados para buenas obras?
- ¿Quién es el personaje supremo en estas bodas?



## LA MANIFESTACIÓN DEL SEÑOR EN GLORIA. Francesc Closa<sup>1</sup>.

La **Venida del Señor** es un tema sobre el que hay opiniones muy divergentes entre los creyentes. Una fuente importante de discrepancias surge de confundir los destinos de **Israel** y la **Iglesia**, y suele involucrar al concepto del **Reino milenial**. *Si Dios ha desechado a Israel*, se argumenta, *la Iglesia ocupa ahora la posición de Israel* y por consiguiente *no hay ningún Reino milenial o éste representa la situación de la Iglesia ahora*. Pero el tema del **Reino** ocupa un lugar muy prominente en todo el marco de la profecía bíblica para ignorar su futura existencia y,



además, el sentido literal de las profecías muestra claramente que **Israel** y la **Iglesia** tienen *tratos claramente diferenciados*. Cristo viene a recoger a su Iglesia pero también para establecer su Reino glorioso de mil años, en el tramo final de la historia de la tierra. Y en este Reino tiene que entrar el pueblo de Israel. Una interpretación literal o normal de todas las profecías nos lleva necesariamente a la postura conocida como **premilenial**. Todas las profecías que contemplaban la **Primera Venida** del Señor se cumplieron *literalmente* por lo que es totalmente razonable que los aspectos relativos a la **Segunda Venida** también se cumplan literalmente, y con más razón por el hecho de que en muchos pasajes significativos ambas Venidas se presentan juntas.

Pero aún si defendemos una postura **premilenial**, las divergencias siguen siendo enormes. Casi todas ellas tienen que ver con el **momento que viene el Señor**. ¿Viene sólo una vez o viene dos veces? ¿Viene **antes, durante o después** de la **Tribulación**? No hay ningún texto que nos dé fechas concretas (más bien se nos advierte de que esta información no nos ha sido revelada). Pero sabiendo que habrá una gran Tribulación en la etapa final de la historia. ¿Tenemos una esperanza justificada de que *el Señor puede venir en cualquier momento* o *hemos de esperar ver antes las señales relativas a la Tribulación*? Por todas estas razones, hemos de ser cuidadosos al estudiar la enseñanza de las Escrituras para poder llegar a conclusiones correctas.

En términos generales, tenemos tres importantes palabras griegas relacionadas con la Segunda Venida. Una es **parousía**, que describe la *venida de una persona* (1 Cor. 16:17; 2 Cor. 7:6; 10:10; Flp. 1:26; 2:12), pero que se emplea unas 16 veces específicamente para la **Venida de Cristo** (Mt. 24:3, 27, 37 y 39; 1 Cor. 15:23; 1 Tes. 2:19, 3:13, 4:15, 5:23; 2 Tes. 2:1; 8-9; Stg. 5:7-8; 2 P. 1:16, 3:4). El sentido de esta palabra es de tipo general y no guarda relación con el suceso con que pueda estar relacionada.

La segunda palabra es **apocalypsis** que, como ya sabemos, significa **revelación**. Aparece unas 5 veces (1 Cor. 1:7; 2 Tes. 1:7; 1 P. 1:7, 13 y 4:13). Esta palabra ya tiene una significación más específica, pues se refiere a la *revelación del Señor Jesucristo desde el cielo*, es decir, su venida con sus santos, en juicio, a la tierra.

El último término es **epifaneia**, significando **aparición, manifestación o venida**. En 2 Tim 1:10 apunta la *primera Venida* del Señor, y unas 5 veces se emplea junto con la palabra **parousía**.

Sabiendo todo esto hemos de hacer frente a la primera dificultad de pensar que no podemos esperar una venida inmediata del Señor, porque la Escritura nos habla de muchos acontecimientos

<sup>1</sup> Estudios impartidos en la Iglesia del Paral·lel durante el primer semestre de 2013.

que han de preceder a este suceso. Por ejemplo, se ha de manifestar el hombre de pecado, se ha de construir un Templo en Jerusalén para restaurar las ofrendas y sacrificios, además de los devastadores juicios de la Tribulación. Pero, ¿es esto lo que realmente debemos esperar los cristianos?

Primeramente, no es posible negar que los creyentes son llamados a esperar la **revelación** y la **venida** de Cristo. Por ejemplo, 1 Cor. 1:7: *«de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación (apocalupsis) de nuestro Señor Jesucristo»*. 1 Tim 6:14: *«que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición (epifaneia) de nuestro Señor Jesucristo»*. O también Tito 2:13: *«aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación (epifaneia) gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo»*. ¿Se trata de que la Iglesia habrá de permanecer en la tierra hasta la aparición de Cristo?

Un análisis más cuidadoso de las Escrituras pone de manifiesto dos sucesos distintos. Así vemos que en el texto ya estudiado de **1 Tes 4:15-17** se nos dice: *«Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. <sup>16</sup>Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. <sup>17</sup>Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor»*. El sentido claro del pasaje es que el Señor viene a recoger a su Iglesia. Pero en **1 Tes. 3:13** leemos: *«para que sean afirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos»*. Ambos pasajes hablan de la Venida del Señor, pero en el primero **Él recoge a sus santos** y en el segundo **viene con sus santos**. Además, **Col. 3:4** establece que la Venida del Señor con sus santos ocurre durante Su manifestación: *«Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria»*. Así pues, en la **manifestación** en gloria de Cristo ya *aparecen también a su lado*. Para que esto sea posible, los santos *han tenido que ser recogidos previamente* y, además, han sido *glorificados* en el Tribunal de Cristo.

El énfasis continuo de **Jesús** cuando hablaba de su Venida, siempre recalca la posibilidad de que pudiera ser *en cualquier momento*. **Mr. 13:34**: *«Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. <sup>35</sup>Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; <sup>36</sup>para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo»; o **Lc. 12:35-40**: *«Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; <sup>36</sup>y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. <sup>37</sup>Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. <sup>38</sup>Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos. <sup>39</sup>Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. <sup>40</sup>Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá»*.*



Las revelaciones de **Pablo** sobre este tema transmiten esa misma sensación de que podrá suceder en cualquier momento. **1 Cor. 15:51**: *«He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados»*; o en **1 Tes. 4:15**: *«Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron»*. El *se contemplaba* entre los que **podían** estar vivos al regresar el Señor. Y que **Pedro** tampoco lo consideraba improbable se percibe en el hecho de que *recibió una revela-*



ción especial de que tendría que morir, como leemos en **2 Ped. 1:14**: «sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado». Esto se mantiene hasta el final de las Escrituras pues el **último anuncio** que se nos transmite es: «Ciertamente vengo en breve» (**Ap. 22:20**).

Pero aunque toda esta prueba presuntiva tiene un peso muy consistente, la cuestión crucial es si la Iglesia debe esperar *sólo la Venida del Señor*, o deberá *permanecer en la tierra hasta que finalice el día de la ira* del Señor Dios Todopoderoso. Si ahora contemplamos el discurso del Señor en **Mateo 24:29-31**, leemos: «E inmediatamente **después de la tribulación de aquellos días**, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.<sup>30</sup> Entonces **aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo**; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y **verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.**<sup>31</sup> Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y **juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro**». Notemos que aquí se detalla un orden preciso de acontecimientos: (1) Ha concluido la Tribulación, (2) se ha producido una visible perturbación de las luminarias celestiales, (3) aparece la señal del Hijo del Hombre en el cielo, (4) todas las tribus de la tierra se lamentan al contemplar la Venida del Hijo del Hombre. ¿Quiénes son los escogidos que son juntados en esta escena por los ángeles del Señor? Recordemos, primero, que en **Col. 3:4** Pablo nos dijo que cuando Cristo se **manifieste**, *vosotros también seréis manifestados con él*. Además, la escena de **Ap. 19:11-14** nos dice que «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba **Fiel y Verdadero**, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una **ropa teñida en sangre**; y su nombre es: **EL VERBO DE DIOS**. Y los ejércitos celestiales, **vestidos de lino finísimo, blanco y limpio**, le seguían en caballos blancos». Aquí tenemos la aparición o **manifestación** visible de Cristo para venir a la tierra en juicio. ¿Y quiénes son éstos que le acompañan? La respuesta está en el ver. 8 de este contexto donde se señala que el **lino fino** es **las acciones justas de los santos**.



Debemos concluir, pues, que los escogidos que se recogen en estos momentos en la tierra no pueden ser los santos de la Iglesia, porque éstos aparecen junto al Señor, *ya glorificados*. El capítulo 24 de Mateo establece que éstos que son juntados en la tierra son los **escogidos de Israel**, el **remnente judío** a quienes Dios, por la obra de Su Espíritu, ha preparado para aquel tiempo en que el Señor vendrá súbitamente a Su templo (**Mal. 3:1**).

Pablo estableció en **2 Tes. 2:8** que «entonces se manifestará aquel inicuo, a quien **el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida**». Por tanto, antes de Su venida, tiene que haber surgido el **hombre de pecado**, quien aparece al comienzo de la Tribulación. La Venida del Señor para recoger a su iglesia tiene que haber sucedido en un momento anterior a estos hechos, pues si en esta Venida visible destruye al Anticristo, éste no se podría haber manifestado ni podría haberse desencadenado todo el programa judicial de la Tribulación.

Toda la evidencia en conjunto nos lleva a la conclusión ineludible de que **hay dos momentos diferenciados**, separados al menos por un intervalo de 7 años. Aún hay más evidencia para establecer que la Iglesia no va a pasar por la Tribulación, pero antes debemos disipar una última cuestión:

¿Por qué se nos dice que el creyente debe esperar tanto la **Venida** como la **Manifestación** del Señor? La respuesta está en que la **Venida del Señor** (invisible para el mundo), **en cualquier momento**, es la esperanza genuina del creyente, pero en aquellos pasajes en que se trata acerca de la **responsabilidad del creyente**, la meta es la **manifestación** del Señor, debido a que por cuanto la tierra ha sido el escenario de nuestra **responsabilidad**, debe ser también el escenario donde recibiremos

la *recompensa*. De igual forma, esa tierra donde el Señor fue *humillado y crucificado*, tiene que ser el *mismo escenario que contemple su gloria real*, como Rey de Reyes y Señor de Señores.

Concluimos, pues, que debemos distinguir siempre entre la **Venida** del Señor y su **Manifestación**. Son dos momentos distintos y bien diferenciados en todo el programa escatológico, cuyas principales diferencias incluimos en el apartado de *Cuadros Sinópticos* de este Cuaderno.

Paul D. Feinberg concluye su defensa de la posición **premilenial** y **pretribulacional** afirmando que «la Iglesia no pasará a través de la Tribulación a causa de que el carácter de todo este período es un *tiempo de derramamiento de la ira divina penal y retributiva*, así como de las **promesas de Dios a la Iglesia** de que estaría **exenta** tanto del **tiempo** como de la **experiencia de la ira**. Además es necesario separar el Rapto de la Iglesia del Segundo Advenimiento de Cristo debido a la necesidad de un intervalo *para que las personas sean salvas*, a fin de que puedan *entrar en la era del Reino con cuerpos naturales no glorificados*».

A la Iglesia se le promete la **exención de la ira divina** como se ve en los siguientes textos:

**1 Tes. 1:10:** «y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, **quien nos libra de la ira venidera**».

**1 Tes. 5:9:** «Porque **no nos ha puesto Dios para ira**, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo».

**Ap. 3:10:** «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo **también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero**, para probar a los que moran sobre la tierra».

**Rom. 5:9:** «Justificados, pues, por la fe, **tenemos paz para con Dios** por medio de nuestro Señor Jesucristo».

**Ef. 5:6:** «Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas **viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia**».

**Col. 3:6:** «cosas por las cuales **la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia**».

Debemos tener muy presente que estar **exentos de la ira de Dios** (tema muy importante y muy estudiado en las Escrituras) *no quiere decir que la iglesia no vaya a experimentar nunca pruebas, persecución, sufrimiento, y en ocasiones martirio*. El mundo y Satanás nunca han sido amigos de Dios ni de su Iglesia. El Nuevo Testamento dice con bastante claridad que *debemos esperar pruebas y sufrimiento*, necesarios también para el proceso de nuestra **santificación**, nunca por mera fatalidad. En general, las pruebas y ataques que recibamos *pueden ser mayores aún si vivimos en rectitud y obediencia al Señor* (Jn. 16:33; Flp. 1:27; 1 Tes. 3:3; 1 P. 4:12-13). Así pues, la promesa de **ser guardados de la santa ira de Dios** no es necesariamente vivir en un lecho de rosas para nosotros. Notemos el énfasis del N.T. en recordarnos que la *vida cristiana* es presentada como una dura campaña militar, teniendo que vestir la armadura de Dios y mantener una disciplina espiritual sobria, y paciente (Ef. 6:10-20; 1 Tim. 6:12; 2 Tim. 2:3-4; 1 Cor. 9:24-27; Flp. 3:1-16; 2 Tim. 2:5).

Aunque la **ira de Dios** se ha manifestado muchas veces en el **pasado** (Éx. 23:20-33; Dt. 7:1-6; Gén. 15:16), y se cierne también en el **presente** sobre los incrédulos (Ef. 2:3; Jn. 3:36; Rom. 1:18 – 3:20; Heb. 10:31), no obstante, las Escrituras hablan con toda seriedad de la manifestación suprema de la ira de Dios **al final de los tiempos**, el gran momento de la **ira escatológica**, cuando el mundo beberá el **cáliz del vino del ardor de su ira** (Ap. 16:19), y será pisado el **lagar de la ira de Dios (19:15)**. Esta es, literalmente, la última cita en que se menciona la **ira de Dios** en las Escrituras. Esta es la *ira de la que será librada la iglesia de Dios*.

Aquellos creyentes que rechazan la postura del arrebatación antes de la Tribulación, suelen argumentar sobre el momento exacto en que se derrama la ira de Dios, con gran diversidad de opiniones, pero Feinberg rebate muy correctamente a sus adversarios al recordar que mientras el Señor estaba en la tierra, Él declaró que *todos los juicios* habían sido *delegados en sus manos* (Jn. 5:22). Por ello, la ira de Dios no empieza en una determinada copa, o en cierto grado de intensidad de las pruebas. La *toma de posesión de la autoridad judicial*, por parte del Señor Jesucristo la vemos en Ap. 4 y 5. **Sólo Cristo tiene autoridad para tomar el rollo y romper sus sellos**. Desde este momento, cada juicio en cualquier sello, copa o trompeta viene como la *ira retributiva* de Dios sobre el mundo.

El Señor siempre *retiene los aspectos más severos del juicio* hasta que *el pecador haya mostrado que no está dispuesto para nada a arrepentirse*. Y este momento llega aquí. La *actividad judicial* de todo este período procede del *Cordero que es digno*. Por ello la iglesia no estará presente en absoluto, a pesar de todos sus fallos e imperfecciones actuales.

Esta es la razón de la solemne promesa de **Ap. 3:10**: «yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra». La naturaleza de la protección viene indicada por la preposición “de” (gr. ek); todos los léxicos griegos están de acuerdo en que significa “salir de dentro” o “fuera de”; si Juan hubiera querido plasmar la idea de protección “a través de” la prueba, tendría que haber utilizado las partículas “en” o “dia”, que sirven para este propósito gramatical. Pero la promesa va más allá de ser guardados *de la prueba*, pues lo que dice realmente es que seremos guardados “de la hora de la prueba”. La “hora” aquí es un término *dispensacional* correspondiente a la septuagésima semana de la profecía de Daniel, es decir de todo el terrible período de la Tribulación, a diferencia de lo que sí será el “*tiempo de angustia para Jacob (Israel)*” (**Jer. 30:7**), durante este mismo período. El resto del versículo corrobora aún más este punto de vista. Que la Iglesia sea *sacada* de este perturbador período lo corroboran las dos frases calificadoras: “que vendrá sobre el mundo entero” y “para poner a prueba los que viven en la tierra”. La hora de la prueba aquí es *universal*, a diferencia de las persecuciones locales, como **Ap. 2:10**. Si la ira se derrama *por todas partes*, una preservación completa apunta a la realidad del *arrebataimiento* de la Iglesia. También, la idea de “*probar*” aquí es la de *revelar el verdadero carácter* de alguien, demostrando el fracaso total del hombre no regenerado delante de Dios. Este período es, por tanto, la *evidencia final de condenación de los malvados*. La iglesia no es necesaria, por tanto, en este escenario; su verdadero carácter ya es manifestado en el Tribunal de Cristo.

Creo que hemos dejado bien claro la *bienaventurada esperanza* que tiene la Iglesia anhelando la *Venida de su Señor*, pero es difícil percibir el impacto real que tendrá esta Venida en gloria sin haber estudiado antes la situación de *los acontecimientos en la tierra* hasta el instante anterior a la manifestación del Señor en gran poder y gloria, pues como «el *relámpago* sale del *oriente* y se muestra hasta el *occidente*, así será también la *Venida del Hijo del Hombre*» (**Mt. 24:27**). No hará falta ninguna cámara de televisión para poder verlo; será demasiado terrible y evidente para un mundo cegado por las fuerzas del mal, y empecinado en su inútil arremetida final contra Yahweh y contra su Ungido (**Sal. 2:2**). Concluimos, pues, en este punto ese estudio selectivo acerca de la esperanza de la Iglesia aguardando la Venida del Señor.

Es significativo notar que, a partir del capítulo 4 de Apocalipsis, ya no se menciona la palabra **Iglesia**, hasta el mismo final del libro; todo lo que acontece



en el nada tranquilo escenario terrenal está completamente focalizado en el pueblo de **Israel**. Saber *qué ocurre con Israel*, y con todas las *solemnes promesas y juramentos de Dios en el pasado*, ayudará a comprender el dramático momento en que *José revela su verdadera identidad a sus afligidos hermanos*, arrepentidos de su maldad pasada. Y todo ello contribuirá a percibir muchísimo mejor el esplendor del glorioso y también inminente **Reino milenal** del Señor en la tierra, asentando su Trono de gloria en el mismo lugar donde hace dos mil años fue crucificado.

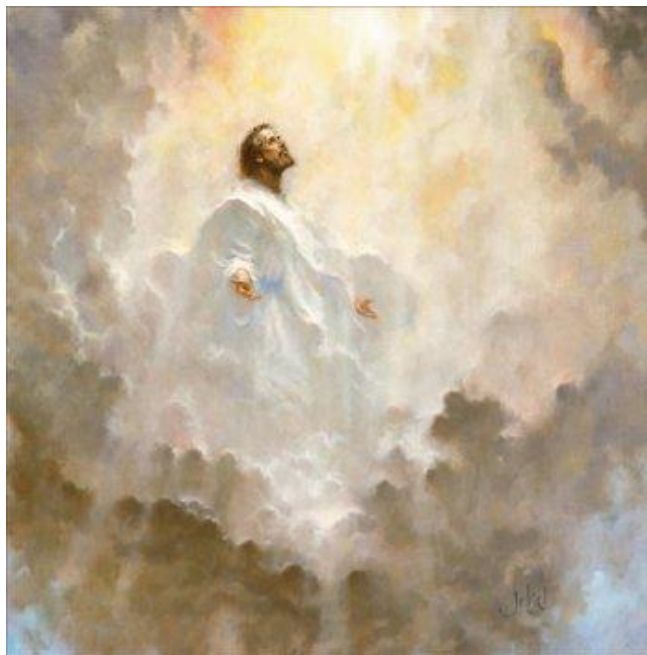
Albergamos la esperanza de abordar en un próximo Cuaderno, complementario del actual, parte de esta preciosa temática escatológica centrada en la excelsa **gloria** del **Mesías**, manifestada en la instauración de su **Reino**, y que supondrá el fin abrupto de los «*tiempos de los gentiles*» (**Lc. 21:24**).

## EL REGRESO INMINENTE DEL REDENTOR. Arthur W. Pink (1886 – 1952).

En ninguna parte de la Biblia se da a conocer el tiempo exacto del segundo advenimiento; en lugar de esto se nos presenta como un evento que **puede ocurrir a cualquier hora**. En otras palabras, el hecho de la manifestación del Salvador se plantea de forma invariable *en el lenguaje de la inminencia*. Cuando decimos que el regreso del Redentor es un evento inminente, no queremos dar a entender que ocurrirá **de inmediato**, sino que Él **puede** volver durante el transcurso de nuestra vida que Él podría venir este año, pero al mismo tiempo no podemos decir que *efectivamente* lo hará.

El **hecho** del segundo advenimiento es cierto porque es revelado expresamente en las Sagradas Escrituras. La **fecha** del segundo advenimiento es **incierto** porque no ha sido dada a conocer por Dios. Aquí tenemos entonces una verdad que es fácil de captar, y sin embargo es de una importancia fundamental y de gran valor práctico. El origen de la mayoría de los errores y herejías que se han dado alrededor de este tema, puede hallarse en el hecho de haber ignorado esta consideración elemental.

Por ejemplo, si el pueblo del Señor hubiera prestado la debida atención al hecho de que las Escrituras presentan la Segunda Venida de Cristo como *algo que puede ocurrir a cualquier hora*, entonces la enseñanza postmilenarista según la cual nuestro Señor no va a regresar si pasan más de mil años, jamás habría tenido los niveles de atención y aceptación que ha recibido. Es más, si la prodigiosa verdad de que nuestro Redentor podría volver **hoy** se afincara con firmeza de una vez por todas en nuestro corazón, lograría revolucionar nuestra vida y nos supliría de una dinámica espiritual que es incalculable en su alcance e incomparable en valor. Sin extenderme más en las consecuencias generales que presenta este aspecto de nuestro tema, procedemos a mostrar los siguientes puntos.



### NUESTRO SEÑOR HABLÓ DE SU REGRESO EN UN LENGUAJE DE INMINENCIA.

En el discurso del monte de los Olivos, donde el Maestro contestó a las inquietudes de sus discípulos, con respecto a la señal de su Venida y del fin del siglo, Él dijo:

«Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comencare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.» (Mt. 24:42-51).

Un análisis del pasaje anterior revela varias verdades importantes. La primera verdad es que la «**hora**» del regreso de nuestro Señor es **desconocida** para su pueblo. Segunda verdad: debido a que no conocemos el tiempo exacto de Su manifestación, debemos mantenernos en una actitud de expectación y vigilancia **constantes**. Tercera, el Señor **regresará inesperadamente**, incluso a una hora en la que su propio pueblo «pensará que no». Cuarta, el siervo fiel y sabio es aquel que **da alimento a todos los de la casa del Señor** durante **el tiempo que dure la ausencia de Cristo**, y quien se halle ocupado de tal manera en el momento de su manifestación, será ricamente recompensado.

Quinta verdad, el que diga en su corazón: «mi Señor *tarda* en venir» es un «siervo *malo*» que recibirá su parte de vergüenza al regreso del Señor.

La parábola de las diez vírgenes deja entrever que el Señor Jesús deseaba que todos los suyos mantuvieran una actitud de preparación constante para la aparición del esposo. Al principio de la parábola, Él presenta el cuadro de todas las «vírgenes» que toman sus lámparas y avanzan «a su encuentro». La interpretación de esta parte de la parábola es muy sencilla. En los primeros días después de la salida de nuestro Señor de esta tierra, sus seguidores se desvincularon de todos los intereses mundanos y depositaron todos sus afectos en Cristo mismo, cuyo regreso era su única esperanza y mayor deseo; pero cuando el esposo comenzó a tardar en manifestarse, la expectación de su regreso repentino desapareció, y esto trajo como consecuencia inevitable la pereza y el adormecimiento espiritual, una condición que prevaleció hasta que se escucho un grito en la medianoche: «¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!» El efecto de este clamor se hace evidente en la emoción que sintieron, tanto las vírgenes prudentes como las insensatas. La necesidad de preparación y vigilancia queda demostrada en la condenación que cayó sobre las que no tenían reserva de aceite. La aplicación práctica de toda la parábola la expresó el mismo Señor con estas palabras: «Velad, pues, *porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir*» (25:13).

Al final del relato de Marcos del mismo discurso se registra de forma más extensa que en Mateo el mandamiento que nuestro Señor dio a sus discípulos para velar por su regreso: «*Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. Es como el hombre que yéndose lejos dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*» (Mr. 13:33-37). Una lectura atenta de estos versículos deja ver que la intención del Maestro era inculcar dos principios en la mente de los discípulos: primero, que al mismo tiempo que era *cierto* el hecho de que Él volvería, en ese mismo grado era *incierto* el cuándo de su regreso; segundo, en vista de la incertidumbre con respecto a la hora exacta de su Segunda Venida, los seguidores del Señor deben mantener una actitud de vigilancia constante y estar pendientes de su regreso *en cualquier momento*.

En otra ocasión el Señor dijo a sus discípulos: «*Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombre que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran enseguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa y vendrá a servirles. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos*» (Lc. 12:35-38).

Esta comparación es bastante impresionante. El creyente es exhortado a ser como un siervo fiel que permanece de pie en el umbral con los lomos ceñidos y su lámpara encendida, aplicando sus ojos a las tinieblas para poder captar la primera señal de la llegada de su Señor, y azuzando su oído para escuchar los primeros pasos al aproximarse.

«*Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste. En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que esté en el campo, asimismo no vuelva atrás... Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada*» (Lc. 17:30-31, 34-35).

La fuerza de este pasaje está en plena armonía con los otros que ya hemos considerado. La manifestación del Señor no será anunciada ni esperada. Ocurrirá mientras los hombres se encuentren ocupados en sus quehaceres cotidianos, y por lo tanto nos corresponde mantenernos todo el tiempo en una actitud vigilante y en un estado de alerta y atentos al *qui vive* [¡alto! ¿quién vive?]. De paso, podemos observar cómo el último pasaje citado hace manifiesta la maravillosa exactitud científica de la Biblia. Se nos dice en el versículo 31 que será «de día» (en una parte de la tierra) en el momento en que Cristo «se manifieste», mientras que en el versículo 34 nos enteramos de que también va a suceder «en aquella noche» (en otra parte de la tierra), con lo cual se estaba anticipando un descu-

brimiento científico bastante reciente en comparación, ¡y esto demuestra que el Señor Jesús tenía pleno conocimiento de la *redondez* y la *rotación* del planeta tierra!

«Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre» (Lc. 21:34-36).

Fijémonos particularmente en las palabras «que vuestros corazones no se carguen de glotonería (autoindulgencia)... y venga de repente sobre vosotros aquel día». Lo que se nos exige no es tan siquiera un estado de alerta diaria, sino una vigilancia constante hora tras hora y minuto tras minuto. El lenguaje aquí no podría ser más explícito. Los que hablan en términos despectivos de «la teoría de en cualquier momento», deberían considerar muy seriamente la expresión «de repente» y recordar que la frase fue dicha por el Señor mismo. La *fecha exacta* del segundo advenimiento *se ha mantenido oculta de nosotros a propósito*, con el fin de que *mantengamos nuestra actitud de vigilancia* y permanezcamos siempre «de puntillas» por la expectación.

Es necesario llamar la atención sobre un versículo de las Escrituras en relación con esto antes de pasar a nuestro siguiente punto. Con mucha frecuencia, los postmilenaristas han afirmado que *era imposible* que los apóstoles estuvieran esperando que *Cristo regresara durante el transcurso de sus propias vidas debido* a la declaración de nuestro Señor: «Y será predicado este evangelio del reino *en todo el mundo*, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mt. 24:14). *Esta objeción puede ser refutada* citando varios pasajes del Nuevo Testamento mismo. En Hechos 19:10 leemos: «Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús». De nuevo, en Col. 1:5-6 se nos dice: «A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo», y en el versículo 23 del mismo capítulo: «sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual *se predica en toda la creación que está debajo del cielo*; del cual yo Pablo fui hecho ministro». Al considerar estos pasajes, queda suficientemente claro que no existía un obstáculo tan formidable como el imaginado por los postmilenaristas, entre los apóstoles y la esperanza del regreso inminente del Redentor. De esta forma, las Escrituras suministran evidencias positivas de que el evangelio había tenido una difusión tan amplia gracias al trabajo de los apóstoles mismos, que no había alguna cosa que pudiera interponerse de manera *necesaria e inevitable* entre ellos y el cumplimiento de su esperanza.

Confiamos de este modo haber refutado de manera satisfactoria la *objeción más plausible y contundente* que puede presentarse en contra del *regreso premilenario e inminente de nuestro Señor*. Pasemos ahora a considerar que:

LOS APÓSTOLES HICIERON REFERENCIA AL REGRESO DEL REDENTOR EN UN LENGUAJE DE INMINENCIA.



«Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz» (Rom. 13:11-12). La «salvación» a que se refiere aquí el apóstol es el *perfeccionamiento* y la *consumación* de nuestra salvación, cuando en espíritu, alma y cuerpo seremos plenamente *conformados a la imagen del Hijo de Dios*. El tiempo en que esto se realizará es el *tiempo del regreso de nuestro Redentor* pues «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es» (1 Jn. 3:2). Este tiempo será también el *«día» del creyente*, aquel *«día perfecto»* en que la senda de los justos será *«como la luz de la aurora, que va en aumento»* (Pr. 4:18). La *noche* de que se habla en este pasaje corresponde al período actual durante el cual *la Luz del mundo está ausente*. Observe que el apóstol, bajo la inspiración del Espíritu Santo, consideró la noche como «avanzada» en tanto que el día *«se acerca»*.

«Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies» (Rom. 16:20). La referencia aquí es a Gén. 3:15, donde encontramos registrada la promesa de Yahweh dada a nuestros primeros padres, en el sentido de que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Puesto que los creyentes gobernarán y reinarán con Cristo en el día venidero (Ap. 3:21; 19:14; 20:4), aquí se dice: «Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo *vuestros* pies». Con respecto a la expresión «en breve», el apóstol no consideraba el cumplimiento de esta promesa como algo que estuviera en el futuro lejano, sino más bien como una realidad inexorable y perentoria.

«Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en Él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, *esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Cor. 1:4-7). De este pasaje aprendemos, en primer lugar, que estos santos de Corinto estaban «*esperando*» la Venida del Señor Jesús, lo cual es una prueba de que estaban pendientes de su regreso *en su propia generación*; en segundo lugar, que el apóstol *los elogió* por su actitud, al decir: «Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros»; tercero, que esta expectativa por parte de los creyentes corintios era nada más y nada menos que el *bien supremo* de la *esperanza cristiana*, por cuanto dice «nada os falta en ningún don», y añade a manera de punto culminante: *«esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo»*.

«Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que *aquel día se acerca*» (Heb. 10:24-25). El *«día» venidero* con sus glorias y bienaventuranza es lo que daba *forma y contenido* a la visión del apóstol. El «día» prometido, el día de Cristo, que habría de seguir a esta noche oscura de tristeza mientras el Esposo está ausente, era la esperanza que afirmaba su corazón. Él podía «ver» por fe que *aquel día se acercaba*, y por el hecho de su *inminencia* exhorta a quienes son copartícipes del llamamiento celestial a comportarse en el tiempo actual de una manera apropiada para quienes son hijos de luz. De nuevo en este mismo capítulo el apóstol dice: «*Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará*» (10:37). ¡Cuán claro se puede ver en estas palabras que el Espíritu Santo deseaba que los creyentes del primer siglo estuvieran *«aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo»!*

Era tan real la esperanza del regreso del Redentor en el corazón del apóstol Pablo, y le parecía tan inminente este evento, que *él se incluyó a sí mismo* entre las personas que no dormirían sino que serían santos vivos que escucharían el llamado del cielo para ser reunidos de todos los rincones de la tierra. Él dijo: «He aquí, os digo un misterio: no todos *dormiremos*; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos» (1 Cor. 15:51-52). De nuevo: «mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación *nuestra*, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Flp. 3:20-21). Una vez más: «Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel, y

con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego **nosotros**, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts. 4:16-17). Los *enemigos de la fe* se han aferrado a estas mismas declaraciones para tratar de mostrar que el apóstol Pablo estaba en un error, que escribió con sabiduría humana por su propia iniciativa, que simplemente registró en las epístolas **sus propias creencias**; y que estaba equivocado en muchas de ellas. El problema es que una objeción de este tipo no tiene ningún sentido para los santos que creen que «**toda** Escritura es inspirada por Dios». Esperamos mostrar más adelante, en este capítulo, **por qué** el Espíritu Santo guió a los apóstoles a escribir acerca del segundo advenimiento de Cristo como un acontecimiento que podía tener lugar en el tiempo de ellos.

El apóstol Pablo no estaba solo en este aspecto, pues encontramos que los demás apóstoles

también percibían el regreso de nuestro Señor como una cosa que podía suceder en cualquier momento. El apóstol Santiago escribió: «Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la Venida del Señor se acerca» (Stg. 5:8). No hay ambigüedades de ningún tipo en este lenguaje. Con esta declaración no solamente se estaba confirmando la Venida de Cristo **antes del milenio**, por cuanto era imposible que el evento estuviera cerca si antes debía pasar todo un milenio, pero al mismo tiempo también



anunciaba la **inminencia** de Su regreso, y esto deja en claro que se trata de un acontecimiento que se puede esperar que suceda en cualquier momento. El apóstol Pedro declaró: «Mas el fin de todas las cosas **se acerca**; sed, pues, sobrios y velad en oración» (1 P. 4:7). El apóstol estaba esperando la rápida disolución del régimen mundial y la introducción de un nuevo orden de cosas cuando su Señor regresara y asumiera el gobierno. El apóstol Juan dijo: «Hijitos, **ya es el último tiempo**; y según vosotros oísteis que el Anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto **conocemos que es el último tiempo**» (1 Jn. 2:18). El ímpetu de la declaración del apóstol tenía el objetivo de recalcar que a pesar de que el hecho de que el Anticristo no había aparecido en persona cuando él escribió su epístola, de todas maneras los santos no deben por esto llegar a la conclusión de que la Segunda Venida de Cristo está en el futuro distante. No, porque incluso en aquel entonces **había muchos anticristos** y por esto debían estar al tanto de que era «**el último tiempo**». Así pues, vemos que el testimonio de los apóstoles fue uniforme y explícito. Todos estaban pendientes del regreso de su Señor en cualquier momento. Esa también debería ser nuestra actitud.

**¿POR QUÉ SE PRESENTÓ EL HECHO DEL REGRESO DE NUESTRO SEÑOR EN UN LENGUAJE DE INMINENCIA, PERO SE OCULTÓ LA FECHA EXACTA?**

A primera vista pudiera parecer extraño que nuestro Señor no nos haya dado a conocer la fecha exacta de su manifestación. Él hizo que muchos detalles asociados con la esperanza bienaventurada quedaran registrados en la Palabra. Ha dado a conocer muchas cosas que sucederán alrededor de su Segundo Advenimiento, y en vista del hecho mismo de que se haya revelado tanto nos puede pa-



recer que se haya dejado indefinido el aspecto que la curiosidad humana desea ver con más claridad. Sobra decir que *no fue ignorancia* por parte de nuestro Señor lo que le impidió precisar la hora de de su Segunda Venida, aunque algunos de sus enemigos se han atrevido a traer esta acusación contra Él, tratando de basar sus malignas suposiciones en Mr. 13:32: «*Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aún los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre*». Estas palabras no tienen por qué presentar alguna dificultad si prestamos la debida atención al evangelio en particular en que se encuentran, esto es, el de Marcos, que es el evangelio del Siervo de Yahweh. El propósito del evangelio de Marcos consiste en presentar al Señor Jesús como el *Siervo perfecto*, el Siervo obediente, el Siervo cuya comida era *hacer la voluntad de Aquel que le envió*, la clase de siervo que «*no sabe lo que hace su señor*» (Jn. 15:15). Marcos 13:32 no pone en duda la omnisciencia de nuestro Señor, sino que deja muy claro que mientras estuvo en su condición de Siervo, Él dependió siempre de la voluntad de Otro. Al reflexionar un poco en esto, cualquier persona podrá descubrir la sabiduría perfecta que nuestro Señor demostró al decir esto, porque de este modo podía abstenerse de revelar la fecha exacta de su regreso. Una razón para ello es que Él deseaba mantener a los suyos expectantes y pendientes a toda hora de su regreso.

De nuevo, es necesario considerar esta pregunta a la luz de *la unidad de la Iglesia de Cristo*. La tendencia que todos tenemos, es ver a los creyentes en general como muchos individuos *desvinculados*, en lugar de considerar a los santos de todos los tiempos y lugares como «un cuerpo» (1 Cor. 12:13), «*todos miembros los unos de los otros*» (Rom. 12:5). La Iglesia no es una organización, es un organismo vivo, un «cuerpo» del cual Cristo es la «cabeza». De ahí que la inminencia del regreso del Redentor sea para un miembro exactamente lo mismo que para *todos* los miembros, y por esta razón los creyentes del primer siglo tenían el mismo interés sincero en la manifestación del Salvador como los creyentes que vivimos ahora en el siglo XX [ahora XXI]. El objeto de la esperanza, *entonces*, es el mismo de la esperanza *ahora*, ya que el Cuerpo es uno; y a la inversa, el objeto de esperanza ahora necesariamente debió haber sido el mismo objeto de esperanza en aquel entonces. En consecuencia, los primeros cristianos, por virtud de la unidad de los santos, fueron exhortados a andar en la luz de la bendición de una esperanza que es *común a toda la Iglesia*.

El regreso de nuestro Señor pudo no haber sido revelado en absoluto, pero en ese caso la Iglesia habría sido privada de un poderoso factor dinámico para la vida cristiana piadosa. La inminencia del segundo advenimiento del Redentor fue revelada como un incentivo para la vigilancia y la preparación. Si en ese entonces no se hubiera presentado en el N.T. el hecho del regreso de nuestro Señor como algo que *podría* suceder en cualquier momento, sino que en lugar de eso se hubiera planteado expresamente como un acontecimiento que estaba programado para ocurrir en algún siglo posterior en particular, todos los creyentes que hubieran vivido en los siglos anteriores a este tiempo fijo de cumplimiento se habrían visto privados del consuelo que se encuentra en la certeza de que Cristo puede volver a cualquier hora, y se habrían perdido los aspectos purificadores que tal proyecto tiene. Como se ha señalado con gran acierto, por parte del Arzobispo Trench: «No es que desee que cada generación sucesiva crea que efectivamente Él va a regresar durante su tiempo de vida, puesto que Él no desea que nuestra fe y nuestra vida práctica se fundamente en el error, como lo serían en ese caso la fe y la práctica de todas las generaciones a excepción de la última; pero sí constituye un elemento necesario de la doctrina sobre la Segunda Venida de Cristo, el hecho de que debería ser factible en cualquier momento para que ninguna generación lo considere como algo improbable durante su tiempo».

Aquí tenemos entonces la respuesta sencilla pero suficiente a nuestra pregunta. La Segunda Venida de Cristo se presenta en un lenguaje de inminencia debido a los efectos de largo alcance que tiene el propósito de producir en todos los que se apropian de la promesa: «He aquí, vengo pronto». El regreso inminente del Redentor es una esperanza *práctica*. Es el motivo que impulsa todo el Nuevo Testamento, y el Espíritu Santo lo ha relacionado con todos los preceptos y prácticas del carácter y la conducta del cristiano. Como otro escritor lo ha expresado muy bien: «Pone en acción las amonestaciones, da firmeza a las instrucciones, fortalece los argumentos, vigoriza los mandatos, intensi-

fica las súplicas, eleva el coraje, suprime el temor, estimula los afectos, aviva la esperanza, inflama el celo, separa del mundo, consagra a Dios, enjuga lágrimas, conquista la muerte» (Brookes). Veremos en detalle esta declaración.

La esperanza de la Segunda Venida de nuestro Señor *produce lealtad y fidelidad a Cristo.*

*«Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual el Señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles»* Lc. 12:42-46.

El propósito moral de esta parábola (véase el contexto de la cita) es bastante manifiesto. Mientras el mayordomo mantuvo una actitud de vigilancia, se caracterizó por ser fiel y sobrio; pero cuando dijo en su corazón, «mi señor tarda en venir», empezó a golpear a sus hermanos siervos y a comer y a beber y embriagarse. De modo que velar mientras esperamos la Venida del Señor, es un incentivo para la lealtad y la fidelidad; mientras que, por otro lado, la falta de vigilancia trae como resultado un corazón que se llena de amor al mundo, un andar negligente y una vida plagada por la carnalidad.

El regreso de nuestro Señor se presenta aquí como algo que nos motiva al amor fraternal: *«Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la Venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos»* (1 Tes. 3:12-13). En vista del hecho de que nuestro Señor puede volver en cualquier momento, resultan en extremo perjudiciales las divisiones que se dan entre el pueblo de Dios. En breve cada uno de nosotros deberá comparecer ante el juicio (bema) de Cristo, donde todo mal será corregido y todo mal entendimiento será aclarado. El Señor está cerca y eso es una razón poderosa para dejar a un lado nuestras diferencias superficiales, perdonarnos mutuamente así como Dios nos ha perdonado por amor de Cristo, y crecer y abundar en amor los unos por los otros.

La esperanza permanente en el segundo advenimiento de Cristo también cumple la función de llamarnos a un *andar piadoso*: *«Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo»* (Tito 2:11-13). Aquí se puede ver con claridad que la esperanza bienaventurada también tiene el propósito de someter todo espíritu de egoísmo e indulgencia en el creyente, y promover la santidad en la vida diaria. Como dice al apóstol Juan: *«Todo aquel que tiene esta esperanza se purifica a sí mismo, así como Él es puro»* (1 Jn. 3:3).

El regreso de nuestro Señor también tiene el propósito de *alentar* a los corazones enlutados:

*«Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras»* (1 Tes. 4:13-18).

Las personas a quienes escribía el apóstol estaban afligidas por la pérdida de algunos seres queridos, pero observamos que él no procura consolarlos al decirles que en poco tiempo también ellos morirían para encontrarse en el cielo con quienes habían partido. No, puso ante ellos la posibilidad real de un Salvador que al regresar traería con Él a los santos que estuvieran durmiendo.

La promesa del regreso del Redentor está calculada para desarrollar la gracia de la *paciencia*: «*Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca*» (Stg. 5:7-8). Estas palabras iban dirigidas a santos que eran pobres en bienes de este mundo y que gemían bajo la opresión de empleadores injustos. ¡Cuán oportuna es esta palabra de exhortación para muchos santos del siglo XX [XXI]! ¡Cuántos pobres de Dios están clamando ahora al Señor para ser libertados de sus dificultades pecuniarias, de la tiranía y de la injusticia! Todo ese clamor ya ha llegado a oídos del Dios de los ejércitos, y así como Él intervino tiempo atrás a favor de Israel en Egipto, también vendrá con rapidez para librar a su pueblo del yugo impuesto por sus crueles patronos actuales. Mientras llega ese momento, la palabra para todos nosotros es: «Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor».

La esperanza del regreso de nuestro Señor *es el antídoto para la preocupación*: «*Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos*» (Flp. 4:5-6). Hermanos en Cristo, ¿por qué nos atemorizamos tanto por poder pagar las cuentas del año que viene? ¿Por qué hacer planes con ansiedad y pavor del futuro? ¿Por qué nos preocupamos por el mañana? Puede ser que mañana estemos en el cielo, el grito para reunirnos puede darse antes de que amanezca. Nuestro Señor puede volver en cualquier momento. El Señor está cerca y su manifestación significará el fin de todos nuestros problemas y tribulaciones. Por esa razón, no nos fijemos en los peligros y dificultades que nos rodean, sino en nuestro grande y poderoso Redentor. «Por nada estéis afanosos».

La posibilidad real de un pronto regreso del Salvador también se emplea para estimular una actitud de *sobriedad y vigilancia*: «*Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz*» (Rom. 13:11-12). La «salvación» de que se habla aquí es la que se menciona en Hebreos 9:28 («*y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*»), es una salvación que tiene lugar con el segundo advenimiento de Cristo. Notemos en particular que esta salvación no se presenta como una esperanza distante que vaya a hacerse realidad en un período remoto, sino como un acontecimiento que está muy cerca de nosotros.

Así llegamos, para finalizar a este estudio, a otra pregunta que reclama nuestra atención.

## ¿POR QUÉ RAZÓN EL SEÑOR HA TARDADO HASTA AHORA?

¿Por qué el Redentor no regresó hace mucho tiempo atrás? A primera vista una pregunta así puede parecer casi irreverente, y muchos se sentirán inclinados a recordarnos que «las cosas secretas pertenecen a Yahweh nuestro Dios». Como respuesta a esto diríamos que al considerar esta pregunta no lo hacemos en un espíritu de curiosidad sin sentido o para darnos a la especulación impertinente, sino porque creemos que al examinarla con humildad recibiremos provecho para nuestra alma, puesto que la respuesta a esta inquietud pone de manifiesto la sabiduría y la gracia de nuestro Señor.

En tiempos antiguos, la madre de Sísara exclamó acerca de su hijo, «*¿Por qué tarda su carro en venir? ¿Por qué las ruedas de su carro se detienen?*» (Jue. 5:28). Bien podríamos aplicar estas palabras a nuestro asunto en cuestión. En la víspera de su muerte, El Señor Jesús dijo: «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis». No obstante, han pasado veinte fatigosos siglos desde entonces, *¡y Él no ha venido todavía!* ¿Acaso esto no es un gran misterio? Un mundo en que abunda la iniquidad más y más todos los días; un Israel sin hogar y sin rey; una iglesia fragmentada por la división y, como Sansón, desprovista de sus fuerzas; una creación que gime y una tierra maltrecha por la guerra; todos se unen al clamor de las almas que están bajo el altar: «*¿Hasta cuándo, Señor...?*» (Ap. 6:10).

¿Cuál es la razón para una demora tan prolongada? ¿Por qué se ha postergado por tanto tiempo la era milenaria llena de bendición y bienaventuranza? ¿Por qué no ha regresado el Redentor para tener acceso a la heredad que compró con su sangre hace tanto tiempo? Sin duda, estas preguntas nos dejan abrumados a todos. Preguntas que en ciertas ocasiones ponen a hacer ejercicio los corazones de todos los santos de Dios. ¿Es posible encontrar una respuesta satisfactoria? Una respuesta *completa* no, ya que «conocemos *en parte*»; pero si una respuesta que por lo menos nos permita ver aunque «por espejo, oscuramente», parte del *significado* que tiene la tardanza de nuestro Señor. ¿Por qué se ha dado este intervalo dilatado desde el momento de su partida? ¿Por qué no regresó mucho tiempo antes? Tratemos de responder.

En primer lugar, porque Dios quiso darle al ser humano la plena oportunidad de poner sus planes en práctica y así demostrar sin lugar a dudas la necesidad que el mundo tiene de un Gobernante competente. El hombre no puede quejarse de que Dios no le haya concedido todas las oportunidades para experimentar y probar sus propios planes. Al hombre se le ha permitido desarrollar toda su potencialidad en el dominio y regeneración del mundo. Por así decirlo, Dios dejó las riendas del gobierno en las manos del hombre mientras Él se mantuvo alejado durante una temporada. ¿Por qué razón? A fin de ver si el hombre era suficiente o no para hacerlo, para mostrar si podía o no gobernarse a sí mismo, y para determinar si el ser humano era competente para luchar y sobreponerse a las potencias de maldad que hacen guerra contra su alma.

A través de los siglos, los esfuerzos del hombre han estado dirigidos al dominio y regeneración del mundo. Al hombre le ha sido dado un alcance sin límites para hacerlo, ¿y con qué resultados hasta ahora? Con el resultado de que el odio incurable que el corazón tiene hacia Dios y la perversión de la naturaleza humana han quedado desplegados en mayor grado que antes. ¿De qué manera ha hecho el hombre uso de la libertad, las oportunidades, los privilegios, los talentos y todas las demás cosas de que ha sido dotado por su Hacedor? ¿Qué beneficio ha generado con todos estos recursos? ¿Han sido empleados con el propósito de glorificar a Dios o más bien de deificarse a sí mismo? El simple hecho de formular las preguntas ya es suficiente. La jactancia del hombre se ha hecho oír con estridencia, sus exigencias se han expresado con grandilocuencia, y sus alardes han sido bastante pretensivos. Expresiones tales como *mejorar, avanzar, ilustrarse, evolucionar y ser civilizado* son las que forman parte de sus máximas favoritas, pero la sabiduría del mundo y la vanidad de los designios del hombre han quedado expuestas ante nuestros ojos. ¿Qué efectos ha tenido la «civilización»? Con todo nuestro así llamado progreso e ilustración, ¿qué hemos alcanzado? Que los archivos de nuestros tribunales y cortes judiciales nos lo digan; que las columnas de los periódicos nos den la respuesta; que las condiciones económicas, políticas y morales de nuestro tiempo lo afirmen; que lo digan las guerras mundiales con toda su barbarie, su inhumanidad y atrocidades. Es necesario subrayar que tampoco puede decirse que estas cosas sean debidas a la ignorancia y falta de experiencia de los hombres, porque el ser humano no está apenas empezando a hacer historia. Estamos viviendo en el siglo XX [XXI] de la era cristiana. El hombre no puede quejarse de que Dios no le haya dado tiempo suficiente para que sus planes tengan éxito. No, Dios le ha dado tiempo en abundancia y suficiente para mostrar que los intentos del hombre son un fracaso total; tiempo suficiente para demostrar que es totalmente incapaz de gobernarse a sí mismo; tiempo suficiente para probar que si algún alivio verdadero ha de venir, tiene que hacerlo de alguna parte *fuera* de él mismo.

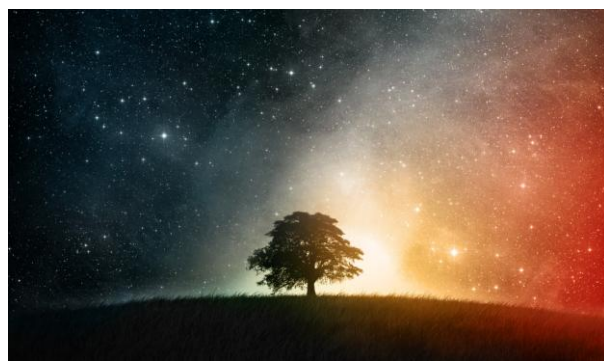
Aquí tenemos, entonces, la primera parte de nuestra respuesta: el regreso de Cristo se ha retrasado con el fin de conceder amplia oportunidad para que los planes del hombre puedan llevarse a cabo. *Dios espera hasta el tiempo de la cosecha*. Él ha estado esperando que llegue el momento de segar los planes y esfuerzos del hombre; ha estado esperando pacientemente con la hoz en su mano, y tan pronto como los cultivos de la industria humana estén maduros, va a escucharse por todas partes el anuncio: «Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, *pues la mies de la tierra está madura*» (Ap. 14:15).

¿Por qué ha tardado tanto en volver nuestro Señor?

En segundo lugar, a fin de que Dios pudiera desplegar plenamente el alcance de su paciencia. «Mas, oh amados, no ignoréis esto: para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, *no queriendo que ninguno perezca*, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:8-9). A lo largo de todos estos veinte siglos de historia, el Señor ha estado diciendo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». Desde el mismo instante en que el Salvador partió de la tierra, Dios ha venido tratando al mundo con misericordia en lugar de visitarlo con juicio. La paciencia de Dios hacia nuestra raza perversa ha sido verdaderamente maravillosa. Es sorprendente que las copas de su ira santa no se hayan vaciado sobre las naciones desde tiempo atrás. ¡Qué paciencia ha mostrado Yahweh para con nosotros al soportar tantas rebeldías durante veinte siglos! ¿Cuál es la razón por la que el día de salvación ha demorado hasta el punto en que ya ha sobrepasado en extensión a todas las dispensaciones que le antecedieron. ¿Por qué la puerta de la misericordia sigue abierta de par en par y Dios continua instando a los pecadores a reconciliarse con Él? ¿Por qué razón Cristo no volvió hace mucho tiempo en una llama de fuego para tomar venganza contra los que no conocen a Dios ni obedecen a su evangelio? ¿Por qué razón todavía no está sentado en el trono de su gloria y diciendo a sus enemigos: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles»? ¿Por qué? Porque el Señor Dios es «paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca». Supongamos que Cristo *hubiera* regresado cinco, diez, veinte o cincuenta años atrás; muchos de los que leen gozosos estas líneas de que son aceptos en el Amado, ¡habrían perecido en sus delitos y pecados! Por eso los invito a unirse al humilde escritor de estas líneas para dar gracias una vez más por la paciencia maravillosa de nuestro bondadoso Dios.

¿Por qué el Señor no regresó hace mucho tiempo?

En tercer lugar, a fin de que Dios pudiera poner a plena prueba la fe de su pueblo. Esto siempre ha sido una manera de hacer las cosas. ¿Para qué todos estos años de espera antes que Abraham tuviera a Isaac? ¿Por qué la prolongada servidumbre en Egipto, cuando el pueblo escogido gemía bajo las cargas impuestas por los crueles capataces egipcios? ¿Por qué esos cuatro siglos de silencio entre los ministerios de Malaquías y el de Juan el Bautista? ¿Para qué un intervalo de cuatro mil años desde que dio la promesa tocante a la Simiente de la mujer hasta su cumplimiento final? ¿Por qué? A fin de poner a prueba la fe de su pueblo. Para demostrar la autenticidad de su confianza en Él. Lo mismo sucede con esta dispensación. ¿Por qué ha tardado tanto tiempo nuestro Señor en la casa del Padre? ¿Para qué estos veinte siglos en que su Iglesia ha tenido que peregrinar en el desierto del mundo? ¿Por qué razón han pasado la primera, la segunda y la tercera «vigilia», y todavía falta por venir nuestro Señor? ¿Por qué Dios permitió que el conocimiento de la esperanza bienaventurada se recuperara hace casi dos siglos atrás, y todavía demora en llegar el Esposo? ¿Por qué esta expectación anhelante por parte de los suyos durante las tres generaciones pasadas, y hasta hoy día los cielos enmudecen? ¿Por qué se detienen las ruedas y tarda su carro en venir? ¿Por qué? Porque Dios quiso poner totalmente a prueba la fe de su pueblo. ¿Por qué se complace Él haciendo esto? Para la alabanza de la gloria de su gracia. Quizá para exhibirnos frente a los ángeles, para quienes «hemos llegado a ser espectáculo» (1 Cor. 4:9), con el fin de hacerles ver que Dios tiene un pueblo que por su gracia puede confiar en Él, ¡aún en medio de las tinieblas de un misterio insondable! Los caminos de nuestro Dios son maravillosos, y aunque los burladores pregunten: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?», y los siervos malos digan: «Mi señor tarda en venir», e incluso a pesar de que nuestro propio corazón perverso algunas veces esté tentado a murmurar en contra de la extensa demora, un día podrá verse con absolutas claridad que Él «bien lo ha hecho todo».



## CUADROS SINOPTICOS RELACIONADOS CON LAS «ÚLTIMAS COSAS».

ARREBATAMIENTO	SEGUNDA VENIDA
La traslación es inminente (puede ocurrir en cualquier momento), y es considerada un <i>misterio</i> (1 Cor. 15:51).	La manifestación del Señor es precedida por multitud de señales, y es ampliamente predicha en ambos Testamentos. En particular, es el punto culminante y final de los sucesos de la gran Tribulación.
Un acontecimiento sin señales o advertencias previas (1 Tes. 5:4; Heb. 10:25).	Deben atenderse diversas señales de proximidad (2 Tes. 2:2-3).
Es un traspaso de la tierra al cielo	Cristo, los ángeles y los santos, descenderán del cielo a la tierra, para establecer el Reino milenial sobre todo el mundo.
Los santos arrebatados irán de la tierra al cielo.	Los santos que entren en el Reino poblarán la tierra milenaria.
Todos los santos son arrebatados en el aire.	El Señor regresa a la tierra, sobre el M. de los Olivos.
Su venida no es vista por el mundo	Viene en poder y gran gloria (Mat. 24:27, 30; Ap. 1:7).
No hay cambios significativos en la tierra hasta ese momento.	El Monte de los Olivos se partirá en dos con un gran valle desde Jerusalén hasta el Jordán. Destruirá a sus enemigos en batalla de Armagedón.
La creación queda inalterada.	La creación es regenerada para disfrutar la gloria del reino milenial (Is. 35; 65:17-25; Ez. 47:1-12; Mat. 19:28).
Propósito: sacar a la Iglesia del mundo y traerla a la casa del Padre.	Propósito: establecer el Reino milenario de Cristo. No precisa ninguna traslación.
Cristo viene a reclamar una esposa.	El Señor regresa con su esposa (1 Tes. 4:17; Judas 14-15; Ap. 19:14).
Los santos tendrán cuerpos glorificados, como el de Cristo. Su número no variará.	Los santos tendrán cuerpos normales, con capacidad para reproducirse y naturaleza mortal.
El Señor sólo trata con la Iglesia.	El Señor reemprende sus tratos con Israel y juzga al mundo.
Los gentiles no son afectados.	Los gentiles experimentan la Ira de Dios. Son juzgados para determinar su entrada en el Reino (Mat. 25:31-46).
Los pactos con Israel no se cumplen.	Dios cumple todos sus pactos con Israel y establece el Reino prometido.
No habrá ningún juicio del pecado sobre la tierra.	Los ejércitos del mundo serán destruidos. La bestia y el falso profeta serán echados al lago de fuego. Judíos y gentiles serán juzgados en cuanto a sus requisitos para entrar en el Reino.
No altera el programa de Dios con respecto al mal.	El mal es juzgado y erradicado. Satanás es juzgado y el hombre de pecado destruido (2 Tes. 2:8; Ap. 19:20; 20:1-4).
Los cristianos serán librados del día de la ira (1 Tes. 5:4-5, 9; 1 Cor. 15:51-58; Ap. 3:10-11), entre otras razones, porque son <i>la esposa del Cordero</i> .	Los juicios de Dios se derramarán sobre la tierra. Creyentes judíos y gentiles compartirán las calamidades de los incrédulos. (Ap. 6:12-17). La ira de Satanás se verterá sobre los creyentes (12:6).
Satanás no será afectado.	Atado mil años antes de su juicio final.
El traslado de la Iglesia deja vía libre al comienzo de la Tribulación.	La Segunda Venida da lugar al establecimiento del glorioso Reino milenario.
No se revela en el A.T. (aparece en Juan 14).	Ampliamente revelada en el A.T. y N.T.
Sólo se ocupa de creyentes nacidos de nuevo.	Juicio de los perdidos y liberación de los judíos perseguidos.
Se centra en la recogida de todos los creyentes.	El aspecto central es la manifestación visible del Hijo.
Trae un mensaje de consuelo inmenso para el creyente.	Culmina la manifestación de la Ira divina y trae juicio.
La expectativa de la Iglesia es que el Señor está cerca.	La expectativa de Israel es ser introducido en el Reino.
«Nuestra reunión con Él» (2 Tes. 2:1).	«La venida de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tes. 2:1).
«La estrella de la mañana» (Ap. 2:28; 22:16; 2 P. 1:19).	«El sol de justicia» (Mal. 4:2).
«El día de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 1:8; 2 Cor. 1:14; Flp. 1:6, 10; 2:16).	«El día del Señor» (2 P. 3:10).
Cristo aparece como Esposo, Señor y Cabeza de la iglesia (Ef. 5:25-27; Tito 2:13).	El Señor aparece como Rey, Mesías y Emanuel para Israel (Is. 7:14; 9:6-7; 11:1-2).

Presentamos a continuación una *selección no exhaustiva* (el material profético sobre la venida de Cristo es realmente muy extenso en todas las Escrituras), de *pasajes relevantes sobre la Segunda Venida de Cristo*, sin discriminar los que corresponden estrictamente a la iglesia, a Israel o a los gentiles:



## PROFECÍAS ACERCA DE LA SEGUNDA VENIDA

Gén. 45:4-7	«José» se revela a sus hermanos
Gén. 45:14-15	Momentos de llanto y alegría en el reencuentro
Gén. 49:10	Todos los pueblos se congregarán ante el Rey
Deut. 33:2	Vendrá del monte Sinaí, de Seir y de Parán
Job 19:25	Mi Redentor se levantará sobre la tierra
Salmo 2:6	Yo he puesto mi Rey sobre Sión, mi santo monte
Salmo 2:8-9	Quebrantará naciones rebeldes, poseerá los confines de la tierra
Salmo 24:1	Yahweh posee la tierra y su plenitud
Salmo 24:7-10	El Rey de gloria entrará por las puertas eternas
Salmo 50:2	El Señor resplandece desde Sión
Salmo 67:4	Juzgará la tierra con equidad y pastoreará naciones con justicia
Salmo 72:11	Todos los reyes se postrarán ante Él y naciones le servirán
Salmo 86:9	Naciones vendrán, adorarán y glorificarán el nombre del Rey
Salmo 89:36	Tendrá descendencia perpetua y su trono brillará como el sol
Salmo 96:10-13	El Señor viene a juzgar la tierra con justicia y verdad
Salmo 98:9	El Señor viene a juzgar la tierra con justicia y rectitud
Salmo 102:16	Será visto en gloria y edificará a Sión
Salmo 110:2	Yahweh extenderá desde Sión el cetro de su poder
Salmo 110:6	Llenará las naciones de cadáveres
Salmo 147:2	Yahweh edifica Jerusalén y recoge a los desterrados de Israel
Isa. 9:7	Recibirá el trono de David y un imperio sin límites
Isa. 9:7	Extenderá la justicia y la paz eternamente
Isa. 11:10	Será buscado por las gentes y su habitación será gloriosa
Isa. 32:15	Transformará desierto en tierra fértil y campo fértil en bosques
Isa. 33:20-21	Será poderoso en Jerusalén, con ríos y canales caudalosos
Isa. 35:1-2	Yermo florecerá como rosa, con gloria del Líbano, Carmelo y Sarón
Isa. 35:2	Verán la gloria de Yahweh, el esplendor del Dios nuestro
Isa. 40:4	Profundos cambios topográficos en la tierra prometida
Isa. 40:5	Se manifestará la gloria de Yahweh y toda carne le verá
Isa. 45:23	Toda rodilla se doblará ante Él
Isa. 49:6-7	Restaurará las tribus de Jacob y será Luz de las naciones
Jer. 3:17	Llamarán a Jerusalén Trono de Yahweh y subirán a ella sin maldad
Jer. 23:5	El Renuevo de David reinará como Rey en la tierra
Jer. 23:6	Las doce tribus habitarán confiadas bajo Yahweh Justicia Nuestra
Ez. 21:25-27	Recibirá el trono de David
Ez. 40 - 46	Descripción del Templo milenal: planos y dimensiones
Ez. 47 - 48	Cambios gloriosos en la tierra prometida y nuevo reparto de las tribus
Ez. 43:2-5	La gloria del Señor regresará de nuevo al Templo
Ez. 44:4	La gloria del Señor llenará el Templo
Dan. 2:34-35	Cristo pone fin abruptamente al tiempo de los gentiles
Dan. 2:44	En la etapa final del imperio romano, Dios establece el Reino eterno
Dan. 7:13	El Hijo del Hombre viene a tomar posesión del Reino
Dan. 7:13-14	Recibirá un Reino glorioso que nunca tendrá fin
Dan. 7:18, 22, 27	Gobernará el Reino eterno con los santos del Altísimo
Oseas 6:3	Viene Yahweh a la tierra como la lluvia tardía y temprana
Zac. 12:10	Los hijos de Israel mirarán al que traspasaron con llanto por unigénito
Zac. 14:4	Pondrá sus pies sobre el Monte de los Olivos y éste se partirá en dos
Zac. 14:5	Los habitantes de Jerusalén sitiada huirán por el valle abierto
Zac. 14:16	Los supervivientes subirán a adorar al Rey celebrando fiesta tabernáculos
Mat. 6:10	Vendrá a nosotros el Reino del Padre
Mat. 16:27	Vendrá en la gloria de Su Padre, con sus ángeles, para dar retribución
Mat. 19:27	Se sentará en el Trono de su gloria
Mat. 19:28	Los apóstoles, sentados en doce tronos, juzgarán a las doce tribus Israel

Mat. 19:28	Será el tiempo de la regeneración ( <i>palingenesía</i> )
Mat. 24:30	Aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo
Mat. 24:30	Vendrá en nubes del cielo con gran poder y gloria
Mat. 24:30	Todas las tribus de la tierra se lamentarán
Mat. 25:1-12	El retorno del Esposo recibiendo a las vírgenes con lámparas encendidas
Mat. 25:14-30	Juicio sobre la fidelidad y responsabilidad de los siervos
Mat. 25:31	Se sentará en su Trono de gloria
Mat 25:31-46	Congregará y juzgará a todas las naciones (32) antes de entrar al Reino
Mat. 26:64	Vendrá desde la diestra del poder de Dios en las nubes del cielo
Mar. 8:38	Cuando venga en su gloria se avergonzará de quienes se avergonzaron de Él
Mar. 14:62	Verán al Hijo del Hombre en la diestra de Dios y viniendo en las nubes del cielo
Lc. 1:32	El Hijo del Altísimo recibirá el trono de David, su padre
Lc. 9:26	Se avergonzará de quienes se avergonzaron, al venir en su gloria y la del Padre
Lc. 12:37	Cuando venga, el Señor servirá en su mesa a sus siervos vigilantes
Lc. 12:35-48	Aguardando al Señor con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas
Lc. 17:20-37	Será como en los tiempos de Noé y de Lot
Lc. 18:8	Hallará muy poca fe en la tierra
Lc. 19:11-28	Va a un país lejano para tomar un reino y volver
Lc. 21:7-36	Respuesta a los discípulos: señales antes de la Venida del Hijo del Hombre
Lc. 22:28-30	El Señor asigna un Reino a los suyos, donde comerán y beberán a su mesa
Lc. 22:28-30	Los apóstoles, en doce tronos, juzgarán las doce tribus
Jn. 1:51	El cielo abierto y los ángeles suben y bajan sobre el Hijo del Hombre
Jn. 5:28	Todos los muertos oirán su voz
Jn. 14:3	El Señor vendrá otra vez y nos tomará a Sí mismo
Jn. 14:18	No nos dejará huérfanos, volverá a nosotros
Jn. 14:28	Voy al Padre y vuelvo a vosotros
Jn. 21:22	Si quiero que él quede hasta que yo venga...
Hch. 1:10-11	Este mismo Jesús así vendrá como le habéis visto ir al cielo
Hch. 3:19-21	Vendrán tiempos de consuelo hasta la restauración de todas las cosas
1 Cor. 1:4-8	Nos mantendrá firmes hasta el fin mientras esperamos la manifestación de Cristo
1 Cor. 4:5	No debemos juzgar nada antes de tiempo hasta que el Señor venga
1 Cor. 11:26	Al tomar del pan y la copa, la muerte del Señor anunciamos hasta que Él venga
1 Cor. 15:23	La resurrección de los muertos seguirá un orden establecido
2 Cor. 15:23	Los que son de Cristo resucitan en su Venida
1 Cor. 16:22	El Señor viene ( <i>maranatha</i> ). El que no ame su Venida sea anatema (maldito)
2 Cor. 1:14	Los hermanos a quienes servimos serán nuestro gozo en del día del Señor
Flp. 1:6-10	El que comenzó la buena obra en nosotros la perfeccionará hasta el día de Cristo
Flp. 2:16	Asidos a la palabra de vida para gloriarnos en el día de Cristo
Flp. 3:11	Resurrección <i>de entre (ek nekron)</i> los muertos
Flp. 3:20	Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador
Flp. 3:21	Transformará nuestro cuerpo mortal en otro glorioso, semejante al suyo
Flp. 4:5	El Señor está cerca
Col. 3:3-5	Seremos manifestados con Él en gloria
1 Tes. 1:9	Esperamos de los cielos a su Hijo, quien <i>nos libra de la ira venidera</i>
1 Tes. 2:19	Esperanza, gozo y corona en su Venida
1 Tes. 3:13	El Señor Jesucristo vendrá con todos sus santos
1 Tes. 4:13-18	El Señor mismo descenderá del cielo (16) para recibirnos en las nubes (17)
1 Tes. 4:13-18	Vendrá con voz de mando, voz de arcángel y trompeta de Dios (16)
1 Tes. 4:16-17	Los muertos en Cristo resucitados y los vivos que hayamos quedado
1 Tes. 4:17	Todos seremos arrebatados para recibir al Señor en el aire
1 Tes. 5:1-10	No tenemos necesidad de conocer tiempos y sazones; hijos de luz y del día
1 Tes. 5:23	Santificados por completos e irreprochables para su Venida
2 Tes. 1:7-10	Volverá manifestado en llama de fuego (8) en la gloria de su poder
2 Tes. 2:1-8	Destruirá al Anticristo con el resplandor de su Venida (8)



2 Tes. 2:2-3	Nadie nos debe engañar afirmando que el Señor ya ha venido
1 Tim. 6:13-15	Guardar el mandamiento recibido sin mancha ni reprensión hasta su aparición,
1 Tim. 6:15	Su aparición mostrará al bienaventurado Soberano, Rey de Reyes y de señores
2 Tim. 4:1	En su manifestación y reino juzgará a los vivos y a los muertos
2 Tim. 4:8	La corona de justicia para todos los que aman su Venida
Tito 2:11-15	Aguardamos esperanza bienaventurada y manifestación de nuestro Dios y Salvador
Heb. 9:28	Vendrá por segunda vez sin relación con el pecado para salvar a los que le esperan
Heb. 10:22-25	Aquel día se acerca: mantengamos sin fluctuar fe, esperanza y amor
Heb. 10:35-37	Aún un poquito de paciencia: Él no tardará
Stg. 5:7-8	Tened paciencia como el labrador, esperando en la tierra lluvia temprana y tardía
1 P. 1:7	Nuestra fe sometida a prueba, más preciosa que oro refinado en su manifestación
1 P. 1:13	Esperando por completo en la gracia que se nos traerá cuando Él sea manifestado
1 P. 4:13	Nuestros padecimientos en Cristo, motivo de gozo en la revelación de Su gloria
1 P. 5:1-4	Cuando apareciere el Príncipe de los pastores les dará corona incorruptible gloria
2 P. 3:3-6	Los burladores de los últimos días niegan que crease los cielos y la tierra
2 P. 3:7	Cielos y tierra actuales reservados para el fuego en el día del juicio de los impíos
1 Jn. 2:28	Tengamos confianza para no alejarnos avergonzados de Él en su Venida
1 Jn. 3:2	Seremos semejantes a Él porque le veremos como Él es
1 Jn. 3:3	Quien tiene esa esperanza se purifica a sí mismo, así como Él es puro
Jd. 14-15	El Señor viene con todos sus santos a juzgar los pecadores impíos
Ap. 1:7	Viene con las nubes y todo ojo lo verá; todos los linajes se lamentarán por Él
Ap. 1:7	Le verán los que le traspasaron
Ap. 2:25	Retengamos lo que tenemos hasta que Él venga
Ap. 2:27	Regirá todas las naciones con vara de hierro, quebrándolas como vasijas de barro
Ap. 3:3	Si no te arrepientes y velas, vendrá sobre ti como ladrón en la noche
Ap. 3:10	Te guardaré <b>de la hora</b> de la prueba que ha de venir sobre mundo entero (1 Ts.1:9)
Ap. 3:11	He aquí vengo pronto, retén lo que tienes para no perder tu corona
Ap. 5:10	Nos has hecho para Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra
Ap. 5:13	Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honra, gloria y poder
Ap. 14:14-16	El Hijo del Hombre sale con una hoz aguda y toda la tierra es segada
Ap. 15:4	Todas las naciones vendrán y te adorarán porque tus juicios se han manifestado
Ap. 16:15	He aquí yo vengo como ladrón; bienaventurado el que vela sus vestiduras
Ap. 22:20	¡Así sea (amén)! ¡Ven, Señor Jesús!

Sin duda alguna, la **importancia práctica** del *estudio de la Segunda Venida de Cristo* es de un valor incalculable para el creyente. Merece la pena recordar algunas de las innumerables **bendiciones** y alicientes que reporta el estudio de esta doctrina a la iglesia de Cristo:

<b>IMPORTANCIA PRÁCTICA DE LA SEGUNDA VENIDA</b>	
<b>IMPULSA O FORTALECE:</b>	
La vigilancia permanente	Mt. 24:42-44; 25:13; Mr. 13:32-37; Lc. 12:35-38; Ap. 16:15
La sobriedad	1 Tes. 5:2-6; 1 P. 1:13; 4:7; 5:8
El arrepentimiento	Hch. 3:19-21; Ap. 3:3
La fidelidad	Mt. 25:19-21; Lc. 12:42-44; 19:12-13
La fidelidad en el ministerio cristiano	2 Tim. 4:1-2
No avergonzarse nunca de Cristo	Mr. 8:38
Perder interés por riquezas mundanas	Mt. 16:26-27
Renunciar a los deseos mundanos	Tito 2:11-13
La gentileza y la benignidad	Flp. 4:5
La paciencia	Heb. 10:36-37; Stg. 5:7-8
Abandonar las pasiones terrenales	Col. 3:3-5
La sinceridad irreprochable	Flp. 1:9-10
La santificación práctica	1 Tes. 5:23

Guardar los mandamientos del Señor	1 Tim. 6:13-14
La diligencia y pureza pastoral	1 P. 5:2-4
La limpieza interior	1 Jn. 3:2-3
Permanecer en Cristo	1 Jn. 2:28
Soportar las pruebas y tentaciones	1 P. 1:7
Sufrir persecución por el Señor	1 P. 4:13
Un estilo de vida santo y piadoso	2 P. 3:11-13
El amor fraternal	1 Tes. 3:12-13
El anhelo creciente de la vida celestial	Flp. 3:20-21
Amar la Segunda Venida de Cristo	2 Tim. 4:7-8
Confiar en que completará su obra	Flp. 1:6
Esperarle a Él gozosos y despiertos	Heb. 9:27-28
Retener la verdad y el amor hasta el fin	Ap. 2:25; 3:11
Esperar de Él una rica recompensa	Mt. 19:27-28
Velar constantemente por su Venida	Lc. 17:24-30
Guardarnos de juicios precipitados	1 Cor. 4:5
Asegurarnos un tiempo de gozo	2 Cor. 1:14; Flp. 2:16; 1 Tes. 2:19
Animarnos durante su ausencia	Jn. 14:3; Hch. 1:11
Afirmar la esperanza en el día del Señor	1 Cor. 1:4-8
<b>PROVEE SEGURIDAD Y CERTEZA</b>	
Proclamada en la Cena del Señor	1 Cor. 11:26
El principal acontecimiento esperado	1 Tes. 1:9-10
El tiempo de cuentas con sus siervos	Mt. 25:19
El juicio de las naciones	Mt. 25:31-46
La resurrección de los santos	1 Cor. 15:23
Manifestación de los santos en gloria	2 Cor. 5:10; Col. 3:4
Fuente de consolación en el duelo	1 Tes. 4:14-18
Tiempo de tribulación para incrédulos	2 Tes. 1:7-9

## EL REY DE LOS SIGLOS (AION). 1 Tim. 1:17.

En las Escrituras, la *división del tiempo* en días, meses y años, se fija por el movimiento de la tierra y la luna (meses lunares). La palabra *centuria* o *siglo*, no se utiliza. La mayor medida del tiempo después del año (año sabático y año de jubileo), se designa con el importante término griego **aion** (equivalente al hebreo *olam*). Esta palabra se usa **104 veces en el N.T.**, con una notable *diversidad de acepciones*, como vemos en el siguiente cuadro. Si se examinan los pasajes consignados, restituyendo el término *aion* en cada lugar, se aprecia que el mismo *no alude a mundo material o físico* sino a *medida de tiempo*, mostrándonos un «**plan de las edades**», *no visualizable a simple vista*, potenciado por el *importante efecto multiplicador* de los *plurales*, encontrando así expresiones como **aion**, **aions** (plural), **aion de aions** (un gran aion compuesto de aions), y la forma múltiple **aions de aions** (usualmente traducido como *los siglos de los siglos*) [usamos plurales “*castellanizados*”, no las formas gramaticales griegas del plural], equivalente a nuestro concepto de *eternidad*. Creemos que ello puede ser de mucho interés para los que aman Su Venida.

El término **aion** en el N.T., insistimos, es esencialmente una *expresión de tiempo* (un *espacio de tiempo*, como una vida, una generación, un período de la historia, un período indefinidamente largo, un siglo o una eternidad; también la *suma total de los períodos de tiempo*, incluyendo *todo lo que se manifiesta en ellos*).

Muchas veces se confunde y se relaciona el término **aion** con la palabra **mundo**. Debemos tener bien presentes los matices diferenciales de estos términos: **kosmos** (mundo) se refiere al *conjunto de cosas materiales*, lo que entendemos como *universo ordenado*; **oikoumené** (mundo) se refiere específicamente a la *tierra habitada*; mientras que el término **aion**, cuando contempla el *mundo*, lo hace bajo un *aspecto temporal*. En ocasiones, el término aion posee *connotaciones* con estos otros términos y se convierte en *sinónimo* de ellos (En Tito 2:12, parece ser sinónimo de **oikoumené**, y se usa para la *tierra habitada*; en otros casos es sinónima de **kosmos**, en un *sentido moral*, aludiendo a un *sistema organizado* que está *bajo el dominio de Satanás*, como en 2 Cor. 4:4 o 2 Tim. 4:10).

Mucho más importante es notar que **aion** se emplea con frecuencia en un sentido de **eternidad**, o la *suma total de todos los siglos* (Mt. 6:13; Lc. 1:33, 55; Jn. 6:51, 58; 8:35; 12:34; Rom. 9:5; 11:36; 2 Cor. 9:9; Flp. 4:20; Heb. 7:17, 21; 1 P. 1:25; Ap. 15:7).

También tiene un uso importante en relación con las **dispensaciones** (edades o períodos de tiempo diferenciados, en los que Dios tiene un trato específico con los hombres). Cuando se utiliza de esta forma, podemos hablar de un **tiempo pasado**, el **tiempo presente** o un **tiempo venidero**. Así, en cuanto a **Israel**, hay un «**siglo presente**» en Mt. 12:32; Mr. 4:19, y un «**siglo venidero**» en Mt. 12:32; 13:39-40; 24:3; Mr. 10:30 y Lc. 18:30; 20:35. También, con respecto a la **iglesia** hay «**el presente siglo**», en 1 Cor. 1:20 o Gál. 1:4, y un «**siglo venidero**» en Ef. 1:21. Pero en este terreno *hay que ser muy cuidadosos*, pues la *connotación no siempre puede ser la misma* (el «**presente siglo**» del que habla Pablo, no es el mismo «**presente siglo**» del que habla Cristo; ni la expectativa del «**siglo venidero**» para la **iglesia** es la misma que para **Israel**, como se aprecia en el siguiente cuadro:

	ISRAEL	IGLESIA
«PRESENTE SIGLO»	Período de tiempo en el que se esperaba al Mesías	Período <i>intermedio</i> entre sus dos venidas
«SIGLO VENIDERO»	Siglo que inauguraría la venida del Mesías para establecer su reino	Puede contemplarse en dos aspectos: Aspecto terrenal: Ef. 1:21 Aspecto eterno: Ef. 2:7

Una cualidad muy remarcable de este «**presente siglo**» en el N.T. es su **carácter nocivo**. Es llamado «**siglo malo**» (Gál. 1:4), porque está bajo el dominio de **Satanás**, quien es «**su dios**» (2 Cor. 4:4). Se caracteriza por las «**tinieblas espirituales**» (Ef. 6:12), tinieblas que producen su propia «**sabiduría**» mundana (2 Cor. 2:6-7), en la cual *no brilla ninguna luz*. Como resultado de todo ello, este siglo se distingue por la «**impiedad**» y los «**deseos mundanos**» (Tito 2:12), cosas de las que debemos apartarnos: «*no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Rom. 12:2). En estos deseos pecaminosos «*anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este kosmos, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que opera en los hijos de desobediencia*» (Ef. 2:2). Pero «*aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo... para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*» (Ef. 2:5, 7).

Un minucioso estudio de W.E. Blackstone muestra el *rico contenido lingüístico en las traducciones de aion*:

TRADUCCIONES DE AION EN EL N.T.	Frecuencia	TEXTOS
SIGLO	26	Mt. 12:32; 13:22, 40, 49; Mr. 4:19; 10:30; Lc. 16:8; 18:30; 20:34-35; Hch. 3:21; 15:18; Rom. 12:2; 1 Cor. 1:20; 2:6, 8; 2 Cor. 4:4; Gál. 1:4; Tito 2:12...
SIGLOS	15	Mt. 6:13; Rom. 1:25; 9:5; 11:36; 1 Cor. 2:7; 10:11; 2 Cor. 11:31; Ef. 2:7; 3:9; Col. 1:26; 1 Tim. 1:17; Heb. 9:26; 11:3; 13:8; Jd. 25.
MUNDO	3	Mt. 13:39; 24:3; 28:20.
CONDICION	1	Ef. 2:2.
ETERNA	1	Ef. 3:11.
ETERNAMENTE	4	Jn. 6:58; 11:26; Heb. 5:6; 7:21.
ETERNALMENTE	2	Heb. 6:20; Judas 13.
PERPETUAMENTE	2	1 P. 1:25; 2 Jn. 2.
ETERNIDAD	1	2 P. 3:18.
UNIVERSO / MUNDO	1	Heb. 1:2.
PRINCIPIO	1	Lc. 1:70.
JAMÁS (como negativo)	3	Mr. 3:29; Jn. 13:8; 1 Cor. 8:13.
PARA SIEMPRE	17	Mr. 11:14; Lc. 1:33; 1:55; Jn. 6:51; 8:35; 12:34; 14:16; Rom. 16:27; 2 Cor. 9:9; Heb. 7:17, 24, 28; ; 1 P. 1:23; 5:11; 2 P. 2:17; 1 Jn. 2:17.
PARA SIEMPRE (como negativo)	5	Mt. 21:19; Jn. 4:14; 8:51-52; 10:28.
SIGLO DEL SIGLO	1	Heb. 1:8.
SIGLO DE LOS SIGLOS	1	Ef. 3:21.
PARA SIEMPRE JAMAS	14	1 P. 4:11; Ap. 1:6; 4:9-10; 5:13-14; 7:12; 10:6; 11:15; 14:11; 15:7; 19:3; 20:10; 22:5.
POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS	4	Flp. 4:20; 1 Tim. 1:17; 2 Tim. 4:18; Heb. 13:21.
POR SIGLOS DE LOS SIGLOS	2	Gál. 1:5; Ap. 1:18.

Al profundizar en el estudio van emergiendo *distinciones* y matices que revelan el «programa divino de los siglos»:

EL PROGRAMA DIVINO DE LOS SIGLOS (AIONS)	
Dios tiene un « <b>programa de los siglos</b> », como muestran muchos pasajes	Dt. 30:1-10; Dn. 2:31-45; 7:1-28; 9:24-27; Os. 3:4-5; Mt. 23:37 a 25:46; Hch. 15:13-18; Rom. 11:13-29; 2 Tes. 3:1-12; Ap. 2:1 a 22:31
Hay períodos de tiempo bien definidos relacionados con el propósito divino	Rom. 5:14; Jn. 1:17
Cristo habla de los « <b>tiempos de los gentiles</b> » que deben diferenciarse de los	Lc. 21:24

« <b>tiempos</b> » o « <b>sazones</b> » <b>judíos</b>	Hch. 1:7; 1 Tes. 5:1
Cristo habló de un <b>período entre sus venidas</b> no anunciado en el pasado	Mt. 13:1-51
Cristo predijo un <b>tiempo futuro</b> de « <b>gran tribulación</b> » y definió su carácter	Mt. 24:9-31
Se habla de los « <b>postreros tiempos</b> » para <b>Israel</b> , en contraste con unos « <b>postreros días</b> » para la <b>iglesia</b>	Is. 2:1-5 2 Tim. 3:1-5
Juan prevé un período de <b>mil años</b> (1) y lo relaciona con el reino de Cristo, cuando la iglesia, Su esposa, reinará con Él	Ap. 20:1-6
El ángel Gabriel anunció que <b>Cristo</b> se sentará en el <b>trono de David</b> y reinará sobre la <b>casa de Jacob</b> para <b>siempre</b>	Lc. 1:31-33
Habrá un <b>cielo nuevo</b> y una <b>tierra nueva</b> y perdurable	Is. 65:17; 66:22; 2 P. 3:13; Ap. 21:1
Se establece un contraste marcado entre « <b>el tiempo pasado</b> », cuando habló a los padre por los profetas, y « <b>estos postreros días</b> », cuando nos está hablando por el Hijo	Heb. 1:1-2
Hay una clara distinción entre « <b>siglos pasados</b> », el « <b>siglo presente</b> » y el « <b>siglo venidero</b> » (o « <b>siglos venideros</b> »)	Ef. 3:5; Col. 1:26 / Rom. 12:2; Gál. 1:4 / Ef. 2:7; Heb. 6:5; Ef. 1:10
Al « <b>siglo venidero</b> » se lo denomina también « <b>la dispensación del cumplimiento de los tiempos</b> »	Ef. 1:10
Hay una « <b>dispensación del misterio escondido desde los siglos</b> en Dios»	Ef. 3:9
Muchos de los « <b>misterios</b> » revelados en el N.T. serán consumados o manifestados en la « <b>dispensación del cumplimiento de los tiempos</b> »	(Ef. 1:10) => Rom. 11:25; Ef. 3:3-5; Ap. 1:20; 1 Cor. 15:51; 2 Tes. 2:7; Ap. 17:7; 17:5; 10:7; Ef. 1:9

(1) No hay razón ni fuente exegética alguna para negar que los **mil años** mencionados por el apóstol Juan son plenamente literales. Abandonar la hermenéutica histórica y gramatical para eludir el sentido literal de este término, es un acto puramente arbitrario y sin justificación por parte del intérprete. Robert L. Thomas escribe al respecto:

«Si el escritor deseara un número muy grande para que fuera simbólico, ¿por qué no usó “ciento cuarenta y cuatro mil” (Ap. 7:1 ss; 14:1 ss), “doscientos millones” (Ap. 9:16), “millones de millones” (Ap. 5:11), o “un número que nadie podía contar” (Ap. 7:9)? El hecho es que no hay ningún número en Apocalipsis que pueda verificarse que es un número simbólico. Por otra parte, la regla es el uso de números no simbólicos. Se requiere la multiplicación de un literal 12.000 por un literal de 12 para llegar a los 144.000 en 7:4-8. Las iglesias, sellos, trompetas y copas son todos literalmente siete. Los tres espíritus inmundos de 16:13 son literalmente tres. Los tres ángeles relacionados con los tres ayes finales (8:13) se suman al total de tres. Las últimas siete plagas son exactamente siete. La equivalencia de 1.260 días y tres años y medio necesita que se comprendan estos números de forma no simbólica. Los doce apóstoles y las doce tribus de Israel son literalmente doce (21:12-14). Las siete iglesias están en siete ciudades literales. **La confirmación de un solo número en Apocalipsis como simbólico es imposible**» (Revelation 8-22: An Exegetical Commentary; Chicago: Moody, 1995, pág. 408-409).

Al profundizar en el estudio, lo primero que debe notarse, al igual que con todas las Escrituras (**Lc. 24:27**), es el carácter **Cristocéntrico** de los **aions**. En **1 Tim. 1:17**, Jesucristo es llamado «el **Rey de los aiónon**», todos los cuales fueron hechos por Él. **Heb. 1:2** dice que «por medio del cual hizo todos los **aionas**», todo ello «conforme al **propósito eterno** que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (**Ef. 3:11**).

Es importante centrarnos ahora en el **estudio del presente siglo**. Para ello debemos examinar primero **en qué se distingue de los siglos precedentes** y cuál es el **propósito divino para el presente siglo**. Visto todo ello, nos quedará por ver el **carácter «misterioso» del presente siglo**, aspecto crucial para entender y sentar unas sólidas bases en el estudio de la **escatología** (doctrina de las «últimas cosas»), y la comprensión cabal de todo el complejo cuadro que emerge en la «**dispensación del cumplimiento de los tiempos**» (**Ef. 1:10**).

<b>DIFERENCIAS ENTRE EL «PRESENTE SIGLO» Y LOS SIGLOS PRECEDENTES</b>	
<b>LOS SIGLOS ANTERIORES</b>	<b>EL PRESENTE SIGLO</b>
Cristo fue anunciado con anticipación	Vino al mundo, murió, resucitó y está a la diestra del Padre
El Espíritu Santo vino sobre ciertos hombres para investirlos de poder en tareas específicas y limitadas	El Espíritu Santo ha hecho su morada en cada creyente
Las buenas nuevas anunciadas eran preparatorias	La declaración de buenas nuevas anuncia una salvación completa alcanzada por medio de Cristo
La revelación fue incompleta	Cristo revela al Padre, de forma completa y definitiva
La caracterización moral de los siglos pasados es neutra, con todos sus altibajos	El siglo se distingue por el antagonismo contra Dios y su Ungido, y es definido como un «siglo malo» (Gál. 1:4)
Satanás usurpa el dominio sobre el mundo que Dios dio al hombre	El siglo está bajo el dominio de Satanás, su dios, de una forma única y sin precedentes.
Israel es el centro de los planes de Dios para el desarrollo de sus propósitos de salvación	Israel es apartado de su posición privilegiada, y no puede esperar el cumplimiento de sus promesas pendientes durante este siglo.

Estas diferencias muestran claramente que el «presente siglo» es de una **naturaleza distinta** a todos los siglos precedentes. Esto nos lleva a considerar el **propósito divino para el «presente siglo»**.

El A.T. termina sin que los propósitos divinos hayan culminado. Después de la muerte de Cristo, y en respuesta al rechazo de Israel a su Mesías, Dios instituye un **nuevo programa** para **interrumpir** (no para *reemplazar* o *desechar*) el **anterior divinamente pactado**. Dicho programa es **previsto por el Señor** en el discurso del Aposento alto (**Juan 13 – 16**).

El concilio de Jerusalén anunció que «Dios visitó a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su Nombre» (Hch. 15:14). Ese «tomar de ellos pueblo» constituye el **programa de Dios para este siglo**. El propósito del llamamiento de la iglesia es **desplegar eternamente las inmensas riquezas de la gracia** divina: «para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de Su gracia, en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Ef. 2:7). Chafer señala apropiadamente: «Había algo en Dios que ningún ser creado vio jamás. Habían visto su gloria, su majestad, su sabiduría y su poder; pero ningún ángel u hombre **había visto jamás su gracia**, cuya manifestación está restringida a lo que Dios puede hacer para aquellos hombres que, a pesar de merecer el juicio divino, son objeto de su inmerecida misericordia».

Es importante advertir que, tras ver el nuevo enfoque del programa divino («tomar de ellos pueblo»), Jacobo continúa su discurso citando a Amós 9:11-12: «Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar... el Señor... hace conocer todo esto desde tiempos antiguos» (Hch. 15:16-18). El Señor volverá a **reanudar** sus tratos interrumpidos con Israel, después de que la iglesia sea quitada del escenario terrenal.

DESPLIEGUE DE LA GRACIA DIVINA EN EL «PRESENTE SIGLO»	
CRISTO	IGLESIA
Cabeza	Cuerpo (Ef. 1:22-23)
Esposo	Esposa (Ef. 5:25-27, 32)
Vid	Pámpano (Jn. 15:1)
Buen Pastor	Rebaño (Jn. 10:7-27)
Principal Piedra angular	Templo (Ef. 2:19-22; 1 P. 2:5)
Sumo Sacerdote	Sacerdotes ministros (1 P. 2:5-9)
Cabeza, Primicias y Primogénito	Nueva Creación (1 Cor. 15:20; Col. 1:18; Ap. 1:5)

El «**presente siglo**» transcurre desde el rechazo del Mesías por parte de Israel hasta su reconocimiento futuro por el mismo pueblo arrepentido. En este extraño paréntesis Dios desarrolla pacientemente su *programa de la gracia*, desplegado a través de la iglesia. Todo ello es tan *novedoso y sorprendente* que el N.T. lo llama reiteradamente un «**misterio**».

El «**misterio**», en el N.T., no es algo *enigmático* o *intrigante*, sino algo *previamente desconocido* hasta que se produce su definitiva *revelación*. El misterio de Ef. 3:3, por ejemplo, no es que los gentiles habrían de ser bendecidos un día (esto ya se prometió hace tiempo); lo realmente *novedoso* es que *habían de ser coherederos por igual en un solo cuerpo de Cristo*. Todos los «**misterios**» del N.T. (donde aparece 28 veces), son *nuevas revelaciones* de la verdad de Dios en un momento dado (Dan. 2:28). Todos ellos son verdades que *se dan a conocer a los que están en íntima conexión con Cristo*, hasta tal punto que son declarados «**administradores de los misterios de Dios**». Ello afecta, no sólo al conocimiento teórico del misterio revelado sino también, y de forma muy relevante, a nuestra *actitud y conducta* (1 Cor. 13:2).

Son muy importantes los «**misterios**» revelados para el «*presente siglo*» (la revelación de la *gracia* en el *evangelio de Cristo*, los gentiles *coherederos del cuerpo de Cristo* y de las promesas...), pero *un buen número de ellos aguardan su consumación o plena manifestación* en la «*dispensación del cumplimiento de los tiempos*» (Ef. 1:10). Este versículo completo establece una *importante y sólida conexión* entre los «**misterios**» que *ahora son revelados* —«el *misterio de Su voluntad*» (Ef. 1:9)— y «*las cosas que sucederán después de estas*» (Ap. 4:1), en una perspectiva bíblica claramente *dispensacional*, como se resalta también en la conexión entre «**misterio**» y «*dispensación*» tanto en Ef. 1:10 como en Ef. 3:9, que nos habla de: «*la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas*».

La revelación de los asombrosos acontecimientos *preparados* para el final del «*tiempo de los gentiles*» se nos da *ahora*; de ahí la extraordinaria importancia que tiene para todo el creyente «*que ama Su venida*» esforzarse en el *estudio sistemático de las «últimas cosas»*, dando a Dios toda la gloria en sus propósitos de siglos pasados, presente y futuros.

LOS «MISTERIOS» REVELADOS EN EL N.T.		
Dan. 2:28	Hay un Dios que revela los <b>misterios</b>	
Ef. 1:9-10	El « <b>misterio de Su voluntad</b> » = reunir todas las cosas en Cristo, en la <i>dispensación cumplimiento de los tiempos</i>	
Mt. 13:11-13	Los « <b>misterios</b> » del <b>Reino</b>	Las parábolas sobre los « <b>misterios del Reino</b> » presentan verdades acerca del reino en el «siglo presente». Se les llama “misterios” porque no fueron reveladas en el A.T. y son reveladas por Cristo a los que están en íntima relación con Él.
Mr. 4:11-12		
Lc. 8:10		
Rom. 11:25	Habla del « <b>misterio del endurecimiento</b> » parcial de Israel hasta alcanzar la “ <i>plenitud de los gentiles</i> ”	
Rom. 16:25	El evangelio de Jesucristo es el « <b>misterio</b> » que se ha mantenido oculto desde <i>tiempos eternos</i>	
1 Cor. 2:7	La « <i>sabiduría oculta de Dios en misterio</i> » fue predestinada antes de los <i>siglos</i> para nuestra gloria	
1 Cor. 4:1	Somos servidores de Cristo y administradores de los « <b>misterios de Dios</b> »	
1 Cor. 13:2	Entender todos los « <b>misterios</b> » sin tener amor, nada es y de nada sirve	
1 Cor. 14:2	El que habla en lenguas habla a Dios y «por el Espíritu habla <b>misterios</b> »	
1 Cor. 15:51	El « <b>misterio de la transformación</b> » de todos los creyentes (vivos o muertos) cuando venga el Señor	
Ef. 3:3-5	El « <b>misterio de Cristo</b> » no se dio a conocer en <i>otras generaciones</i> pero ahora es revelado por el Espíritu	
Ef. 3:9	La <i>dispensación</i> del « <b>misterio</b> » escondido <i>desde los siglos</i> en Dios (« <i>dispensación de la gracia de Dios</i> », Ef. 3:2)	
Ef. 5:32	La unión íntima de Cristo y la iglesia (“miembros de su cuerpo, carne y huesos”, 5:30) es un « <b>misterio</b> grande»	
Ef. 6:19	Pablo ora pidiendo que le sea dada palabra para predicar con denuedo el « <b>misterio del evangelio</b> »	
Col. 1:26-27	Dios revela las riquezas de la gloria del « <b>misterio</b> » de Cristo entre nosotros los gentiles, “la esperanza de gloria”	
Col. 2:2	Seamos consolados y unidos en amor hasta alcanzar “pleno entendimiento” del « <b>misterio de Dios Padre y de Cristo</b> »	
Col. 4:3	Oración para que el Señor abra puertas para la palabra, dando a conocer el « <b>misterio</b> de Cristo»	
2 Tes. 2:7	Ya está en acción el « <b>misterio de la iniquidad</b> » aunque alguien “lo detiene” hasta que “sea quitado de en medio”	
1 Tim. 3:9	Se requiere de los diáconos que guarden el « <b>misterio de la fe</b> » con limpia conciencia	
1 Tim. 3:16	Indiscutiblemente grande es el « <b>misterio de la piedad</b> » (encarnación, muerte, resurrección y ascensión)	

<b>Ap. 1:20</b>	El « <b>misterio de las siete estrellas y de los siete candeleros de oro</b> »
<b>Ap. 10:7</b>	Al tocarse la séptima trompeta, el « <b>misterio de Dios</b> » se consumará
<b>Ap. 17:5</b>	En su frente escrito un « <b>misterio</b> »: “Babilonia la Grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra”
<b>Ap. 17:7</b>	El ángel revela a Juan el « <b>misterio de la mujer, y de la bestia que la trae</b> »

Hay muchos pasajes en el A.T. en que el «**presente siglo**» o la «**dispensación de la gracia de Dios**» (Ef. 3:2), son deliberadamente omitidos. Podemos apreciarlo perfectamente intercalando un paréntesis en algunos de estos muchos textos, donde vemos que se hace una clara provisión para su existencia, pero *sin ser jamás específicamente revelada*:

<b>Sal. 118:22</b>	“La piedra que desecharon los edificadores (en el « <b>presente siglo</b> ») ha venido a ser cabeza del ángulo”
<b>Is. 9:6</b>	“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado (en el « <b>presente siglo</b> ») y el principado sobre su hombro; y será llamado...”
<b>Is. 53:10-11</b>	“Con todo esto, Yahweh quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimientos. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado (en el « <b>presente siglo</b> »), verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Yahweh será en su mano prosperada...”
<b>Zac. 9:9-10</b>	“Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna (en el « <b>presente siglo</b> »). Y de Efraín destruiré los carros y los caballos de Jerusalén, y los arcos de guerra serán quebrados; y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra”
<b>Lc. 1:31-32</b>	“Y ahora concebirás, en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre <b>Jesús</b> (en el « <b>presente siglo</b> »). Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre”

Los «**misterios del Reino**» son una *faceta del programa del Reino de Dios* totalmente *desconocida en el A.T.*; no pueden referirse, por tanto, al *Reino eterno*, al *Reino espiritual*, al *Reino teocrático* o al *Reino mesiánico* (en el milenio). El **Reino en forma de «misterio»** es el resultado del gobierno de Dios *desde el rechazo* de la condición mesiánica de Jesús por parte de Israel (Mateo 12) *hasta su plena aceptación* por parte de Israel, justo antes de su Segunda Venida (Mt. 23:37-39). Las parábolas de **Mateo 13** describen la *operación del reino en forma de misterio*.

De forma muy resumida, vemos que habrá la siembra de la semilla del Evangelio a lo largo de la era del Reino en forma de misterio, semilla que brotará a la vida de forma inexplicable por su propio poder. Sin embargo, la verdadera siembra será imitada por una falsa y perversa siembra paralela, y el Reino en forma de misterio asumirá unas descomunales proporciones externas, pero con una intensa corrupción interna. A pesar de todo lo negativo, Dios tendrá siempre un remanente creyente de Israel y también de entre los gentiles. Al finalizar la edad del Reino en forma de misterio, el juicio de los gentiles introducirá a los gentiles justos en el Reino mesiánico, mientras los injustos serán excluidos del mismo.

<b>EL REINO EN FORMA DE MISTERIO</b>	
<b>LOS MISTERIOS DE LA IGLESIA</b>	<b>EL MISTERIO DEL ENDURECIMIENTO DE ISRAEL</b>
« <b>El misterio de las siete estrellas y los siete candeleros</b> » (Ap. 1:20). Los candeleros son iglesias y las estrellas, ángeles guardianes de las iglesias. En el AT, Israel se representa como un candelero de siete brazos, pero aquí el «misterio» es que <i>cada uno de los candeleros simboliza una iglesia local</i> .	En <b>Romanos 9:1 – 11:36</b> , Pablo desarrolla su « <i>doctrina de Israel</i> ». El contenido del «misterio» se trata en <b>11:25</b> . No es un «misterio» (porque ya se conocía en el AT) el <i>rechazo</i> por parte de Israel <i>de la condición mesiánica de Jesús</i> , ni su <i> futura salvación nacional</i> . El aspecto misterioso es el <b>endurecimiento parcial y temporal de Israel, hasta que</b> se llegue a un <b>número completo de gentiles</b> («plenitud» = «un número establecido»), para integrarlos en el « <b>misterio del cuerpo</b> ». En este momento <i>terminará el endurecimiento parcial y temporal de Israel</i> y también el propósito de salvación de los gentiles ( <b>Hch. 15:14</b> ), es decir, « <i>llamar de entre los gentiles un pueblo para su Nombre</i> ». La salvación de éstos, ya estaba contemplada, pero no que Dios tenía un «número establecido» de ellos, al final de la edad del Reino en forma de misterio.
« <b>El misterio del cuerpo</b> » (Ef. 3:1-12). El «misterio» es que los creyentes judíos y los creyentes gentiles son unidos en <i>un mismo cuerpo</i> (v. 6), que es distinto tanto de la iglesia como de los gentiles.	
« <b>El misterio de Cristo que mora en el creyente</b> » (Col. 1:24-29). La morada del E.S. no es un misterio, porque era conocida en el A.T. (aunque ahora es permanente). El «misterio» es que el Mesías habita ahora en cada creyente (« <i>Cristo en vosotros, la esperanza de gloria</i> » v. 27).	
« <b>El misterio de la iglesia como esposa de Cristo</b> » (Ef. 5:22-23). En el AT, Israel era la «esposa» (infiel) de Yahweh, pero no fue revelado que la <b>Segunda Persona</b> tendría <i>su propia esposa, la iglesia</i> .	
« <b>El misterio de la traslación</b> » (1 Cor. 15:50-58). Un día glorioso, una generación de creyentes será « <i>trasladada</i> » como Enoc, sin ver la muerte. El <b>arrebatación</b> forma parte del «misterio», y por ello tendrá que ser diferente de la <b>Segunda Venida</b> , que no es un misterio.	

<b>DIFERENCIAS ENTRE ISRAEL Y LA IGLESIA EN EL «SIGLO PRESENTE» Y EL «SIGLO VENIDERO»</b>	
<b>ISRAEL</b>	<b>IGLESIA</b>
Nacimiento físico	Nacimiento espiritual
Circuncisión de la carne	Circuncisión del corazón
Promesa de heredar la tierra	Promesa de herencia celestial
FORMA DE GOBIERNO: Monarquía davídica / Sacerdotes / entidad nacional / culto en el Templo / sacrificios animales	FORMA DE GOBIERNO: Apóstoles / Pastores / Cuerpo de Cristo / culto descentralizado / Cena del Señor
Destino en el Reino milenar	Destino en el arrebatación y reinado con el Señor
Rey mesiánico	Salvador mesiánico
Esposa de Yahweh, con matrimonio en el desierto	Prometida de Cristo, desposada con Él
Sacerdocio levítico	Sacerdocio de Melquisedec
Centrado en Jerusalén	Centrado en misiones
Remanente creyente	Minoría espiritual
Guarda el sábado	Celebra el día del Señor
Guarda las fiestas	Posee el cumplimiento de las fiestas
Eternidad: asociado con las puertas de la Nueva Jerusalén	Eternidad: asociada con los fundamentos de la Nueva Jerusalén

## BOSQUEJO BIBLICO DE REFERENCIAS SOBRE LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Consulta de notas aclaratorias al final del bosquejo.

Pero cuando venga el Espíritu de verdad... os hará saber las cosas que habrán de venir

Jn. 16:13

TEMA	TEXTO BÍBLICO LITERAL (RV 1960)	CITAS	NO-TAS
<b>LA PROMESA DEL SEÑOR ES NUESTRA ESPERANZA BIENAVENTURADA</b>	Voy, pues, a preparar lugar para vosotros... vendré otra vez y os tomaré a mí mismo	Jn. 14:2-3	
	Voy, y vengo a vosotros	Jn. 14:28	
	Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque Yo voy al Padre	Jn. 16:16	
	... os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo	Jn. 16:22	
	...y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan	Heb. 9:28	
	Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió	Heb. 10:23	
	...no dejando de reunirnos...sino exhortándonos; y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca	Heb. 10:25	
	Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la Venida del Señor se acerca	Stg. 5:8	
	El Señor no tarda su promesa... no queriendo que ninguno perezca	2 P. 3:9	
	Más nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo	Flp. 3:20	1
	...esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo	Rom. 8:23	
	...esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo	1 Cor. 1:7	
Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo	Tito 2:13		
<b>LA RESURRECCION Y LA ESPERANZA DE LA IGLESIA</b>	Pero de aquel día y de la hora nadie sabe... ni el Hijo, sino el Padre	Mr. 13:32	
	Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo	Mr. 13:33	2
	Porque el Señor mismo... (no será visto por los hombres, sino sólo por los suyos)	1 Tes. 4:16	3
	...con voz de mando... (oída por aquellos a los que va dirigida)	1 Tes. 4:16	4
	...con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo	1 Tes. 4:16	5
	En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta...	1 Cor. 15:52	6
	...así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él	1 Tes. 4:14	7
	...y los muertos en Cristo resucitarán primero	1 Tes. 4:16	
	...en Cristo todos serán vivificados, pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias... los que son de Cristo, en su Venida	1 Cor. 15:22-23	
	...y los muertos serán levantados incorruptibles...	1 Cor. 15:52	
	Se siembra en corrupción... resucitará en gloria... resucitará en poder... resucitará cuerpo espiritual	1 Cor. 15:42-44	
	...nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la Venida del Señor, no precederemos a los que durmieron	1 Tes. 4:15	
	He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados	1 Cor. 15:51	
	En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta... y nosotros seremos transformados	1 Cor. 15:52	8
...al Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra... semejante al cuerpo de la gloria suya	Flp. 3:20-21	9	

	Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial	1 Cor. 15:49	
	Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad	1 Cor. 15:53	
	Luego nosotros los que vivimos... seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire	1 Tes. 4:17	10
	...la Venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con Él...	2 Tes. 2:1	
	...y así estaremos siempre con el Señor	1 Tes. 4:17	
	...para que donde Yo estoy, vosotros también estéis	Juan 14:3	
	...y donde Yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará	Juan 12:26	
	Padre... quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado...	Juan 17:24	
	Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás...	Juan 10:28	
	...porque Yo vivo, vosotros también viviréis	Juan 14:19	
	...para que... vivamos juntamente con Él	1 Tes. 5:10	
	...un cada vez más excelente y eterno peso de gloria	2 Cor. 4:17	
	...la promesa de la herencia eterna	Heb. 9:15	11
	...al que venciere... nunca más saldrá de allí...	Ap. 3:12	12
<b>EL TRIBUNAL DE CRISTO</b>	Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo...	2 Cor. 5:10	13
	...para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo	2 Cor. 5:10	14
	...todos compareceremos ante el Tribunal de Cristo... cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí	Rom. 14:10-12	
	He aquí Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra	Ap. 22:12	
	La obra de cada uno será manifiesta... cuál sea, el fuego la probará	1 Cor. 3:13	
	Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cuál también aclarará lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones	1 Cor. 4:5	
	Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa	1 Cor. 3:14	15
	Sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor	Ef. 6:8	16
	Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere	Col. 3:25	
	Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego... porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es	1 Cor. 3:15-17	17
	...cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor	1 Cor. 3:8	
	Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento...	Flp. 3:14	
	Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia...	Col. 3:24	
	...herederos del reino que ha prometido a los que le aman	Stg. 2:5	
	...recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman	Stg. 1:12	
...sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida	Ap. 2:10		



	Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su venida	2 Tim. 4:8
	Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria	1 P. 5:4
	Todo aquel que lucha de todo se abstiene... para recibir una corona corruptible, pero nosotros una incorruptible	1 Cor. 9:25
	Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman	1 Cor. 2:9
	...y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios	1 Cor. 4:5
	...dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz...	Col. 1:12
<b>LAS BODAS DEL CORDERO</b>	Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado	Ap. 19:7-8
	...y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero	Ap. 21:9
	...nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina	2 P. 1:4
	Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia	Ef. 5:32
	Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla... a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha	Ef. 5:25-27
	...os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo	2 Cor. 11:2
	Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia	Ef. 5:29-32
	...los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste...	Juan 17:6
	...os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial...	Heb. 12:22
	Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo... para que... vivamos juntamente con Él	1 Tes. 2:12-13
	...para que donde Yo estoy, vosotros también estéis	Jn. 14:3
	...y así estaremos siempre con el Señor	1 Tes. 4:17
	¿Quién nos separará del amor de Cristo?... somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó... ni la muerte, ni la vida... ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro	Rom. 8:35-39
Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios	Ef. 3:17-19	
La tribulación abarca un período de siete años (separado en dos mitades), entre el arrebatamiento de la iglesia y la Venida del Señor, durante el cual se derrama la ira de Dios sobre los moradores de la tierra. Ese período es también "el tiempo de angustia para Jacob", al final del cual Israel será restaurado	Dn. 9:27; 11:3-7; 13:5	
Al comienzo de la septuagésima semana de Daniel, el pueblo judío regresa a su tierra en incredulidad	Is. 6:13; 17:10-11; 18:4-5; 66:3-4	

<b>LA «SEMANA» DE LA TRIBULA- CION</b>	Se reedificará un templo en Jerusalén	Is. 66:1-2; Ap. 11:1-2
	Israel concertará un pacto de siete años con el Anticristo	Dn. 9:27; Jn. 5:43
	A la mitad de la "semana" (tres años y medio"), se revela la verdadera naturaleza del Hombre de pecado	Dn. 9:27; 11:31; 12:11
	Mata a los "dos testigos" que habían estado profetizando durante aquel tiempo	Ap. 11:3-7
	Hace cesar el sacrificio que había sido reanudado en el templo	Dan. 9:27; 11:31; 12:11
	Coloca su propia imagen en el Lugar Santo	Mt. 24:15; 2 Tes. 2:4; Ap. 13:14-15
	El Diablo y sus ángeles son arrojados sobre la tierra, mostrando gran ira, y sabiendo que tienen poco tiempo	Ap. 12:7-12
	Entramos en los últimos tres años y medio, que reciben también el nombre de «la Gran Tribulación»	Dan. 7:25; 9:27; Ap. 13:5
	La santa ciudad (Jerusalén) es hollada	Dan. 9:26; Lc. 21:24; Ap. 11:2
	Se desata la «gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá»	Jer. 30:7; Dan. 12:1; Mt. 24:21; Ap. 13:14, 17
	Bajo la tiranía del Anticristo	Dan. 7:21, 25; 2 Tes. 2:2; Ap. 13:1-8
	y su «profeta» (el "falso profeta")	Ap. 13:11-17; 19:20
	Se extiende por todo el mundo	Ap. 3:10
	Muchos serán ajusticiados por resistirse a adorar la imagen de la Bestia	Ap. 13:15; 20:4
	Los que no recibieron su «marca»	Ap. 13:16-17
	...sufren una persecución nunca vista. Un tercio de los judíos residentes en su tierra pasarán ese tiempo de tribulación	Zac. 3:8-9
	Los judíos supervivientes serán juntados por el Señor en Jerusalén	Ez. 22:19
	Para ser limpiados de sus pecados	Is. 1:21-25; 4:4; Ez. 22:17-22; Sof. 1:12-13; Zac. 13:9
	Las tropas invasoras asaltarán la ciudad. Los sitiados padecerán grandes sufrimientos y la mitad llevados a cautiverio	Zac. 14:2
	Los supervivientes se apoyarán con verdad en Yahweh, el Santo de Israel	Is. 4:3; 10:20-21; 17:6-8; Jer. 2:27; Os. 5:15; Zac. 13:9
Los reyes de la tierra se juntarán contra Yahweh y su Ungido (Mesías)	Sal. 2:1-3; Ap. 16:14, 16; 17:14; 19:19	
Entonces vendrá el Señor	Is. 13:3-6; 26:21; Zac. 14:3	

	Con sus santos, para la destrucción completa de sus enemigos y la liberación de Su pueblo.	Is. 50:2; 66:5-6; Os. 5:15; Zac. 12:9-10; Mal. 4:1-3; Lc. 21:28
<b>LA VENIDA DEL SEÑOR EN PODER Y GRAN GLORIA</b>	Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo	Hch. 1:11
	Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos	Zac. 14:4
	E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días... verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria	Mt. 24:29-30; Mr. 13:26; Lc. 21:27
	Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo	Mr. 14:62; Mt. 26:64
	He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá	Ap. 1:7
	Y mirarán a mí, a quien traspasaron	Zac. 12:10
	...cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder...	2 Tes. 1:7
	Como el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con Él...	Mt. 25:31
	Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero...	Ap. 19:11
	Porque he aquí que Yahweh sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra Él	Is. 26:21
	Porque, he aquí, Yahweh sale de su hogar, y descenderá y hollará las alturas de la tierra	Miq. 1:3
	Y se derretirán los montes debajo de Él, y los valles se hendirán como la cera delante del fuego...	Miq. 1:4
	Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se volvieron de la iniquidad en Jacob, dice Yahweh	Is. 59:20
	Canta y alégrate, hija de Sión; porque, he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Yahweh	Zac. 2:10
	Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos	Ap. 19:14
	...los que están con Él son llamados y elegidos y fieles	Ap. 17:14
	...y vendrá Yahweh mi Dios, y con Él todos los santos	Zac. 14:5
	He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares	Judas 14
	...la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos	1 Tes. 3:13
	Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria	Col. 3:4
...cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él...	1 Jn. 3:2	
Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios	Rom. 8:19	
		18
	El poder del Anticristo es roto y destruido por la palabra que sale de la boca del Señor	Is. 11:4; Dan. 7:11; 2 Tes. 2:8
	El falso profeta es lanzado vivo en el lago de fuego ardiendo en azufre	Is. 30:31, 33; Ap. 17:8; 19:20
	Los diez reyes aliados son muertos con la espada que sale de la boca del Rey de reyes	Sal. 2:4-5; 110:5; Zac. 12:9; Ap. 17:14; 19:21

<b>PREPARATIVOS PARA LA INSTAURACIÓN DEL REINO</b>	El Diablo es atado por mil años y arrojado al abismo	Ap. 20:2-3
	Durante el milenio, los mártires bajo el Anticristo, resucitados en el programa de la Primera Resurrección, reinarán sobre la tierra con el Señor Jesús y sus santos compañeros	Ap. 20:4-6
	El Señor juzgará primero a los judíos, conforme a su fidelidad hacia Él	Mt. 25:14-30; Lc. 19:12-27
	Las diez tribus perdidas de Israel...	Ez. 20:33-38; Amós 9:9-10
	...son repatriadas a la tierra prometida...	Is. 49:12-23; Ez. 20:40-42; 36:24; Amós 9:14-15
	...juntándose con las dos tribus de Judá para formar, de nuevo y para siempre, una sola nación	Is. 11:13; Ez. 37:16-24; Os, 1:11
	El Señor se mostrará celoso de su Nombre al recoger al remanente cautivo de Israel, sin dejar uno de ellos	Is. 11:11-12; Jer. 50:4-5; Ez. 39:25-28
	El Señor establece el «Nuevo Pacto» con el pueblo unificado de Israel...	Jer. 31:31-33; 32:40; 50:4-5; Ez. 37:26; Rom. 11:26-27; Heb. 8:8-11
	...perdonando su iniquidad y no acordándose nunca más de su pecado...	Is. 60:21; Jer. 31:34; 33: 8; 50:20; Ez. 36:25-33; Miq. 7:18-19; Heb. 8:12
	...mientras trae castigos sobre sus enemigos...	Is. 2:17-21; 26:9; 34:2; Ez. 28:26; Miq. 5:15; Nah. 1:8
	...incluyendo a Gog y sus ejércitos...	Ez. 38:1-17
	...cuyas huestes son vencidas y destruidas	Ez. 38:18 a 39:21
	El pueblo judío entra en posesión, por primera vez, de toda la extensión de la tierra...	Ez. 47:13 a 48:29
	...conforme a la promesa largamente anunciada...	Gén. 15:18; Deut. 11:24; Jos. 1:4;
	...incluyendo el gran desierto, el cual florecerá como la rosa	Is. 32:15; 35:1-2; 51:3; Ez. 36:33-36
	El templo...	Ez. 40:1 a 43:17
...y la santa ciudad...	Is. 60:10; Jer. 31:38, 40; Ez. 48:15-17, 30-35; Zac. 14:10-11	
...son reedificados conforme al plan divino. Los sacrificios y las formas del culto son restablecidos, con algunos cambios	Ez. 43:18 a 46:24; Mal. 3:3-4	
Nada dañará ni causará mal alguno en todo el santo monte del Reino	Is. 11:6-9; 33:24; 35:9; 55:13; 65:25; Ez. 34:25; Os. 2:18; Ap. 22:3	

	El Señor juzgará a las naciones, según el trato que hayan dado a Su pueblo en las aflicciones de la Tribulación	Joel 3:2, 12; Mt. 25:31-46; Hch. 17:31	
	Jerusalén será puesta en alabanza, como el gozo de toda la tierra	Sal. 48:2; Is. 1:26; 60:14; 62:7; 65:18; Jer. 31:23; Zac. 8:3	
<b>EL REINO Mesiánico</b>	Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre	Dan. 2:44	19
	He aquí que vienen días, dice Yahweh, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra	Jer. 23:5	
	Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Yahweh de los ejércitos hará esto.	Is. 9:7	
	Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre	Lc. 1:32	
	Pero Yo he puesto mi Rey sobre Sión, mi santo monte	Sal. 2:6	
	La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Yahweh de los ejércitos reine en el monte de Sión y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso	Is. 24:23	
	Y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y Yahweh reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora y para siempre	Miq. 4:7	
	Yahweh ha apartado tus juicios, ha echado fuera tus enemigos; Yahweh es Rey de Israel en medio de ti; nunca más verás el mal	Sof. 3:15	
	Porque preciso es que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies	1 Cor. 15:25	20
	Todos los reyes se postrarán delante de Él; todas las naciones le servirán	Sal. 72:11	
	El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos	Ap. 11:15	
	Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra	Sal. 72:8	
	...y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra	Zac. 9:10	
	Y Yahweh será Rey sobre toda la tierra. En aquel día, Yahweh será uno, y uno su Nombre.	Zac. 14:9	
	Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores	Ap. 19:16	
	Si sufrimos, también reinaremos con Él	2 Tim. 2:12	
	Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados	Rom. 8:17	
	Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como Yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en Su trono	Ap. 3:21	
	Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra	Ap. 5:10	
	Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, Su Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén	Ap. 1:6	
...con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de Su amado Hijo	Col. 1:12-13		
Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar	Ap. 20:4		
¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?	1 Cor. 6:2		

	El Señor estará en medio de Jerusalén	Ez. 48:35; Joel 3:17, 21; Sof. 3:15-17; Zac. 2:10	21
	Es su gloria y luz eterna; allí no habrá noche	Is. 60:19-20; Zac. 2:5; Ap. 22:5	
	Todas las naciones subirán a adorar al Rey y guardar la fiesta de los tabernáculos	Is. 2:1-3; Jer. 3:17; Miq. 4:2; Zac. 8:20-22; 14:16-19	
	La tierra será llena de la gloria del Señor	Núm. 14:21; Sal. 72:19; Is. 11:9; Hab. 2:14	
<b>LA NUEVA JERUSALEN</b>	Ven aca, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero... y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios	Ap. 219-10	
	... la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios...	Ap. 3:12	
	Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas doce ángeles, y nombres escritos, que son los de las doce tribus de los hijos Israel	Ap. 21:12	
	Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero	Ap. 21:14	
	El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio	Ap. 21:18	
	Y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa	Ap. 21:19	
	Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio	Ap. 21:21	
	Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera	Ap. 21:22-23	
	Teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal	Ap. 21:11	
	Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca estarán cerradas de días, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella	Ap. 21:24-26	
	No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida	Ap. 21:27	
	Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal	Ap. 4:6	
Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno	Éx. 24:10		
<b>FINAL DE LA HISTORIA HUMANA</b>	Al finalizar el período de los mil años, Satanás será soltado de su prisión por un tiempo muy breve	Ap. 20:3-7	
	Saldrá a engañar a las naciones de los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, para congregarlos a la batalla	Ap. 20:8	
	Sus huestes malignas rodean el campo de los santos y la ciudad amada	Is. 4:3	
	Desciende fuego del Dios del cielo y los consume por completo	Ap. 20:9	
	El Diablo es lanzado en el lago de fuego y azufre, donde está la bestia y el falso profeta, atormentados por siempre jamás	Ap. 20:10	
	Y vi un gran Trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo...	Ap. 20:11	
	Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en Su manifestación y en Su reino	2 Tim. 4:1	
	Y nos mandó que predicásemos al pueblo y testificásemos que Él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos	Hch. 10:42	
	Pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos	1 P. 4:5	

<b>EL JUICIO DEL GRAN TRONO BLANCO</b>	Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo juicio dio al Hijo	Jn. 5:22
	... está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio	Heb. 9:27
	... un horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios	Heb. 10:27
	Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras	Ap. 20:12
	Y el mar entregó a los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras	Ap. 20:13
	Y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas lo que hicieron lo malo, a resurrección de condenación	Jn. 5:29
	Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua	Dan. 12:2
	...y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida	Ap. 20:12
	Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego	Ap. 20:15
Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda	Ap. 21:8	

#### NOTAS COMPLEMENTARIAS DEL BOSQUEJO:

<b>1</b>	Jn. 17:16; Ef. 2:19; Heb. 11:10, 13, 16; 12:22	<b>13</b>	Sólo para cristianos en relación con el servicio. Rom. 14:4, 10, 12
<b>2</b>	Mr. 13:37; 1 Tes. 5:6	<b>14</b>	"la iglesia... todos los santos" 2 Cor. 1:1
<b>3</b>	Jn. 14:19; Hch. 1:3-4, 9; 9:7; 10:40-41; 1 Cor. 15:5-8	<b>15</b>	Sobre el fundamento, el cual es Jesucristo. Is. 28:16; 1 Cor. 3:11
<b>4</b>	Jn. 12:28-29; Hch. 9:4-7	<b>16</b>	Servicio "como al Señor". Ef. 6:7
<b>5</b>	La trompeta sonó dos veces en Sinaí (Éx. 19:11-19). Al primer sonido resucitan los muertos en Cristo, y al último son transformados los santos vivos	<b>17</b>	"Ninguna condenación". Jn. 5:24; Rom. 8:1
<b>6</b>	La trompeta sonó dos veces cuando el Señor descendió sobre el Sinaí (Éx. 19:11-19). Y así, cuando Él descienda para tomar a Su iglesia a Sí mismo, al primero sonido serán resucitados los muertos en Cristo, y al último toque los santos que vivan serán transformados, para ser todos juntos arrebatados.	<b>18</b>	Rom. 8:29-30; Mt. 7:23; Ap. 1:6; Ef. 1:4, 1
<b>7</b>	Los santos del A.T. también recibirán en su momento cuerpos resucitados (Heb. 11:39-40)	<b>19</b>	Anticristo y reyes aliados. Dan. 7:24; Ap. 17:12-13
<b>8</b>	1 Cor. 15:54; 2 Cor. 5:4	<b>20</b>	A mí se doblará toda rodilla. Is. 45:23; Flp. 2:9, 11
<b>9</b>	Lc. 1:48; Hch. 8:33; Flp. 2:8	<b>21</b>	El tema de la gloria del Mesías en el Reino, Dios mediante, será presentado con más extensión en un próximo Cuaderno
<b>10</b>	"la redención de la posesión adquirida". Ef. 1:14; Rom. 8:23	<b>21</b>	El tema de la gloria del Mesías en el Reino, Dios mediante, será presentado con más extensión en un próximo Cuaderno
<b>11</b>	1 P. 1:4		
<b>12</b>	"El que venciere": 1 Jn. 5:4-5		

## BIBLIOGRAFIA SOBRE LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO.

La Bibliografía que detallamos ha sido consultada y utilizada para la preparación de este Cuaderno Koinoia. Por supuesto, la Bibliografía real es muchísimo más amplia, principalmente en lengua inglesa, como puede apreciarse en muchas de las obras que se indican a continuación:

- «La Esperanza Bienaventurada. Estudios sobre la Venida del Señor». Edward Dennet. VerdadesBíblicas.org, 2011. Traducción del inglés de «The Blessed Hope», 1879, por S. Escuin. 122 páginas.
- «Power Point sobre la Segunda Venida del Señor». Cedido gentilmente por David Morse, durante su exposición de este tema en las iglesias evangélicas de Barcelona, en 2010.
- «La Esperanza actual de la Iglesia». John Nelson Darby. Publicaciones Fe, 2001 (original de 1840). 119 páginas.
- «Una puerta abierta en el cielo». Nigel J.L. Darling. Editorial Andrés, Buenos Aires, 1957. 366 páginas.
- «Pensamientos sobre la Revelación» (comentario del libro del Apocalipsis). J. Kirk. Talleres Gráficos La Elzevirana, 1920. 126 páginas.
- «Santa Biblia anotada de Scofield». Publicaciones Españolas, 16ª edición de 1981 (con prólogo de Scofield de 1909). 224 páginas.
- «La Biblia de Estudio MacArthur». John MacArthur. Editorial Portavoz, 2004 (original de 1997). 2076 páginas.
- «Evento del Porvenir. Estudios de Escatología Bíblica». J. Dwight Pentecost. Editorial Vida, 1984 (original de 1977). 460 páginas. Obra de referencia indispensable, con detallado índice temático.
- «Enciclopedia de Profecía Bíblica». J. Barton Payne. Ed. CLIE, 1993 (original de 1973). 630 páginas el primer tomo y 413 el segundo.
- «Vine Comentario Temático. Profecía». William Edwy Vine y C.F. Hogg. Grupo Nelson, 2010. 303 páginas.
- «Diccionario de Teología Premilenarista». Mal Couch. Editorial Portavoz, 1999. 471 páginas.
- «Diccionario Expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento de Vine». William Edwy Vine y Santiago Escuin (sección de palabras griegas). Grupo Nelson, 2007 (original de 1984). 1040 páginas.
- «Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento». Gerhard Kittel, Gerhard Friedrich y Geoffrey W. Bromiley. Libros Desafío, 2002 (original 1933). 1375 páginas.
- «Teología Sistemática». Wayne Grudem. Editorial Vida, 2007 (original de 1994). 1366 páginas. Debe destacarse, entre sus muchas virtudes. Un útil Glosario, un detallado índice analítico y de citas bíblicas y una valiosa lista de Teologías Sistemáticas Evangélicas, agrupadas en cada capítulo por tendencias denominacionales.
- «Teología Sistemática». Millard Erickson. Editorial CLIE, 2008 (original de 1983). 1304 páginas.
- «Compendio Portavoz de Teología». Paul Enns. Editorial Portavoz, 2010 (original de 1989). 734 páginas.
- «Bosquejos de Doctrina Fundamental». Ernesto Trenchard. Editorial Literatura Bíblica, 1972. 143 páginas.
- «Ezequiel». Christopher J. H. Wright. Publicaciones Andamio, 2004. 434 páginas.
- «Daniel y el Reino Mesíasico». Evis L. Carballosa, con prólogo de F. Lacueva. Publicaciones Portavoz Evangélico, 1979. 315 páginas.
- «Daniel». John C. Whitcomb. Publicaciones Portavoz Evangélico, 1987. 192 páginas.
- «El Príncipe que ha de venir». Sir Robert Anderson, con prólogo de Evis L. Carballosa y traducción de Santiago Escuin. Publicaciones Portavoz Evangélico, 1980 (original de 1882). 286 páginas.
- «Mateo: La revelación de la realeza de Cristo», tomo II. Evis L. Carballosa. Editorial Portavoz, 2010. 592 páginas.
- «La Segunda Venida». John F. Mac Arthur. Editorial Portavoz, 1999. 219 páginas.
- «La vida que agrada a Dios. 1 Tesalonicenses 4:1-18». David F. Burt. Publicaciones Andamio, 2003. 171 páginas.
- «Comentario M.A. del N.T.: 1 y 2 Tesalonicenses...». J. F. Mac Arthur. Ed. Portavoz, 2012 (original de 2002). 174 y 114 páginas.
- «Apocalipsis: La consumación del plan eterno de Dios». Evis L. Carballosa. Editorial Portavoz, 1997. 496 páginas.
- «Comentario MacArthur del N.T.: Apocalipsis». John MacArthur. Editorial Portavoz, 2005 (original de 1999). páginas.
- «El Dictador del Futuro». Evis L. Carballosa. Publicaciones Portavoz Evangélico, 1978. 74 páginas.
- «El Anticristo y el Santuario». Thomas McCall y Zola Levitt. Editorial Moody, 1977. 128 páginas.
- «El Templo de los Últimos Días». Thomas Ice y Timothy Demy. Editorial Portavoz, 1997. 47 páginas.
- «Las Bases de la Fe Premilenial». Charles C. Ryrie, ampliado por H. Payne. Publ. Portavoz Evang., 1984 (original de 1953). 219 páginas.
- «Dispensacionalismo, hoy». Charles C. Ryrie. Publicaciones Portavoz Evangélico, 1974 (original de 1965). 248 páginas.
- «La Biblia en las noticias de mañana». Charles C. Ryrie. Ediciones Las Américas, 1969. 156 páginas.
- «La Aurora de la Redención del mundo». Erich Sauer. Literatura Bíblica, 1967 (original de 1951). 308 páginas.
- «El Triunfo del Crucificado». Erich Sauer. Publicaciones Portavoz Evangélico, 1980 (original de 1964). 283 páginas.
- «Escatología II». Tomo IX del Curso de Formación Teológica Evangélica, por Francisco Lacueva. Libros CLIE, 1983. 373 páginas.
- «Grandes Temas Bíblicos». L.S. Chafer y J.F. Walvoord. Outreach Publications, Gr. Rapids, Michigan, 1981 (original de 1926 y 1953). 429 pág.
- «Las grandes Profecías de la Biblia». John F. Walvoord. Editorial Caribe, 1995 (original de 1991). 459 páginas.
- «Todas las profecías de la Biblia». John F. Walvoord. Llamada de Medianoche, 2006 (original de 1988). 850 páginas. Contiene un detallado Glosario y dos valiosos cuadros con las profecías del A.T. y del N.T.
- «Tres puntos de vista sobre el Rapto. Premilenarismo, Milenarismo o Postribulacionismo». Gleason L. Archer, Paul D. Feinberg, Douglas J. Moo y Richard R. Reiter. Editorial Vida, 2009 (original de 1984). 270 páginas.
- «Las siete Iglesias del Apocalipsis». Philippe Belmonte. Logos Ediciones, 2006. 306 páginas.
- «Las glorias del Reino Venidero». Gavin Hamilton. Editorial CLIE, 1969. 161 páginas.
- «La Ira de Dios». R.V.G. Tasker. Ediciones Evangélicas Europeas, 1971. 90 páginas.
- «Profecía e Historia». W. Graham Scroggie. Libros CLIE, 1984. 110 páginas.
- «El plan de Dios para las edades». G. Campbell Morgan. Libros CLIE, 1984. 143 páginas.

